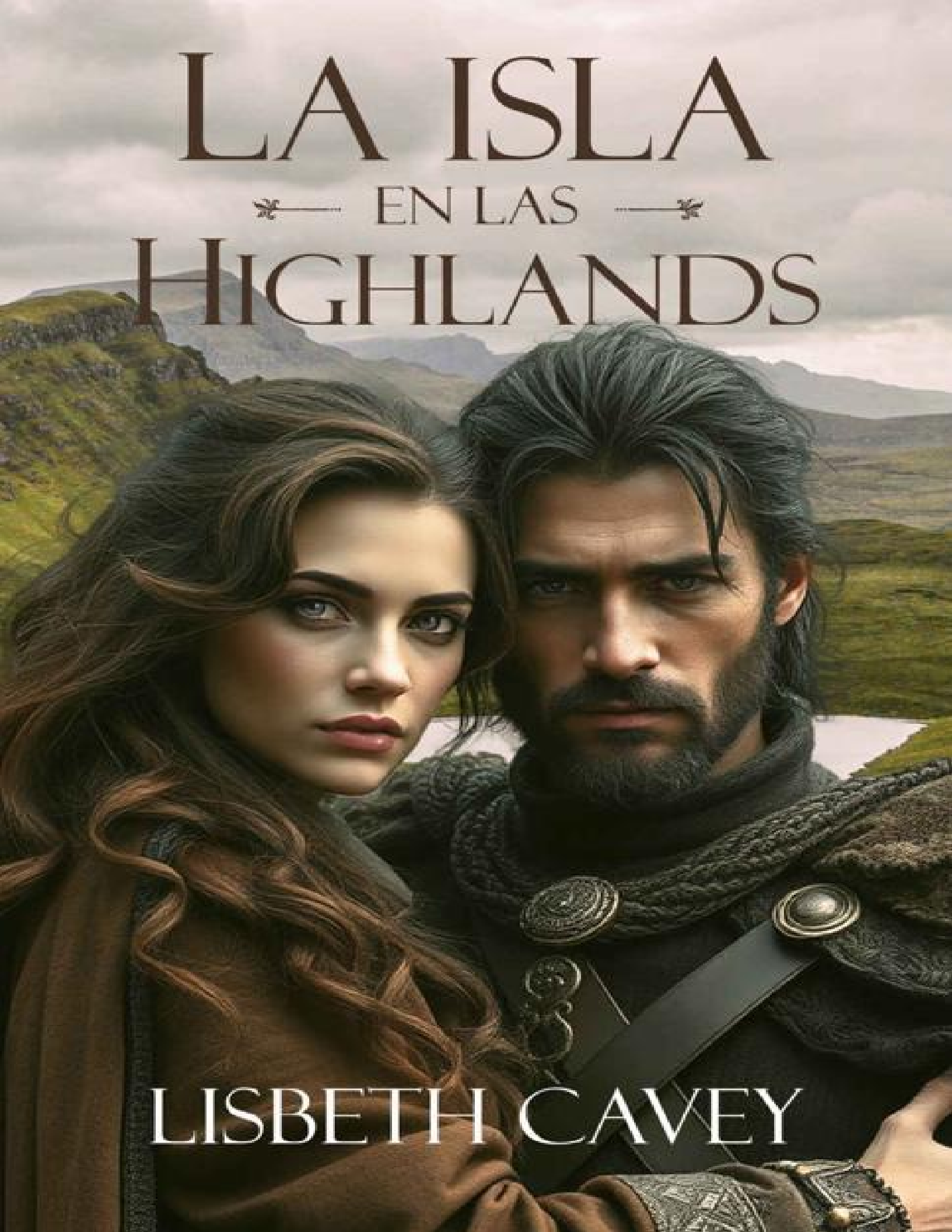


A man and a woman in historical Scottish attire are the central focus. The woman, on the left, has long, wavy brown hair and is wearing a brown cloak. The man, on the right, has dark hair and a beard, wearing a dark kilt and a patterned scarf. They are both looking directly at the camera. The background is a misty, mountainous Highland landscape with green hills and a cloudy sky.

LA ISLA

— EN LAS —

HIGHLANDS

LISBETH CAVEY

**La isla
en las
Highlands**

Lisbeth Cavey

Título original: La isla en las Highlands

© Lisbeth Cavey 2025

Diseño de portada y maquetación: Lisbeth Cavey

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

TABLA DE CONTENIDO

<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>
<u>Capítulo 20</u>
<u>Capítulo 21</u>
<u>Capítulo 22</u>
<u>Capítulo 23</u>
<u>Capítulo 24</u>
<u>Capítulo 25</u>
<u>Capítulo 26</u>
<u>Capítulo 27</u>
<u>Capítulo 28</u>
<u>Capítulo 29</u>
<u>Capítulo 30</u>
<u>Capítulo 31</u>
<u>Capítulo 32</u>
<u>Capítulo 33</u>
<u>Capítulo 34</u>
<u>Capítulo 35</u>
<u>Capítulo 36</u>
<u>Capítulo 37</u>
<u>Capítulo 38</u>
<u>Capítulo 39</u>
<u>Capítulo 40</u>
<u>Capítulo 41</u>
<u>Capítulo 42</u>

[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

Los nervios de Isabella estaban a flor de piel. Ni por asomo esperaba sentirse tan agitada ante la idea de dar un cambio drástico a su vida.

Lo había meditado durante largo tiempo antes de dar un paso tan gigante. Si bien, había llegado el momento de hacerlo, de combatir con ahínco el dolor, de huir del secreto que le había sido revelado por accidente y del que necesitaba alejarse.

Aquello le parecía una absoluta injusticia, ser la poseedora de semejante secreto era una tortura para ella, ni siquiera había sido capaz de mirar a sus hermanas a la cara después de conocer la triste verdad que descubrió a causa de una conversación que jamás tendría que haber oído.

Deseaba con todo su ser que fuera así, que los murmullos de sus padres no le hubieran roto el corazón, pero nada ocurre por casualidad, así que allí estaba, lejos de su casa y a punto de dar un paso que difícilmente tendría vuelta atrás.

—¿Estás convencida de la decisión que has tomado, mi niña? —preguntó su madre, que estaba sentada junto a ella en el asiento trasero del carruaje.

Isabella clavó sus ojos en los de la mujer que la había criado, se aclaró la garganta y respondió:

—Sabes que sí, madre. De lo contrario, no estaríamos de camino.

Su progenitora aspiró aire y lo soltó de golpe.

—Creo que no eres consciente de a qué te enfrentas. Y no sé si serás capaz de comprender cómo se vive en esos sitios.

—Ya lo hemos hablado, y te aseguro que soy consciente de ello. He tomado una decisión y no hay vuelta atrás.

En el pescante se hallaban su padre y Alec, ambos habían permanecido en silencio durante horas. Sobre todo, el joven amigo de Isabella, que se había cansado de decirle que no lo hiciera, que se quedara junto a él en Beaulieu, que la necesitaba, que la amaba, que daría su vida por compartirla con ella, pero Isabella había sido tajante soltándole un rotundo no, sin darle más explicaciones.

Lo había dañado con su decisión y en ocasiones la odiaba por ello, mas su amor era tan grande

que no era capaz de hacer crecer ese odio, por el contrario, lo cubría con sus sentimientos más puros.

—No te enfades, hija —intervino su padre—, tu madre solo quiere lo mejor para ti, y coincido con ella en que ese lugar...

—Déjelo, señor Buchanan. No podrá convencerla —cortó Alec con un deje de amargura e irritación en la voz.

—En fin, ya hemos llegado, ahora solo necesitamos a alguien que te lleve a la isla —dijo de pronto su progenitor mientras detenía el carruaje.

Alec le tendió la mano a Isabella para que esta descendiera del vehículo, ella clavó sus ojos en los de él, que le sostuvo la mirada unos segundos, una mirada que delataba los sentimientos que tenía hacia la joven.

No podía ser. Alec era un buen amigo y estaba segura de que habría sido un excelente esposo.

Era varios años menor que ella, aunque tampoco le hubiera importado su edad. Alec era corpulento y aparentaba ser más mayor, tanto que, junto a Isabella, quien ya tenía treinta primaveras, parecía él el más longevo, con aquella barba de diferentes tonos castaños y el cabello largo, que le caía sobre los hombros.

Nada se le antojaba controvertido en su buen amigo, salvo el hecho de que no consiguiera sentir por él eso que sus hermanas le habían relatado que les carcomía el alma, aquel sentimiento desconocido para ella al que todos llamaban amor.

—Te voy a echar mucho de menos —soltó él de pronto, con los ojos anegados de lágrimas.

Isabella acarició la mejilla del joven y respondió con aplomo:

—Yo también, ¿con quién daré largos paseos al atardecer si no estás tú, mi fiel amigo?

La expresión de Alec se tornó amarga, aquella palabra, amigo, laceraba su alma una y otra vez. Mas no quería ser desagradable con la mujer que amaba, no era capaz, así que aguantaba que la pronunciara sin gritarle lo que sentía de verdad, que no quería ser su amigo, que lo que ansiaba era amarla por el resto de sus días.

No iba a ser posible, porque Isabella había decidido encerrarse de por vida en un convento y consagrar su vida a alguien que jamás podría ni tan siquiera besarla.

Capítulo 2

Sean MacLeod no era un hombre agradable, a sus treinta y cuatro años no veía la necesidad de vivir al amparo de su padre, el laird MacLeod, en el castillo de Dunvegan, muy lejos de la isla de Iona, donde se había trasladado hacía ya ocho años, huyendo de una forma de vida que no le agradaba en absoluto, pues él no necesitaba grandes batallas para sentirse realizado, le bastaba con llevar una existencia sencilla, alejado de todo lo concerniente a su clan y a las rencillas que siempre parecían mover a su controvertido padre.

Si bien no era agradable, como ya he referido, era atractivo, a decir verdad, atrapaba miradas y deseo femenino. No es que fuera muy guapo, era más su actitud misteriosa, su manera de moverse, sus ojos oscuros y su tez bronceada por haberse pasado parte del verano llevando viajeros desde el puerto de Fionnphort a la isla de Iona.

Se hallaba sentado en su bote, contemplando el horizonte y perdido en su caótica mente, cuando un hombre lo llamó por su apodo.

—Sí, soy yo —contestó él al ver al corpulento individuo que lo escrutaba con la mirada.

—Me han dicho que, ocasionalmente, llevas pasajeros a la isla de Iona, y que eres de fiar —intervino el forastero.

Sean asintió con la cabeza sin darle más explicación, sobraban las palabras, es más, estaba seguro de que la persona que le había recomendado sus servicios le atribuyó algunos adjetivos más: Huraño, malcarado, insulso y muchas lindezas adicionales, al menos, aquel hombre destacó sus mejores cualidades, si es que en verdad las poseía.

—¿Es para usted? —preguntó al final, intrigado.

El forastero negó con la cabeza.

—Es para mi hija —intervino el hombre rascándose la cabeza y haciendo una mueca extraña que Sean no supo descifrar.

—De acuerdo, la llevaré —anunció sin emoción.

—Oh, muchísimas gracias, le pagaré bien —dijo el individuo—, por cierto, mi nombre es Andrew Buchanan.

—Sean MacLeod... —Hacía mucho tiempo que no decía su nombre completo, nadie solía presentarse, se limitaban a subirse a su bote y a dejarse mecer por las aguas hasta su destino,

Iona.

Tenía un apodo del todo injusto, pero ya se había acostumbrado a él, además, hacía que algunas personas le temieran y eso era bueno, así no osaban molestarle.

—¿De los MacLeod de Dunvegan? —inquirió Andrew, extrañado.

Sean asintió con la cabeza.

No quería iniciar una conversación acerca de sus raíces familiares, y era probable que aquel tipo conociera a su padre, no estaba de humor para poner buena cara si le hablaban de la grandeza de su progenitor.

—Bien, ¿dónde está su hija? —inquirió Sean, cortante.

Andrew lo observó contrariado, aquel tipo, al que apodaban Siorc^[1], le parecía bastante arisco, además, el marinero que le había dicho que era un hombre de fiar no habría reparado en su aspecto.

Alto, de cabello negro como el azabache y ojos profundos en los que no se podía distinguir ni la pupila de lo oscuros que eran. De facciones duras y cuerpo musculoso. Llevaba un manto negro, sin los colores de su clan ni de ningún otro, todo en él era sombrío e inquietante. Estuvo a punto de darle las gracias y buscar a otra persona que pudiera acercar a Isabella a su destino, el convento de monjas Agustinas de Iona. Sin embargo, cuando miró en derredor, pensó que todos los hombres que pululaban por el puerto a aquellas horas le parecían tanto o más temibles que Sean MacLeod, que al menos era de una buena familia a la que conocía. Era extraño que no lo recordara, si bien, hacía tiempo que no tenía el placer de ver a Malcolm, quien podría ser perfectamente el padre de aquel muchacho, pues sus ojos, negros como el carbón, solo los había visto en él.

La despedida entre la mujer que tenía que transportar y sus familiares se demoró más de lo deseado. Había un joven de barba poblada y mirada hostil que lo escrutaba con descaro.

Su pasajera, quien con toda probabilidad viajaba a Iona para convertirse en monja, era algo mayor. Sean calculó que andaría por su tercera década de vida. Tenía el cabello castaño recogido en una trenza gruesa que le llegaba prácticamente hasta la cintura. Era menuda y había que reconocer que poseía una gran belleza. Pero lo que más le llamó la atención a él fueron aquellos ojos claros y violáceos incapaces de pasar inadvertidos.

Al ayudar a la mujer a subir a su bote se quedó demasiado inmerso en ellos, eran hipnóticos e inquietantes.

Cuando Isabella estuvo acomodada en el banco, les dijo adiós con las dos manos a sus tres acompañantes, mientras la madre era abrazada por su esposo para no lanzarse ella al bote también.

Sean comenzó a remar con sus fuertes brazos y la embarcación se desplazó con celeridad.

Isabella contuvo las lágrimas que amenazaban con salir de sus ojos y los cerró para capturarlas.

Cuando las tres figuras se hicieron pequeñas, decidió mirar hacia otro lado, observar el paisaje, dejarse llevar por el aroma del mar.

—¿Tardaremos mucho en llegar a Iona? —inquirió rompiendo el incómodo silencio.

Sean le dedicó una mirada difícil de interpretar a la joven. Pero su impresión fue que aquel individuo la observaba con algo parecido al asco.

—No llegará a una hora, y la mar está tranquila, así que puede que hagamos el trayecto en menos tiempo.

—Ajá... ¿Y se dedica a transportar personas a la isla? —preguntó ella por hablar de algo y que no pareciera que estaban en un velatorio.

—La estoy llevando a usted, ¿cierto?, así que ya tiene la respuesta.

—No hace falta que sea tan desagradable, solo intentaba mantener una conversación, es muy incómodo tanto silencio... —replicó Isabella, ceñuda.

—Me gusta el silencio, es más, me irrita que me den conversación para llenar el hueco que deja la incomodidad, así que le pido que se mantenga callada hasta llegar a nuestro destino.

Isabella se puso roja de ira.

—Pues no voy a hacerlo, he pagado mi viaje y quiero hablar, así que tendrá que soportar que lo haga —espetó ella con el fin de chingar al barquero.

—No si quiere acabar devorada por los tiburones. Si habla de más, la lanzaré al mar.

—No se atreverá... —gruñó Isabella.

—¡Póngame a prueba! —espetó él entrecerrando los ojos.

—Usted lo ha querido —soltó antes de levantarse del banco.

—¡¡Siéntate, insensata!! —bramó él.

—Ni en sueños, ahora pienso hablar sin parar mientras bailo en tu bote... —lo tuteó. Aquel hombre no se merecía su respeto.

Isabella comenzó a parlotear rápido sobre lo conveniente de ser educado y agradable con las demás personas mientras se movía de manera temeraria de un lado al otro.

—¡Estate quieta, demonio! —exclamó él soltando los remos y levantándose también.

—No quiero, soy una Buchanan, y las Buchanans no aceptamos órdenes de personas sin educación.

—Te caerás al agua —aseguró él.

—No voy a caerme, he navegado antes, es más, yo misma podría llegar remando a Iona —mintió.

Sean la observó divertido y negó con la cabeza.

—Eres demasiado menuda y mis remos son grandes y pesados —soltó el hombre cruzándose de brazos y dedicándole una sonrisa de medio lado.

—Quizá el tamaño de tu intelecto no esté a la altura del de tus remos... —soltó ella con los brazos en jarras.

De pronto, como salida de la nada, una ola barrió el casco de la pequeña embarcación e Isabella cayó al agua.

—¡¡Maldita sea!! —exclamó él sin dejar de observar la mar turbia.

Pasaron unos interminables minutos y la mujer no emergía a la superficie. Sean resopló antes de descalzarse y zambullirse.

Capítulo 3

Isabella abrió mucho los ojos, se hallaba en su casita en Beaulieu, concretamente en el jardín, y en el aire flotaban miles de lucecitas diminutas. En medio de todo aquel festival lumínico apareció una mujer a la que no había visto en su vida.

—¿Quién eres?... —susurró impresionada a la vez que embriagada de emoción.

—Lil, escúchame —susurró la figura etérea de la extraña que se acercaba a ella con los brazos abiertos.

—¿Por qué te veo?, ¿y cómo he llegado aquí? —preguntó Isabella desubicada.

—Ha llegado tu momento —dijo la figura.

—¿El momento de qué?, ¿quieres decir que estoy muerta?

—No, hoy no es el día de tu muerte, es el día de...

Una sensación dolorosa y desagradable la hizo toser abruptamente, mientras escupía agua a borbotones. Estaba de nuevo en el bote de Sean MacLeod.

—¿Te encuentras bien, mujer? —preguntó él escrutándola con sus negros ojos.

Isabella recordó su proeza y como Sean la advirtió de lo que acabaría ocurriendo. Y sí, tenía que reconocer, por mucho que le pesara, que aquel individuo tenía razón, se había caído al agua y no hubiera supuesto un problema de no ser por la especie de remolino que la succionó hacia el fondo, como si el mismo mar quisiera arrebatarla a la Tierra.

—Sí, estoy mejor —dijo avergonzada.

Sean le tendió una manta parduzca y ella se la echó por encima, olía a mar, a madera húmeda y a pescado, mas tiritaba de frío y se aferró a esta con ahínco.

Cerró los ojos y cayó en la cuenta de que no podía aparecer en el convento calada hasta los huesos. ¿Qué opinión se formarían las hermanas de ella si la veían arribar mojada y con aquella

manta horrenda?

Necesitaba cambiarse de ropa y darse un baño en condiciones para quitarse el olor a pescado, sobre todo ese.

—¿Sabes si en la isla hay alguna posada? —preguntó ella con los ojos entrecerrados.

Sean asintió con la cabeza, había una posada en la isla, pero el dueño no era santo de su devoción, le parecía un maleante disfrazado de posadero, así que se armó de valor para decirle:

—Puedes pasar la noche en mi casa.

Isabella abrió la boca completamente sorprendida por la propuesta, y enseguida arrugó el entrecejo.

—No voy a pasar la noche en tu casa, no sería muy decente —gruñó ella todavía tiritando de frío, aún envuelta en la manta—. No me has contestado, ¿hay alguna posada donde pueda hospedarme?

Sean apretó las mandíbulas hasta casi rechinar los dientes.

—Sí, hay una posada en Iona.

—Pues entonces ya está todo dicho, me quedaré allí —dijo con determinación.

—No lo harás, no mientras en ese agujero reine una rata.

—¿De qué demonios estás hablando? —inquirió ella, curiosa.

—De que el posadero es un mal bicho, y es mejor que no pises ese lugar si no quieres que alguien te dañe.

—¿Por qué alguien me dañaría? —inquirió Isabella cada vez más intrigada.

—Porque eres joven, bonita y te diriges al convento, ¿quieres más motivos? —sentenció él antes de amarrar el pequeño bote a un noray de madera en el embarcadero.

Isabella se sonrojó, las palabras joven y bonita le habían calado hondo, a ella, que ya se veía tan mayor, que pensaba que después de los treinta nadie la podría considerar una mujer deseable...

—¿Y qué tiene que ver?

—Son solo rumores, pero es mejor que no pises ese lugar y te quedes en mi casa, si te sirve de algo, viven varias mujeres en ella.

A Isabella casi se le desencajó la mandíbula.

—¿Y por qué debería confiar en ti?, no te conozco..., además, ¿por qué viven varias mujeres

contigo?, ¿acaso son de tu familia?, ¿esposa, hijas, hermanas? —inquirió levantándose del banco.

Sean negó con la cabeza.

—No, no son de mi familia...

Los ojos de Isabella estaban tan abiertos que parecían dos soles gigantes.

—¿Entonces?

—Son del servicio, mujer, no tienes por qué preocuparte. Emma, mi ama de llaves, te proporcionará ropa seca y podrás darte un baño. También tengo una confortable habitación de invitados. Si gustas, podrás dormir allí —sentenció Sean mientras le tendía la mano a Isabella para ayudarla a salir de la pequeña embarcación.

La joven la tomó y consiguió pisar tierra firme, pero sintió que algo no iba bien, era como si todo se moviera a su alrededor.

—Sean..., creo que... no me encuentro bien.

La visión se le tornó oscura y su cuerpo perdió el tono. Sean consiguió evitar que cayera a plomo en la arena de la cala.

—Tranquila, es normal, la mar es traicionera, sobre todo cuando no se está acostumbrada a navegar —dijo él con cierto aire de retintín mientras la sostenía para que no se cayera.

—Necesito sentarme —anunció Isabella y Sean la tomó en brazos.

Caminó por las rocas con la muchacha a cuestas hasta llegar a un prado, allí la depositó en el suelo.

Sin saber ni por qué lo hizo, apartó el cabello húmedo que se pegaba al rostro de la mujer con toda la mala fe posible.

—¿Mejor? —preguntó él.

Isabella asintió con la cabeza.

—Dios mío, qué vergüenza. Lo siento, siento mucho los quebraderos de cabeza que te estoy dando.

Sean posó el dedo índice en los labios de la muchacha para que no continuara hablando y sentenció:

—Te llevaré a casa...

Capítulo 4

Isabella se dejó llevar por los fuertes brazos de Sean MacLeod, que la cargaba como si se tratara de una pluma, y, a su lado, eso mismo parecía.

Ella pudo aspirar su olor salvaje y atrayente, no sabía precisar a qué olía aquel hombre, era como si tuviera una fragancia única e inimitable.

Durante todo el trayecto, él no dijo una sola palabra, y ella se había quedado sin ganas de chincharlo, así que los únicos sonidos de fondo eran los graznidos lejanos de las gaviotas y el ulular del viento.

Isabella a punto estuvo de quedarse dormida, no debía hacer más de una hora que conocía a aquel hombre, y ya necesitaba un baño y descansar, estaba claro que no era una buena influencia, o, al menos, eso pensaba ella en ese momento.

Debería hallarse en el convento, había avisado de su fecha aproximada de llegada y estaba un poco al límite, ya que se había permitido unos días para aclarar sus últimas dudas y miedos.

—Ya hemos llegado —rompió el silencio de pronto Sean. El joven la ayudó a ponerse en pie de nuevo e inquirió—: ¿te encuentras mejor?

Isabella asintió con la cabeza y exclamó:

—¡Qué casa más bonita!

Sean se encogió de hombros, sí, Rós Sean era una de las propiedades de su familia, la más bonita. Se componía de un solo y compacto edificio de piedra, con tejados inclinados de pizarra y chimeneas enormes. Los MacLeod solían pasar algunas temporadas en ella cuando Sean era un niño, por ello, cuando las diferencias con su padre se hicieron irreconciliables, se marchó de Dunvegan y se instaló en su lugar favorito, Iona, su isla mágica.

La llamaba así porque de niño se le antojaba un lugar de ensueño, lleno de enigmas por resolver y de personajes fantásticos que dibujaba en su mente la poderosa imaginación. Asimismo, los relatos de su madre contribuyeron a ello con fervor.

—Entremos, ambos necesitamos cambiarnos la ropa mojada, está refrescando y no quiero tener que batallar con un constipado.

Isabella observó a Sean divertida, que un hombre tan grande le tuviera miedo a un simple resfriado le hizo sentir una ternura enorme.

Al traspasar el umbral de la casa, una mujer entrada en la quinta década de su vida, menuda,

excesivamente delgada y con el cabello mechado de canas se aproximó a la pareja con la mandíbula desencajada.

—¿Está bien, señor? —preguntó ella sin quitar los ojos de la maltrecha joven.

—Sí, Emma, yo estoy bien, pero la señorita necesita asearse y ponerse ropa seca. De hecho, precisará que alguien le preste algunas prendas y pasará la noche en esta casa.

Isabella agachó la cabeza, avergonzada. No llevaba más equipaje que la ropa que tenía puesta y un camisón, que descansaba doblado en un hatillo, junto a un ejemplar de la Biblia.

Los Buchanan nunca fueron muy devotos, pero Isabella había desarrollado en los últimos tiempos una fe especial en aquel libro que la acompañaba a todas partes.

—De acuerdo, señor, así se hará —dijo el ama de llaves en un tono que Isabella no supo identificar, y después añadió—: Acompañeme, ¿señorita...?

—Isabella, Isabella Buchanan, pero puede llamarme Lil.

Emma empalideció de pronto. Por un momento dio la impresión de que iba a decir algo, pero se mantuvo en silencio.

Isabella le dio las gracias a Sean y siguió a su sirvienta, que la condujo a una amplia alcoba en la segunda planta, compuesta por una gran cama de madera tallada, un tocador y un hermoso armario. La luz del atardecer se colaba por dos ventanales alargados y se proyectaba danzarina en la colcha de color grana que cubría el lecho.

—En un momento le prepararé su baño, señorita Buchanan —dijo la mujer con sequedad.

—De acuerdo, muchas gracias. Si lo desea puede llamarme por mi nombre, Lil, solo Lil —respondió la joven mientras permanecía quieta, de pie, en medio de la alcoba.

—Muy bien, Lil, ahora vendrá Lucy, la doncella. La aviso, Lucy puede ser algo complicada.

—¿Complicada?, ¿por qué? —inquirió Isabella con un deje de intriga en la voz.

—Digamos que su juventud la hace ser demasiado intensa en ocasiones, así que no dude en reprenderla si se pasa de lista, suele hacerlo.

Lil enarcó las cejas y se dispuso a esperar a la controvertida Lucy.

Enseguida pudo comprobar que lo que decía el ama de llaves iba bien encaminado. Pues la muchacha, una adolescente menuda de cabello rojo y rostro salpicado de pecas, irrumpió en la estancia con estrépito.

—Así que es verdad... El señor ha traído a una mujer. Creo que, si me pellizcan, despertaré de este sueño delirante, estoy segura de ello —dijo la muchacha pellizcándose ella misma los mofletes.

Isabella no pudo menos que echarse a reír.

—El señor MacLeod ha sido muy amable al darme cobijo por esta noche. Mañana por la mañana me marcharé y prometo devolver la ropa que me presten lo antes posible —soltó de carrerilla.

—¿De verdad se marcha usted?, pensé que por fin el señor había encontrado una posible candidata a esposa —soltó Lucy como si tal cosa.

Isabella estalló en carcajadas.

—¡Ay, no, muchacha, eso no será posible! —exclamó sin poder parar de reír.

—¿Por qué no? —inquirió Lucy con un mohín de decepción en el rostro pecoso, y después añadió—: el señor Sean es muy apuesto, aunque sea el hombre más serio que he visto jamás.

Isabella sonrió y pensó que aquella chiquilla no habría conocido a muchos hombres en su vida para dar por hecho que Sean era el más serio de todos ellos. Ella lo había visto sonreír y hasta carcajearse, de manera irónica y burlona, pero lo había hecho.

—Mañana ingresaré en el convento —sentenció Lil, para sorpresa de Lucy, quien no pudo evitar soltar un sonido gutural de terror.

Capítulo 5

El agua caliente resbalaba por sus extremidades y la hizo sentirse reconfortada al instante. Pensó entonces en Sean, en su olor, en sus fuertes brazos y su sonrisa seductora.

—¡Oh!, Dios, no puede ser. ¿Por qué no me quito a ese individuo del pensamiento?

Se sumergió en el agua hasta la cabeza y contó hasta diez antes de asomar de nuevo y notar el calor del fuego crepitante en su rostro.

Soltó un suspiro para liberarse de aquel sentimiento extraño que se había apoderado de su organismo desde el mismo instante en que subió al bote, y se había incrementado en el momento que Sean la tomó en sus brazos y la llevó hasta aquella casa.

Al otro día saldría de Rós Sean y su vida cambiaría para siempre. Se la dedicaría a Dios, estaba decidido y no había vuelta atrás. Es más, no podía permitirse el lujo de sentir todo aquello por un desconocido que solo emanaba desprecio por los poros de su piel.

La miró con asco, de eso estaba segura, aunque también identificó algo más en sus ojos, algo que conocía bien, porque no era el primer hombre que le dedicaba una mirada de deseo.

La habían observado así muchas veces, pero ella se sentía escrutada, desvestida sin permiso, incómoda. Es más, aquellas miradas jamás estaban dotadas de reciprocidad.

Su antiguo pretendiente lo hizo muchas veces, para luego no llegar a concretar nunca nada con ella a causa de su madre, que la odiaba sin motivo alguno, solo por proceder de una familia humilde.

Aquella mujer era insufrible y había tenido que padecer cada uno de sus desplantes y que manejara al hijo como si se tratara de un títere.

Aguantó varios años de idas y venidas, de ahora te quiero, ahora te odio, hasta que una mañana, la que tenía que convertirse algún día en su suegra, se presentó en su casa en Beaulieu, anunciándole que su hijo se había comprometido con una muchacha acaudalada del pueblo.

Isabella no podía creérselo y confrontó a su controvertido enamorado. Lo encontró junto a su prometida y la familia de esta.

—Puedo explicártelo —fueron sus únicas palabras, pues Isabella no lo dejó hablar, tan solo se dio media vuelta y se marchó para no volver a verlo jamás.

Luego estaba Alec..., que era caso aparte. También la había mirado con deseo, pero con él no podía ser, pues lo veía como un amigo o el hermano que nunca tuvo, siempre velando por ella.

Lo quería, claro que lo hacía, pero no podía destrozarle la vida, no se lo merecía.

Y, de pronto, cuando ya había tomado un camino que la llevaría a entregar su existencia a Dios, apareció él, Sean MacLeod.

En sus cavilaciones seguía inmersa, cuando Lucy entró de nuevo en la estancia, haciéndola dar un respingo.

—El señor aguarda en el comedor para cenar, no lo haga esperar, aborrece la comida fría —intervino la muchacha mientras esbozaba una risita.

Isabella, quien todavía se estaba recuperando del susto, se preguntó el porqué de aquella risa extraña, mas prefirió no abrir la boca. La cuestión más importante era otra, él la esperaba para cenar.

Cuando se quedó a solas, se vistió con las prendas que Lucy había dejado sobre una silla para ella.

Se trataba de un vestido sencillo que le iba algo corto y unos zapatos que le apretaban sobremanera, pero al menos no estaba como su madre la trajo al mundo.

El pelo se lo recogió en una trenza, como solía hacer en los últimos tiempos, y observó su imagen en el espejo. Estaba pálida.

Se pellizcó las mejillas y se humedeció los labios antes de bajar al salón.

Lucy aguardaba fuera de la estancia para acompañarla.

Cuando arribó al comedor, halló a Sean sentado en la silla de uno de los extremos de la mesa.

—Toma asiento —le ordenó.

Y Lil no supo dónde hacerlo.

La mesa era larga y había bastantes sillas dispuestas alrededor.

Estaba acostumbrada a comer en la mesa rectangular y pequeña que había en su casita de Beauhy, junto a sus padres y sus hermanas cuando ellas aún vivían allí. Le resultaba extrañísimo y frío sentarse muy alejada de su acompañante, así que lo hizo en la silla más cercana a este.

—No era necesario que te molestaras en..., podría haber comido algo en la cocina —dijo Isabella con timidez.

—Absurdo, si invitas a alguien a quedarse en tu casa, lo mínimo que puedes hacer es ser hospitalario, ¿cierto? —inquirió él mientras fruncía el ceño.

Isabella se sintió por un momento incómoda, de todo lo que había dicho de modo cortés Sean, solo se había quedado con una palabra, concretamente la que no lo era... Absurdo...

—No estoy acostumbrada a cenar en casa ajena —espetó la joven algo molesta.

—Ni yo a hacerlo acompañado —dijo encogiéndose de hombros.

El silencio se formó de nuevo entre los dos, uno de esos incómodos que tanto irritaban a Isabella.

Emma y Lucy entraron en la estancia, fueron depositando bandejas y platos ante ellos.

También cerveza y vino, además de una jarra que contenía agua, lo que más necesitaba Lil en aquel momento.

Lucy, al notar la necesidad de la invitada de su señor, le llenó la copa mientras le dedicaba una amplia sonrisa.

Ella le dio las gracias y atacó la copa con ganas, estaba sedienta.

Ambos disfrutaron en silencio de una cena espectacular, de lo mejor que había comido Isabella en mucho tiempo. Y así se lo hizo ver a Sean.

—Ruby, la cocinera, hace un trabajo excepcional, mi madre la hizo venir para que yo no pasara hambre en cuanto Emma le escribió diciéndole que comía poco y mal.

Lil puso una mueca de rechazo, que a Sean no le pasó inadvertida.

—¿Tu madre está mucho por ti?, es decir, ¿se inmiscuye en tu vida y en las decisiones que tomas? —inquirió la joven, demasiado interesada.

—No... Murió hace algún tiempo, si bien ella sabía que soy un alma libre capaz de tomar mis propias decisiones. Eso sí, se preocupaba mucho porque su retoño comiera bien, era una obsesión para ella.

Sean sonrió achispado por el vino, y aquella sonrisa encandiló a Isabella más si cabe.

«Insensata, que vas para monja, que no puedes permitirte el lujo de obsesionarte con Sean MacLeod, por muy atrayente que te resulte», pensó.

—Lo siento, al decir que tu madre envió al ama de llaves, pensé...

—No te preocupes, no podías saberlo —respondió Sean encogiéndose de hombros.

Lil se retrepó en la silla algo incómoda y decidió reconducir la conversación.

—Yo tengo a mis padres... Son, cómo decirlo, peculiares. Ellos siempre han velado porque me convierta en una mujer de bien, aunque a veces hayan recurrido a métodos cuando menos reprobables.

—¿Y qué métodos son esos? —preguntó él, divertido.

—No quieras saberlo —Lil estalló en carcajadas, Sean se contagió y rio con ganas.

Ruby, la cocinera, y Lucy cuchicheaban sobre la forastera y su señor, cuyas risas se extendían por toda la casa y arribaban a la cocina amplificadas y dulces.

—¿Y si se casan?, hacen muy buena pareja —dijo de pronto Lucy.

—Le haría bien al señor, al menos se le quitaría ese carácter endemoniado y la cara de andar comiendo tierra todo el día.

—Muchachas, ¿qué os he dicho de criticar al señor?, dejad la charla de una vez y a trabajar, hay mucho que recoger y limpiar —dijo Emma dando varias palmadas.

—No es ninguna mentira lo que estamos diciendo. El señor está riéndose a carcajadas, yo jamás lo había visto ni siquiera sonreír —intervino Ruby.

—Es verdad, además, hacen una bella pareja —dijo Lucy, uniendo las dos manos, evocadora.

Emma negó con la cabeza y sentenció:

—Es poco probable que esa mujer pueda ser la adecuada para el señor.

—¿Por qué, Emma? —preguntó Lucy con las cejas enarcadas.

—Nada, son cosas mías —respondió a esta dejándola con la intriga en su máximo nivel.

Emma tenía muy claro que la presencia de Lil en aquella casa solo podría significar una cosa: problemas.

Capítulo 6

Sean tenía las mandíbulas doloridas. Hacía mucho tiempo que no se reía con ganas, y aquella noche lo había hecho por años. ¿Qué le ocurría con la señorita Buchanan? Era algo que no conseguía entender.

A su lado sentía que sus fantasmas desaparecían, que se hacían pequeños y que Rós Sean se tornaba colorida y confortable.

Pero la vida había hecho que aquel soplo de aire no durara más que un día y a la mañana siguiente tendría que llevar a Lil, que así le gustaba que la llamaran, al convento.

Por eso era mejor que comprendiera de una vez que su mente no podía hacer planes, que debía continuar con su vida tal y como lo había hecho hasta la fecha.

Al fin y al cabo, jamás ocurriría nada entre los dos, en unas horas aquella mujer le estaría prohibida, a menos que..., no, aquella idea era del todo disparatada y la descartó al momento, aunque en su fuero interno no dejara de rondarle la urgencia que le apremiaba y le apretaba el pecho.

Si no la hubiera conocido, si tan solo aquellos ojos violetas no se hubieran cruzado con los suyos, no habrían hecho una brecha en su coraza hecha de recelo y soledad.

Se hallaba en su alcoba y no dejaba de caminar de un lado al otro de la habitación, mientras coleccionaba pensamientos de lo más inverosímiles.

De pronto, se paró en seco y apretó los puños, había tomado una decisión.

Salió de la estancia y caminó por el pasillo hasta la última puerta, la de los aposentos de Lil. Alzó el puño y dio tres toques enérgicos.

Desde el otro lado, un hilillo de voz preguntó quién era.

Sean se mantuvo en silencio, y, por un momento, se arrepintió de ser tan atrevido con aquella mujer a la que apenas conocía, ¿qué pensaría de él?

—¿Sean, eres tú? —inquirió ella.

Él, que ya había dado media vuelta y caminaba hacia su alcoba, pues pensaba que había tenido una idea nefasta al atreverse a llamar a la puerta de la bella Isabella, se paró en seco.

Volvió sobre sus pasos y dijo:

—Sí, soy yo, pero solo quería...

La puerta se abrió y Lil apareció con un camisón hasta los pies que llevaba en su hatillo. Era de tela recia y apenas se intuía su figura, sin embargo, a Sean le pareció la mujer más bonita que había visto jamás.

—¿Qué es lo que querías, Sean? —preguntó ella enarcando las cejas.

—Estar a tu lado, pasar esta noche contigo. No me malinterpretes, no te pido que te entregues a mí, sé que tu corazón le pertenece a otro, otro que jamás podrá tocarte. Solo anhele tu cercanía —dijo él de forma atropellada, no estaba acostumbrado a exteriorizar sus sentimientos.

A aquellas alturas, Isabella estaba totalmente abrumada por las palabras de Sean. No había sido capaz de pegar ojo pensando en la mirada y la sonrisa de aquel misterioso hombre, que en un principio le había parecido huraño y maleducado, y ahora se le antojaba misterioso a la vez que encantador.

—Está bien —respondió ella con aplomo.

Sean abrió mucho los ojos, esperaba que aquella mujer lo increpara por su atrevimiento, pero, por el contrario, le franqueó el paso a sus aposentos y él se internó en ellos como si lo hiciera en un castillo encantado.

Isabella cerró la puerta tras de sí, su corazón palpitaba con fuerza, ¿qué demonios estaba haciendo?, no lo sabía. Lo único que tenía claro era que aquel hombre había despertado en ella algo que nadie más había hecho, ni siquiera su eterno pretendiente.

Se aproximó a él mientras se deshacía el lazo de la cinta que unía las dos partes delanteras del camisón y este cayó al suelo.

Sean tragó saliva, pensaba dormir a su lado, abrazados, sin más pretensiones, pero jamás imaginó que Isabella estuviera dispuesta a yacer con él y su entrepierna reaccionó al acto.

Acarició el rostro hermoso de la mujer que tenía ante sí y deslizó su dedo por el cuello hasta llegar a uno de sus turgentes pechos. Se entretuvo en el pezón erguido y sonrió antes de besarla con ansia.

Ella recibió aquel beso con sorpresa primero, por el ímpetu de este, y con ganas después. El silencio solo se rompía por el crepitar del fuego en el hogar y por el latido acompasado de sus corazones desbocados.

Y Sean la abrazó como si Isabella fuera su más preciada pertenencia.

—Lil, no sé qué me pasa contigo, necesito que seas mía esta noche —susurró.

Isabella no dijo nada, por un momento pensó en el error que estaba cometiendo, pero fue solo eso, un fugaz pensamiento que se esfumó cuando los dedos hábiles de Sean se colaron en su sexo humedecido por el deseo.

—Sean —gimió ella.

Y él se arrodilló para degustar la fruta prohibida que le ofrecía Lil sin ningún tipo de resistencia.

La joven notó como miles de sensaciones la embriagaban, en su ser solo cabía el placer con que Sean la castigaba, el mañana no existía y su sino se desdibujaba. Ante ella se abría un mundo nuevo de sensaciones y placer.

Su respiración se agitó y el corazón galopante parecía que iba a salirse del pecho cuando estalló en mil pedazos.

Todavía jadeante, Sean la tomó en brazos y la llevó al lecho. La depositó en él con cuidado y se tendió sobre ella.

Una acometida contundente llenó por dentro a Lil, quien arqueó la espalda. Sean depositó pequeños besos en su cuello antes de volver a embestirla una y otra vez mientras ella le pedía que siguiera, que no parara jamás de robarle el aliento mientras ambos se fusionaban en un solo ser.

Capítulo 7

Isabella despertó al punto del mediodía, un rayo de sol furtivo apuntaba directamente hacia sus ojos. Los cerró de manera instintiva y las imágenes de la noche anterior acudieron a su mente.

Se llevó las manos a la cabeza, ¿cómo había sucumbido al deseo de esa manera?, era como si Sean MacLeod fuera un hechicero y la hubiera embrujado, porque no se reconocía. ¿Cómo se supone que se presentaría en el convento después de lo que había pasado entre ella y aquel enigmático desconocido?, la isla era pequeña, quizá el servicio hablaría y diría que la aspirante a monja había retozado con su señor antes de entregarse a Dios.

De pronto, la idea de tomar unos votos perpetuos le parecía ridícula y sabía muy bien por qué. Había probado las mieles del placer en su máximo exponente y se negaba a darle la espalda. Sean, sus ojos negros, su presencia imponente, su cuerpo musculoso sobre el suyo...

Pero debía hacerlo, debía seguir con sus planes, entrar en aquel convento era de vital importancia si quería encontrarse a sí misma y desvelar de una vez el misterio sobre su existencia.

Unos toques en la puerta la hicieron dar un respingo, no estaba acostumbrada a que nadie lo hiciera con esa contundencia. Echó de menos de pronto la suavidad de su madre para despertarla por la mañana y sonrió evocadora, solo hacía un día que estaba fuera de su casa y ya la añoraba, quizá no tendría que haber salido de Beaulieu jamás.

—Señorita Isabella, soy yo, Lucy, ¿puedo pasar? —preguntó la doncella con voz cantarina desde el otro lado de la puerta.

Lil se afanó a levantarse de la cama y a buscar su camisón, que había quedado olvidado en el suelo horas antes.

Lo encontró hecho una bola, cerca de la cama, y se lo puso. Estaba frío.

Se recompuso el pelo y abrió la puerta.

Lucy se internó en la estancia mientras observaba todo a su alrededor.

—¡Uy!, pues sí que se mueve usted cuando duerme, señorita —dijo la doncella acercándose al lecho—, está todo hecho un desastre, me recuerda bastante al señor, su cama siempre está así...

Lil enrojeció.

—Sí, cuando me he dado cuenta estaba completamente destapada, me muevo muchísimo mientras duermo —mintió, sabía que era una especie de bloque de piedra y su lecho siempre

amanecía casi intacto.

Se quedó dormida en brazos de Sean cuando casi despuntaba el alba y no recordaba que este se moviera tanto, si bien, estaba muy cansada cuando se dejó vencer por la caricia de Morfeo, así que tampoco podía asegurarlo.

Esperaba despertar a su lado, aunque no había sido así. Lo había hecho sola y se preguntaba dónde estaría Sean.

—El señor pidió que le diera esto, también me dijo que no lo abriera hasta el día que decidiera tomar los votos perpetuos. En realidad, se lo dio a Emma, pero ella me pidió que fuera yo quien se lo entregara.

Lil tomó el sobre lacrado que Lucy le tendió y la observó sin entender muy bien por qué no había sido él mismo quien se lo había dado.

—¿Dónde está el señor? —preguntó Isabella visiblemente nerviosa.

—Se ha ido a Dunvegan, partió poco después del amanecer, su padre lo mandó llamar y había postergado su marcha, hasta hoy.

El corazón de Isabella latía desbocado, él ni tan siquiera se había despedido de ella y dolía, dolía demasiado.

Isabella apretó el sobre como si la vida le fuera en ello, además, la tentación de abrirlo era muy fuerte, demasiado; sin embargo, no podía hacerlo, sería incumplir la voluntad de Sean y ella era una mujer firme y leal, incapaz de romper la confianza que hubieran podido depositar en su persona.

—Su ropa permaneció toda la noche frente a la chimenea. La lavé a conciencia, así que ya la tiene lista para su partida —anunció la doncella con un deje de decepción en la voz.

—Muchas gracias por todo, Lucy —dijo Isabella con sinceridad.

—No tiene por qué darlas, es mi trabajo —respondió la muchacha mientras tiraba de las sábanas para sacarlas del lecho—, por cierto, ¿cómo una mujer como usted va a dedicarle la vida a Dios?

La pregunta de Lucy le cayó a Lil como un jarro de agua fría, ya no sabía qué responderle. Se decidió a tomar los hábitos por varias razones, pero la que resaltaba más era la de la vocación. Eligió aquel lugar porque lo había escuchado nombrar cuando descubrió aquel secreto que no la dejaba descansar tranquila desde hacía ya algunos meses.

Le ayudaría a encontrar respuestas, solo tenía un dato, nació en el convento, y los que había creído sus padres durante toda su vida no lo eran.

Cuando la pareja que la había criado supo cuál era el convento elegido los notó muy nerviosos, demasiado.

Podría haberlos confrontado, pedirles explicaciones por haber callado la verdad durante más de treinta años, pero no fue capaz de hacerlo, se negaba a creerlo, incluso se convenció a sí misma de que lo que había oído era fruto de su imaginación.

—La idea de una vida dedicada a Dios me produce una enorme satisfacción —mintió descaradamente, aquellas palabras sonaron huecas y forzadas en sus labios.

—No sé por qué no puedo creerla, señorita. La vi anoche mientras cenaba con el señor y le aseguro que su mirada no era la de una mujer que quiere consagrar su vida al Todopoderoso.

Lil frunció el ceño.

—Deja de decir sandeces, muchacha. Yo nunca podría entregarle mi vida a tu señor —volvió a mentir, jamás lo había hecho tantas veces seguidas.

—¿Por qué?, se les veía tan bien juntos...

—Lucy, deja de increpar a la señorita Buchanan, además, ya se marcha, ¿cierto? —Emma las miraba a ambas desde el umbral con los brazos en jarras y los ojos envueltos en un incendio.

—Sí, enseguida me iré, me esperan en el convento...

—Así es —soltó Emma con sequedad.

Isabella atisbaba un halo de antipatía por parte del ama de llaves hacia ella y no tenía ni la menor idea del porqué.

Las dos sirvientas la dejaron sola en la alcoba y ella se puso el vestido que olía al aroma que emanaba aquella casa.

Guardó su camisón en el hatillo y se calzó sus viejos zapatos, que también estaban secos y limpios.

Por último, puso la Biblia y el sobre encima de la ropa y cerró el hatillo.

Abandonó la estancia con la impresión de que jamás volvería a poner un pie en aquella habitación.

El convento estaba cerca de Rós Sean, así que salió de la casa a paso vivo para dirigirse a su destino. No muy lejos de la esta halló a dos hombres, uno joven y otro casi anciano, que la observaban con curiosidad. El más joven se acercó a ella para ofrecerle llevarla a donde quisiera ir, mas Isabella rechazó la oferta y siguió caminando. Tardó cerca de diez minutos en arribar al Iona Nunnery.

Cuando estuvo frente al portón llamó a la aldaba. Segundos después, una hermana anciana le abrió y, en silencio, le franqueó el paso.

Isabella se detuvo de pronto y aspiró una gran bocanada de aire mientras miraba atrás por

última vez.

—¿Algún problema, niña? —inquirió la anciana.

—No, hermana, todo está bien...

—Espero que así sea, joven, te esperábamos ayer..., a la priora no le gustan los retrasos, será mejor que lo tengas en cuenta de ahora en adelante.

—Lo siento, tuve problemas de camino a la isla —respondió Isabella con consternación.

—¿Y ya se solucionaron? —inquirió la monja.

—Sí, ya todo se solucionó, estoy lista... —dijo Lil mientras una gran opresión abrigaba su pecho, no era de buena cristiana mentirle a la cara a una servidora de Dios y ella acababa de hacerlo.

Capítulo 8

Sean desmontó del caballo, se sentía un desgraciado por haberse marchado sin despedirse de Lil, pero es que le era imposible hacerlo. La noche que habían pasado juntos había sido la más maravillosa de su vida y sabía que ella se iría a la mañana siguiente, por ello, decidió volver a sus aposentos y escribirle una carta haciéndole una proposición.

No quería que cancelara sus planes de ingresar en el convento, deseaba que lo hiciera y comprobara si, en realidad, era esa la vida que quería llevar. Con ese gesto, le había dado la posibilidad de decidir, aunque ella todavía no lo sabía, y lo mejor para que lo hiciera de manera limpia era dejarla ir sin montar ningún drama.

Por ese motivo emprendió el camino hacia Dunvegan, aunque no tuviera ganas de enfrentarse a su padre en ese momento.

Hacía semanas que había recibido una carta para que acudiera con la mayor brevedad, pero él lo postergaba una y otra vez. Recibió una última misiva dos días antes y en ella su padre parecía furioso, así que decidió que era el momento de confrontarlo, aunque podía imaginarse cuál era el motivo que movía a su progenitor.

Sean era un hombre de mar, que disfrutaba con sentir el mecer de las olas. Ocupaba su tiempo en construir pequeñas embarcaciones, para él y para quien se las encargara.

Muchas habían sido las personas que le habían dicho que podría convertirse en un hombre rico si explotaba su talento, contratando empleados para poder construir embarcaciones mucho más grandes que simples botes y barcos de vela pequeños como con el que navegaba en aquel momento.

—¿Cree que ha sido buena idea salir hoy a la mar?, el cielo anuncia tormenta —intervino Lloyd, su fiel ayudante. Era algo así como un chico para todo que lo mismo lo ayudaba a construir barcos que cuando Finlay, el marido de su ama de llaves, no podía hacerlo, le servía de cochero y mozo de cuadras.

A diferencia de las mujeres del servicio, Lloyd vivía en Baile Mor, con su madre, aunque se pasaba la mayor parte del tiempo en Rós Sean con su señor.

Era apuesto, de cabello castaño, ojos azules y profundos. Acababa de cumplir los veinte años, si bien, parecía que fuera más joven, pues sus facciones todavía se veían aniñadas, era por lo que había decidido dejarse una barba que aún se veía apenas poblada.

—Esto son solo unas pocas nubes, muchacho, no tendremos ningún problema.

Lloyd entrecerró los ojos, jamás había visto a su señor tan raro. Siempre era serio, demasiado.

Eran pocas las ocasiones en que lo había visto reír, podía verse a sí mismo como un privilegiado, porque la sonrisa de Sean MacLeod era algo difícil de ver según casi todos los que tenían el gusto de conocerlo.

Lloyd observó a Sean, con su manto negro y su *bonnet*^[2] del mismo color. Su cabello largo y las facciones duras le conferían un aspecto imponente. Él, por el contrario, se veía tan poca cosa a su lado..., al menos era así cómo lo sentía. Admiraba a Sean MacLeod, le agradaba su compañía, además, sabía que quizá era el hombre más sabio en cuanto al estado de la mar se refería, así que, aunque dudaba en esta ocasión de su palabra, se encogió de hombros y dio por sentado que su patrón jamás lo pondría en peligro.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—A Dunvegan, espero que hayas avisado a tu madre de que esta noche no llegarás a dormir —dijo Sean, aferrado al timón y mirando a la nada.

—Ella sabe que si salgo en el barco con usted no suelo llegar, así que no hay problema.

Sean asintió, no quería que Anne se preocupara por su retoño, era una buena mujer que había trabajado en el pasado en su casa cuando venía con sus padres a pasar el verano. De eso conocía a Lloyd, que desde que solo era un crío le iba detrás como si fuera un perrito.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Lloyd? —inquirió de pronto Sean con una expresión extraña en él.

—Sí, claro, dígame...

—¿Alguna vez te has enamorado?

—¿Enamorado?, ¿enamorado como para casarme? —preguntó el joven.

—Sí, se podría decir así —respondió Sean entre carraspeos.

—Pues no, milord, nunca me he enamorado de ese modo. Eso sí, que me guste mucho una muchacha, sí, eso me pasa continuamente, pero todavía me veo joven para atarme de por vida, así que intento disfrutar —argumentó Lloyd encogiéndose de hombros.

—Eso está bien, muchacho, está bien...

—¿Y usted?, ¿se ha enamorado alguna vez? —preguntó el joven, curioso.

—Alguna que otra... —respondió Sean, incómodo.

—¿Lo dice por la mujer que pasó la noche en Rós Sean?, ¿la que quiere ser monja? —preguntó el chico de pronto.

Sean tragó saliva, cuando volviera a su casa tendría que hablar muy seriamente con Lucy, esa lengua que se gastaba y la manía de meterse en asuntos que no la concernían ya le habían dado más de algún problema.

—¿Y por qué piensas que es por ella?

—Dicen que es muy bonita, que tiene los ojos del color de las violetas, solo he visto a una persona con ese color de ojos, a ese borracho de Evander Hardy.

—No se te ocurra pronunciar ese nombre delante de mi padre, para él es el equivalente al maligno —apuntó Sean con la mandíbula tensa.

—Lo siento, señor... —Lloyd agachó la cabeza.

—No te preocupes, muchacho. Pero es mejor que lo tengas presente, ya sabes cómo es mi padre, y estoy seguro de que te mandaría azotar si te oyera hablar de ese hombre, o algo mucho peor.

Lloyd tragó saliva. Sí, Malcolm MacLeod era un hombre de carácter, siempre parecía estar enfadado y con el ceño fruncido. Pocas habían sido sus interacciones con él, aunque suficientes para saber que era mejor no molestarlo.

Sean se mantuvo en silencio, no tenía ni la menor idea de por qué le había preguntado al joven Lloyd si alguna vez se había enamorado. Posiblemente fuera por la opresión que reinaba en su pecho en ese momento, por la sensación de vacío al pasar la noche más increíble de su vida y darle la espalda a la felicidad, o mejor dicho, al amor.

Sin embargo, debía ser así, debía dejar volar a Lil y él aguardaría su regreso. Si en verdad estaban destinados a estar juntos, ella volvería.

Capítulo 9

Una pequeña habitación sin luz, un crucifijo sobre un catre con aspecto de no ser muy cómodo, una cajonera de madera con agujeros de carcoma, un escritorio y una silla poco estable, aquellas eran las lindezas de su nueva celda.

Lil se abrigó con su chal. Hacía frío en aquel lugar. Una de las hermanas le había proporcionado la ropa que utilizaría durante su postulantado, dos mudas que consistían en un sencillo hábito de color negro, un delantal y un velo gris oscuro.

Cuando Isabella se puso aquellas ropas, sintió que no merecía llevarlas, tan solo una noche antes se dejaba amar por un hombre, por Sean, y que la perdonara Dios, pero no dejaba de pensar en su piel desnuda, en sus uñas clavadas en la fuerte espalda de su amante. ¿Qué podía hacer?, necesitaba confesarse, liberarse de todo su pasado antes de iniciar una vida muy diferente a la que conocía, una vida de recogimiento y silencio.

¿Se había equivocado al querer tomar los hábitos?, en aquel momento pensaba seriamente que sí, que quizá había decidido de manera precipitada, movida por las palabras de sus padres: no era su verdadera hija y había nacido en un convento en Iona, por ello estaba allí y no en otro lugar, debía descubrir sus orígenes, tenía que hacerlo para conseguir vivir en paz.

—Hola, ¿puedo pasar? —Una muchacha muy joven entró en su alcoba sin llamar.

—Sí, claro —dijo Isabella cuando ya su visitante estaba dentro.

—Me llamo Francesca y soy postulante, al igual que tú. La hermana vicaria me ha dicho que viniera a explicarte los horarios y la rutina del convento.

—Ah, yo me llamo Isabella, pero me puedes llamar Lil.

—Encantada de conocerte, Lil. Aquí no somos muchas postulantes y la gran mayoría no quieren ni tan siquiera hablar. Que digo yo que si queremos ser monjas, debemos acostumbrarnos al silencio, pero ya tendremos tiempo de permanecer silentes, ¿no crees?

—Sí, tienes razón, pero puede que hablar demasiado nos traiga problemas, así que será mejor que seamos discretas —dijo Isabella intentando imaginarse por qué una muchacha tan joven, casi una niña, quería entregarle su vida a Dios.

Otra mujer se coló en la estancia.

—Hola, ¿puedo pasar?

Debía rondar los treinta, de cara regordeta y simpática, y, cómo no, ya estaba dentro cuando

pidió permiso para entrar en la estancia.

—Esta es Penny, es inglesa —susurró Francesca, como si la última en llegar no la hubiera escuchado.

—Encantada, Penny... —dijo Lil haciéndole una pequeña reverencia.

—Igualmente. Por cierto, Franny, dice la hermana sacristana que vayas a la capilla, tiene que hablar contigo ahora mismo.

Francesca entrecerró los ojos.

—Seguro que piensa que he dejado el suelo sucio otra vez, esa mujer es una maldición —soltó la muchacha.

—Calla, insensata, como te oiga, te azotarán, y ya sabes que la sacristana no es delicada que digamos —le advirtió Penny bajando la voz—. Ve a la capilla, yo me encargo de..., no me has dicho tu nombre.

—Isabella, me puedes llamar Lil.

Francesca salió de la estancia con celeridad.

—Ten cuidado con Francesca, es demasiado joven y creo que no tiene vocación de monja, más bien de bufón, día sí, día también acaba metida en líos —rio Penny.

—Sí, ya he visto que es casi una niña...

—Tiene diecinueve años, y dice que lo suyo es vocacional, pero permíteme que lo ponga en duda. Yo creo que tiene algún motivo que no dice a nadie, porque su padre ya ha venido en varias ocasiones para llevársela de aquí y no quiere ni verlo.

Isabella frunció el ceño.

—¿Y cuál crees que puede ser el motivo? —inquirió.

Penny se encogió de hombros.

—No lo sé, aunque te aseguro que si a mí me dieran la opción de salir de aquí, lo haría de inmediato. Yo no quiero ser monja, mis padres me han obligado a ello —dijo casi en susurros.

Isabella se llevó la mano a la boca, sorprendida.

—¿Y por qué han hecho eso? —preguntó llena de compasión por la muchacha.

—Porque tengo veintinueve años y, según ellos, nunca me casaré. Por esa razón han decidido que mi única opción es hacerme monja, aunque deteste el encierro y el recogimiento.

—Oh, ¡Dios!, ¿y no pudiste negarte?

—¿Crees que no lo hice?, claro que sí. Pero mi padre es terco como una mula, y yo no podría sobrevivir sola, ¿a dónde iría? —preguntó Penny encogiéndose de hombros. En fin, ¿por qué estás tú aquí?

A Lil se le ocurrían varias alternativas a ingresar en un convento, por ejemplo, emplearse como sirvienta, aunque no se atrevió a contradecir a su nueva compañera, o como se diría en el convento, hermana. En su lugar intentó contestarle a su última pregunta:

—Yo estoy aquí por... —se quedó a medias, en blanco— vocación.

Penny la observó con una extraña mueca en el rostro.

—Sí, claro, como todas...

—En serio, yo viajé a Iona totalmente convencida de ingresar en este convento.

—Y ahora ya no estás tan segura de tu fe en Dios, ¿cierto?

Isabella fulminó a Penny con la mirada, estaba siendo demasiado intensa, incluso invasiva, con ella.

—Si no lo estuviera, no estaríamos hablando en este momento —intervino con sequedad.

—De acuerdo, no hace falta que te enfades. Te hablaré de los horarios y rutinas del convento.

Isabella se dispuso a escuchar a Penny mientras en su ser la incomodidad se abría camino, y las preguntas, se hacía muchas, pero una predominaba sobre las demás, ¿por qué era incapaz de quitarse de la cabeza a Sean MacLeod?

Capítulo 10

Sean y Lloyd arribaron a Dunvegan cansados y con la ropa empapada, al final, el primero se había equivocado al predecir que no llovería.

Tras asearse e instalarse, Sean acudió al encuentro de su padre, que, como siempre, se hallaba en su despacho.

Dio unos toques en la puerta y Malcolm MacLeod acudió a abrir.

—Ah, eres tú, pensé que jamás te dignarías a acudir a la llamada de tu *laird*.

—Tenía asuntos que atender en la isla, padre —se justificó Sean un poco dolido por el frío recibimiento de su progenitor; aunque siempre fuera igual, no podía evitar sentir cierta congoja.

—Sí, perder el tiempo entre maderos, en lugar de estar aquí junto a tu clan. Yo moriré algún día, ¿eres consciente?, y como mi hijo mayor, tendrás que asumir el mando.

—¿Para eso me has hecho llamar?, ¿para decirme lo de siempre?, ya he dejado clara mi postura, no deseo ser el *laird* de los MacLeod y no cambiaré de idea.

—Eres un egoísta, un buen hijo sabe que su lugar está junto a su familia.

—Pues quizá yo no sea un buen hijo, no lo sé, lo único que sí sé es que no voy a regresar a Dunvegan, estoy feliz en Iona, allí está mi hogar —espetó Sean—. Además, tienes a Alistair, no tengo duda de que será un buen *laird* para los MacLeod.

—Alistair de lo único que entiende es de faldas, no es un buen guerrero como lo eres tú, y mucho menos sabe de estrategia militar —intervino Malcolm levantándose de su silla y apoyando las manos en la mesa con fuerza.

—Pues enséñale, como hiciste conmigo.

—Tu madre lo malcrió y ahora dudo mucho que pueda cambiar su modo atolondrado de ser.

Sean negó con la cabeza.

—Pues tendrás que intentarlo al menos, porque yo no cambiaré de parecer, es mi última palabra.

—Lamento decirte, hijo, que no te quedará otro remedio, pues voy a vender Rós Sean, así que, cuando vuelvas, tendrás que sacar tus pertenencias con la mayor brevedad posible para que los nuevos propietarios puedan instalarse —anunció Malcolm con aire triunfal.

Sean apretó los puños.

—¿Así que para eso querías que viniera?, para hacerme caer en tu ratonera. ¡Si no fuera porque eres mi padre, no tendría piedad contigo! —bramó Sean conteniendo las ganas de agarrar al hombre que tenía ante sí por el cuello.

—Era uno de los motivos...

—Ah, ¿que hay más?, estoy ansioso por saberlos todos, padre —ironizó Sean.

—Hay uno más. Pero tan importante como para que te hayas desplazado a tu hogar —dijo Malcolm mientras se acomodaba en su silla.

—Pues acabemos con esto, quiero irme de una maldita vez —dijo Sean dejándose caer en su silla de nuevo.

—Es sencillo. Te vas a casar con la hija de Fergus MacLean.

—¿Qué?, ¿has perdido la razón, padre? —inquirió Sean, furioso.

—De ningún modo. Además, no te lo estoy pidiendo, es una orden de tu *laird* y debes cumplirla. Ya está bien de hacer lo que te venga en gana en Iona. Te quedarás en Dunvegan y contraerás nupcias con Evelyn MacLean en una semana.

—Definitivamente te has vuelto loco, padre. No voy a casarme con Evelyn, no me gusta, además, no es una buena mujer.

—Es bella y puede darte hijos, no necesitas más...

—Pero no la amo, padre, es más, la odio.

—Razón de más para que te cases con ella, porque del odio al amor hay un paso muy pequeño. —Malcolm parecía disfrutar con el enfado de su hijo.

—Tendrás que apresarme para que lo haga. Ahora mismo me pondré de camino a Rós Sean, mi casa, me la dejó mi madre al morir y era de su familia, así que no puedes venderla, ella adoraba esa casa. ¿Es que no eres capaz de respetar su recuerdo?

—No se vive de recuerdos, hijo. Voy a vender Rós Sean y tú volverás a Dunvegan, te casarás con Evelyn MacLean y, llegado el momento, me sucederás como *laird* de nuestro clan.

Sean apretó los puños. No, su padre no podría obligarlo a trastocar toda su vida, mucho menos a casarse con una mujer a la que no amaba. Una idea cruzó su mente.

—Te haré una propuesta..., será la única forma en que acepte ese matrimonio. No venderás Rós Sean, y yo continuaré viviendo allí con mi esposa por un año y un día.

—¿Un *handfasting*?

—Sí, eso mismo —espetó Sean.

—¿Y luego qué?, quiero decir, cuando pase ese tiempo, ¿qué harás? —inquirió el *laird* entrecerrando los ojos.

—Si consigo enamorarme de Evelyn, cerraré Rós Sean y nos trasladaremos a Dunvegan. Asumiré mi responsabilidad como *laird* cuando llegue el momento.

—¿Y si no te enamoras de ella?

—No continuaré con el matrimonio, ella volverá a su casa y yo me quedaré en Rós Sean para siempre.

—Ese trato no es justo, siempre ganas, siempre te quedas con la casa; y yo quiero venderla.

—Es fácil, padre. Si no consigo aguantar un año junto a Evelyn como su esposo, tendrás libertad para vender la propiedad, y yo volveré a Dunvegan igualmente.

—Me parece más justo —sentenció Malcolm—, acepto el trato.

Sean observó a su padre con una mezcla de sentimientos encontrados. De nuevo lo había vuelto a hacer, se había salido con la suya mediante la manipulación. Esa era la razón de que en su día pusiera tierra de por medio, Malcolm MacLeod siempre conseguía lo que quería y acababa de hacer que él mismo cavara su propia tumba, casándose con una mujer a la que detestaba.

Capítulo 11

Oración, recogimiento, estudio, labores domésticas..., así era la vida de Lil en el convento. Llevaba poco menos de una semana y ya se le caían encima los muros de su celda.

Francesca, Franny, como le gustaba que la llamaran, y Penny se habían convertido en lo más parecido a dos amigas que tenía allí. Las demás postulantes eran frías y distantes con ella y no tenía ni la menor idea de por qué.

Penny le había dicho que eran así, que no creía que tuvieran nada en contra de ella. Que todo se debía al miedo, quizá, a ser castigadas.

Cuando Lil se sentía desfallecer, sacaba el sobre que le había hecho entregar Sean y lo apretaba contra su pecho. Siempre tenía la tentación de abrirlo. Cuando eso pasaba, le pedía a Dios que le diera fuerzas para no caer en ella. Y, sin saber cómo, sus ganas de descubrir las palabras que su amante le había dedicado disminuían.

Una tarde, cuando limpiaba el claustro, la vicaria se acercó a ella.

—Asegúrate de que no queden malas hierbas en el jardín. No hay nada que dé peor imagen que esas plantas silvestres por todas partes —dijo con sequedad.

—Sí, madre vicaria... —respondió Lil mientras continuaba clavando la azada en la tierra húmeda del jardín central del claustro.

—Hermana..., es hermana vicaria.

—Oh, sí, discúlpeme...

La vicaria asintió con la cabeza y clavó su mirada en la de ella con intensidad.

—Lil, así te llaman, ¿no? —preguntó la monja jugueteando con sus manos.

—Sí.

—¿Eres consciente de que aquí lo perderás todo?, ¿hasta tu nombre? —inquirió la mujer con dureza.

—Ah, lo sé, soy consciente de lo que representa ingresar en un convento. Además, yo lo hice por propia voluntad.

La vicaria sonrió y negó con la cabeza.

—Cuántas veces habré escuchado eso a lo largo de los años, y muchas fueron viles mentiras. Nadie ingresa en un convento por gusto.

Lil abrió mucho los ojos, sorprendida por las palabras de aquella mujer, siempre tan silenciosa y recta.

—Y entonces, ¿por qué lo hacen?

—Cuando todo se rompe, siempre se acude al creador para que remiende tu vida, pero hay rotos imposibles de disimular, siempre están ahí, y jamás se podrán borrar de tu corazón.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la vicaria.

—¿Está bien, hermana? —preguntó Lil abrumada por la situación.

—¿Qué haces?, deja de hablar y limpia toda esta porquería —soltó la vicaria en tono despectivo y autoritario.

La mujer le dedicó de pronto una mirada furiosa y se dio media vuelta antes de alejarse a paso vivo.

Lil tragó saliva y pensó que quizá sabría lo de Sean. La isla era pequeña y podría ser que le hubiera llegado el chisme de que una forastera que se dirigía al convento pasó la noche con el señor de Rós Sean.

Se estremeció solo de pensarlo. Para bien o para mal, aquella noche había marcado un antes y un después en su vida. Sean..., ¿pensaría en ella en aquel momento?

El edificio se hallaba en penumbra y los rayos azotaban el cielo de la isla. Los truenos eran escalofriantes, la tormenta se desquitaba con una fuerte lluvia que amenazaba con inundar el convento. De hecho, unos golpes apremiantes en su puerta le confirmaron que ya no era solo una amenaza.

Al otro lado, la hermana tornera la observaba con impaciencia cuando Lil abrió.

—¡¡Se está inundando el claustro, tienes que ayudar a achicar el agua!! —bramó la monja.

—De acuerdo, me vestiré y acudiré enseguida.

—No tenemos tiempo, muchacha, hay mucha agua, no podemos permitir que entre en la capilla —espetó la mujer con urgencia.

—Bien, enseguida salgo.

La hermana tornera se alejó a la carrera y Lil se echó un chal por encima de los hombros antes de seguirla.

El tiempo que tardaron en deshacerse del agua se le antojó a Lil eterno. La humedad parecía haberse metido en los huesos de sus pies descalzos y su camisón estaba sucio y empapado, pues además de agua había barro.

Cuando la tormenta cesó y todo volvió a la relativa calma, Lil se derrumbó en su cama, con una vieja camisola que le prestó Penny.

Hacía un frío inhumano, si el otoño era tan cruel, ¿cómo sería el invierno? Estaba acostumbrada a la comodidad del hogar, del fuego crepitante de la chimenea de la casa donde nació.

Allí, en el convento, todo era frío e inhóspito. No había espacio para nada más que servir a Dios de manera austera e incluso cruel.

Había visto como, la tarde anterior, se llevaban a una muchacha para castigarla por haberse reído durante la misa. La penitencia, diez latigazos. Se estremecía nada más de acordarse de las palabras de Penny en su oído.

—¿Entiendes ahora por qué están todas tan serias?, aquí es mejor no meterse en líos, Francesca ya lleva varios castigos, pero ni con esas quiere volver a su casa. Le he preguntado muchas veces por qué y no me responde, siempre evade el tema y me suelta cualquier tontería.

Lil no entendía nada. Los castigos corporales por hacer algo natural como reírse los veía desproporcionados. Si pudieran meterse en su cabeza y ver que pensaba cada noche en retozar con Sean, ¿qué le harían?

Cuando, nada más llegar al convento, el padre Murray la confesó, se mordió la lengua y no dijo nada de su pequeño secreto. Sin embargo, la segunda vez no pudo más y se lo contó todo, hasta que tenía un sobre bajo su catre, en la celda, un sobre de puño y letra de su amante.

El sacerdote no pareció sorprenderse demasiado. Llevaba toda su vida confesando a las monjas del convento una vez por semana, y posiblemente había recibido confesiones mucho más escandalosas que la suya.

—Hija, Dios te amará siempre que te arrepientas de tus pecados. Si bien, deberías quemar ese sobre, no te hace falta recordar tu y mucho menos leer las palabras profanas de ese hombre — soltó con una voz cantarina que tenía un trasfondo amenazante.

Luego la conminó a rezar varias oraciones y, mientras lo hacía, puso junto a ella un objeto envuelto en un paño de color granate.

—No hay mejor forma de expiar los pecados que el cilicio, tendrás que llevarlo durante cinco noches para no pensar en ese hombre.

Lil asintió con la cabeza y le dio las gracias al sacerdote, horrorizada por la penitencia que este le había impuesto.

Esa misma noche, Isabella se puso el cilicio en el muslo, el dolor que sintió fue indescriptible

cuando los pinchos de este presionaban su carne.

Le fue imposible dormir y se pasó la noche llorando, pensaba más que nunca en Sean, no, definitivamente el cilicio no se lo sacaría del pecho, quizá era eso lo que le hacía falta, un cilicio para su enamorado corazón...

En ese momento lo supo, no sabía cómo había ocurrido tan pronto, siempre pensó que el amor necesitaba tiempo, pero a ella solo le hizo falta una noche para enamorarse de Sean MacLeod.

Capítulo 12

Sean observó la cinta que unía su mano fuerte y grande con la de Evelyn, pequeña y pecosa. Alzó la vista y descubrió a la muchacha mirándolo desafiante.

Definitivamente, ella tenía las mismas ganas de casarse que él, ninguna.

Sean no había querido hablar con Evelyn antes de la ceremonia, y tenía pensado hacerlo en cuanto estuvieran a solas, pues no deseaba consumir el matrimonio, total, él aguantaría el tiempo suficiente para poder quedarse con su casa y luego le pediría que volviera con su padre. Era mejor para ambos que no tuvieran relaciones, si Evelyn llegaba a quedarse embarazada de él, ya no habría vuelta atrás.

Pensó en Lil y en la carta que le había escrito. No la podía abrir hasta el día de sus votos, y para eso todavía quedaba demasiado. Le daría tiempo a casarse y separarse de Evelyn.

—No pienses ni por asomo que me iré a vivir a esa maldita isla —masculló ella.

—Oh, sí que lo harás, aguantarás un año y un día en ella, luego podrás hacer lo que te plazca —respondió Sean.

—Eso lo veremos, no tengo más que decir que el clima de Iona me afecta y que me produce un desequilibrio humoral.

—No serás capaz, arpía —sentenció Sean.

Un carraspeo interrumpió el intercambio de lindezas por parte de los contrayentes. Era el sacerdote, que les dedicaba a ambos una mirada reprobatoria.

—Por favor, compórtense, Dios lo ve todo, está aquí con nosotros.

—Disculpe, padre Murray —dijo Sean, algo avergonzado.

El sacerdote le dedicó un gesto de desprecio. Estaba claro que aquella ceremonia no era de su agrado.

Se había desplazado desde Iona hasta Dunvegan, por expresa petición del *laird*, pues sabía que era el único que, bajo soborno, aceptaría officiar la ceremonia con tan poco tiempo de margen.

El hombre había llegado esa misma mañana, y partiría al atardecer con los contrayentes, que, después de un austero y breve festejo, viajarían a Iona.

Así lo había querido Sean MacLeod, y a su padre no le quedó más remedio que aceptar.

Todo se desarrolló según lo pactado entre Sean y su padre, aunque este intentara disuadir a su vástago de navegar por la noche.

Entrada la mañana del día siguiente, llegaban a puerto y Sean amarraba el barco.

Lloyd se apresuró a ayudar a Evelyn con su equipaje y ella agradeció el gesto que su marido no había tenido.

La noche la había pasado sola, en un frío y minúsculo camarote, que olía a calcetines sudados.

No deseaba casarse con Sean MacLeod, ya su padre la intentó comprometer con él cuando solo era una cría y tuvo suerte de que este se negara, era demasiado mayor para ella, además de insufrible y altivo. No, no le gustaba nada su esposo. Era atractivo, de eso no cabía la menor duda, pero ni en sueños dejaría que la tocara, le repugnaba su presencia.

Entraron en la casa y un aroma a comida inundó las delicadas fosas nasales de Evelyn. Tuvo ganas de vomitar al acto.

—Por favor, ¿qué es ese olor horrible? —preguntó mientras se tapaba la nariz y su voz sonaba, pues eso, nasal.

—El de mi comida favorita —soltó Sean mientras entraba y saludaba a Emma y añadía—: Prepara una habitación para la señorita MacLean.

Emma lo observó contrariada, era de recibo que unos recién casados querrían dormir juntos, aunque, como sirvienta, poco podía hacer más que obedecer a su señor.

Sean, después de asearse y descansar un rato en su alcoba en soledad, decidió salir y no volvió hasta el anochecer. Evelyn se quedó todo ese tiempo en su habitación, lamentando su suerte, se sentía como un pájaro enjaulado y ganas no le faltaban de huir; sin embargo, debía mantener ese matrimonio por el bien de su clan. Su padre necesitaba que así fuera por intereses que ella no alcanzaba a entender; si contravenía sus órdenes, sería desterrada de su propio clan. Así que no le quedaba otro remedio que permanecer en aquella odiosa isla.

Sean se detuvo delante del convento y suspiró. Ella estaba tan cerca y a la vez tan lejos. Quería verla y explicarle en qué situación se encontraba, pero ¿qué iba a decirle?, Lil también estaba

junto a alguien que no era él, solo que aquel hombre jamás le pondría un dedo encima y él podría hacerlo con Evelyn si ambos quisieran, aunque no era el caso.

Apretó los puños y le dio una patada a una piedra, que impactó en el muro del convento. Una voz lo sorprendió.

—¿Qué haces aquí, muchacho?, deberías estar junto a tu nueva esposa, consumando el matrimonio, que, he de recordarte, es un vínculo sagrado —soltó el padre Murray que caminaba hacia él con las manos en la espalda.

—Quizá usted también debería hacerlo, ya me entiende, descansar, hemos estado toda la noche navegando y no se ha movido de cubierta.

—Era el único lugar en que podía vigilarte, MacLeod.

—¿A mí?, ¿por qué? —preguntó Sean rascándose la cabeza.

—Para que no hicieras estupideces, como venir al convento. Ahora eres un hombre casado, debes olvidar tu vida pasada y todo lo que implica, y con todo me refiero, muchacho, a todo.

Sean entrecerró los ojos.

—¿Qué sabe, padre? —inquirió.

—Yo solo soy un servidor de Dios, uno de sus jinetes, y hago lo posible para que se cumplan sus designios.

—No me ha respondido.

—Ni pienso hacerlo, solo te digo, muchacho, que te alejes del fuego del infierno...

Sean estuvo a punto de carcajearse, mas se contuvo, aquel hombre era lo contrario a la cordura.

Se despidió de él y volvió a Rós Sean con un cúmulo de pensamientos bullendo en su cabeza, aunque todos ellos tenían como centro a una sola persona: Lil.

Capítulo 13

Isla de Iona, noviembre de 1560

Un atípico otoño trajo la nieve a la isla, las hermanas decían entre ellas que no era habitual que lo hiciera tan pronto, que Iona era húmeda y solía llover bastante en esa época, pero no acostumbraba a nevar y menos como lo estaba haciendo aquella oscura tarde.

Habían pasado dos meses desde que Lil arribó a Iona, dos meses en los que había hecho de tripas corazón para olvidar a Sean MacLeod y la única noche que pasó con él.

En ocasiones se preguntaba cómo era posible que tuviera unos sentimientos tan fuertes por un hombre que, a esas alturas, se había transformado en una ensoñación. De algún modo, lo había idealizado y eso le parecía de lo más preocupante.

Poco a poco se integraba en el convento, en sus rutinas, en su frialdad y silencio, en la vida austera y no falta de sufrimientos que le ofrecía el Iona Nunnery.

En aquellos dos meses aprendió que era mejor callar que hablar de más. Todavía sentía en sus carnes el dolor que le causó el cilicio en las fatídicas seis noches que lo padeció.

No consiguió su cometido, aunque al padre Murray le dijo que sí, que ya había olvidado a su amante y que estaba preparada para una vida al servicio de Dios. Se sentía como una auténtica farsante, no obstante, prefería que su conciencia la mortificara a que lo hiciera el cilicio.

También era muy vívido el castigo que recibió por comer a escondidas una vez que ayudó en la cocina. Tres días la tuvieron sin probar más que algún que otro mendrugo y un poco de agua cuando ya se sentía desfallecer.

Por esa razón, Lil intentaba pasar inadvertida en un lugar que en ocasiones se le antojaba hostil y otras soportable.

En su fuero interno sentía que había perdido su vocación, el Dios al que ella rezaba no era un villano que castigaba cualquier desliz con sufrimiento y dolor. Era un ser bondadoso al que le pedía con fervor que la liberara de aquel sentimiento de amor que continuaba lacerando su alma.

A él sí podía decirle la verdad sin que la fulminara ningún rayo ni le cayera un castigo doloroso.

¿Por qué no se marchaba?, porque, aunque la vocación se había esfumado antes de que entrara por la puerta del convento, todavía tenía un enigma por descubrir, sus orígenes. Necesitaba saber por qué había nacido en aquel convento y quién era su verdadera madre. Aquello no podía averiguarlo fuera y mucho menos confiárselo a nadie, ni siquiera a sus dos únicas amigas en aquel lugar.

Aunque también había congeniado bastante bien con una de las hermanas enfermeras. Lo bueno de todo es que podía ayudarla a asistir enfermos en la parte del convento dedicada a ello y en los domicilios de Iona.

Poder salir y respirar aire puro, deleitarse con el verdor de la isla, contemplar el mar mecerse y romper contra las rocas. Apenas había podido hacerlo, pero la hermana Josephine parecía comprender su necesidad de dejarse envolver por la hermosura de la naturaleza.

Aquella tarde fue avisada por Penny, debía acompañar a la hermana Josephine a atender a una mujer muy enferma. Como siempre, se mostró dispuesta, el frío no le importaba en absoluto cuando de ayudar a la enfermera se trataba. Le encantaba, aunque en ocasiones se encontrara en situaciones muy complicadas y penosas.

Ambas subieron al pescante del carro que utilizaban las monjas para sus gestiones y se pusieron en camino. Lil tiritaba de frío, el gran manto de lana que ambas hermanas llevaban no era suficiente para que la humedad de la nieve no calara sus huesos.

Tan distraída iba, que no se percató de dónde estaban hasta que la fachada imponente y adornada con nieve de Rós Sean la hizo darse un baño de realidad. La mujer que tenían que atender estaba en la morada de su antiguo amante.

Se preguntó quién de las tres sirvientas sería, si la recta ama de llaves, la encantadora cocinera o la pizpireta doncella.

—¿A quién tenemos que atender? —inquirió con curiosidad Lil.

La hermana Josephine se encogió de hombros.

—No lo sé, lo único que me han dicho es que es una mujer muy joven.

—Lucy —masculló sin pensar.

—¿Cómo dices? —preguntó la hermana.

—Nada, al llegar a la isla conocí a una de las sirvientas, es una muchacha muy joven y se llama Lucy, quizá sea ella.

—No lo creo —respondió la hermana con seguridad.

—¿Por qué?

—Porque dudo mucho que nos hicieran venir con este tiempo horrible para atender a una

sirvienta. La priora no lo permitiría. Ha de ser alguien importante en este lugar.

Lil frunció el ceño y negó con la cabeza. No se le ocurría quién demonios podría ser. En la casa solo vivían Sean, las tres mujeres y el esposo de una de ellas.

«Será alguien de su familia —pensó—. Alguna hermana o prima».

Agachó la cabeza con pesar y se dio de bruces con la realidad, para ella Sean MacLeod era poco más que un desconocido, aunque su recuerdo estuviera clavado en sus entrañas y su corazón latiera desbocado a medida que se acercaban a la casa. Después de tanto tiempo, iba a volver a verlo.

Capítulo 14

Emma se dispuso a abrir a las monjas que ella misma había hecho llamar para que atendieran a la enferma.

Se temía por su vida, llevaba dos días sin levantarse de la letrina y cada vez estaba más débil. Además, no dejaba de vomitar y ardía en fiebres. No quería recurrir a las hermanas del convento, pero no le quedó más remedio cuando la curandera que vino desde Baile Mor no consiguió que el mal que aquejaba a la muchacha remitiera, por el contrario, la pócima que le hizo beber la había hecho vomitar más si cabe.

El señor la echó a gritos de la casa, pues la curandera se atrevió a decir que la enferma tenía al maligno dentro de ella.

Emma abrió e hizo pasar a las dos hermanas que iban cubiertas hasta la cabeza con mantos negros.

Su rostro no pudo evitar cambiar de la urgencia a la sorpresa cuando vio los ojos violáceos que la observaban con curiosidad, era ella, su peor temor se había hecho realidad.

Cuando Ruby le insistió en que acudieran al convento a por ayuda, intentó disuadirla, pues sabía que existía una mínima posibilidad de que Isabella fuera una de las elegidas para hacerlo. Si bien, había muchas monjas en el Iona Nunnery, era difícil que la casualidad fuera tan mezquina, mas lo había sido y allí estaba, quitándose el manto empapado por la nieve del camino y dejando ver su atuendo de postulante.

—Soy la hermana Josephine, y esta es la hermana Isabella, estamos aquí para atender a la enferma —dijo la más mayor, y Emma torció el gesto, estaba claro que nadie más habría salido de su madriguera con aquel endiablado tiempo si no era por una urgencia.

—Pasen, la señora está muy mal y necesita ayuda cuanto antes.

Lil abrió mucho los ojos y se detuvo en seco.

La hermana Josephine se dio la vuelta y le dedicó una mirada interrogante.

—¿Ocurre algo, muchacha? —inquirió.

Lil negó con la cabeza y prosiguió su marcha con el corazón en un puño. «La señora —pensó—. ¿Quién será?, ¿quizá alguna familiar?, su madre no puede ser, pues creo recordar que me dijo que había muerto, ¿alguna tía?, sé tan poco de él».

Sin embargo, las dudas se disiparon cuando Lil estuvo delante de la puerta de la alcoba en la

que ella misma se había alojado tiempo atrás y vio que, efectivamente, no era ninguna tía lejana de Sean. Se sintió estúpida al acto. Ya sabía que era una mujer joven, era imposible que fuera una tía del señor de la casa, pero no tanto.

Aquella muchacha era pelirroja y pecosa, bonita, aunque estaba demacrada por la enfermedad y tenía los ojos llorosos.

Isabella tuvo que contener un sollozo cuando su corazón terminó de hacer aguas. Junto al lecho de la enferma, con un gesto de absoluta preocupación en el rostro, se hallaba Sean, que todavía no había reparado en su presencia, estaba tan ocupado en hacer que la enferma se sintiera reconfortada que no se había percatado de la hermosa joven de mirada violeta que clavaba sus ojos en él.

—Muy bien, ¿qué síntomas tiene su esposa? —inquirió la hermana Josephine con aplomo.

A Lil se le encogió el corazón. Esposa, la enferma era la esposa de Sean, tenía ganas de llorar y de salir de aquella casa para dejarse engullir por la nieve. Rós Sean de pronto se le antojaba una prisión. Había soñado tanto con aquella acogedora casa, que no entendía por qué le causaba tanto rechazo de pronto. Aunque en parte sí lo sabía, el corazón latente de aquella propiedad era Sean, y ahora pertenecía a otra mujer, por ello ya no había hueco para ella.

Entre Sean y Emma le explicaron a la hermana lo que le ocurría a Evelyn, que así se llamaba la susodicha.

Isabella escuchaba las palabras amortiguadas por el dolor que sentía en aquel instante.

—Isabella..., ¿que no me oyes? —preguntó de pronto la hermana Josephine—, no sé qué demonios le ocurre hoy a esta muchacha, perdónenla, normalmente, me es de gran ayuda.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lil de arriba abajo, pues al escuchar su nombre, Sean apartó de inmediato los ojos de su esposa enferma, para clavárselos a ella en el alma ya herida de muerte.

Evelyn estaba enferma de disentería, al menos esa fue la conclusión a la que llegó la hermana Josephine al examinar a la paciente y conocer sus síntomas. De inmediato, procedió a darle instrucciones a Emma y Sean para proporcionarle los cuidados adecuados.

También les preguntó si la muchacha había estado en contacto con aguas fecales y la respuesta de Emma fue un no rotundo, así que no podían saber a ciencia cierta cómo había acabado bebiendo agua contaminada la señora de la casa.

Isabella y la hermana se deshicieron en atenciones para que Evelyn se recuperara cuanto antes, y también rezaron para que consiguiera sobrevivir.

En un momento dado, la hermana le pidió a Isabella que saliera un rato a que le diera el aire. Pues la muchacha parecía estar ausente y nerviosa en todo momento.

La casa estaba en silencio y Lil salió por la puerta trasera, la de la cocina. Allí no estaba Ruby, y mucho menos Lucy, era bastante tarde y con toda seguridad estarían durmiendo.

Ella y la hermana Josephine permanecerían toda la noche junto a la enferma y volverían al convento por la mañana.

Había dejado de nevar y la temperatura del exterior, aunque fría, era soportable con su manto, que ya se había secado a causa del calor de la chimenea.

Isabella respiró profundamente y, por primera vez, se permitió llorar sin aguantarse la congoja.

De pronto, alguien tomó su mano y se la llevó a los labios calientes y prietos.

—Lil —dijo evocador mientras la miraba con intensidad.

—Suéltame, por favor, ahora eres un hombre casado —respondió ella tirando de su mano con el dolor del despecho como compañero.

—No por mucho tiempo —soltó Sean con una expresión indescifrable para Lil.

—¿Cómo puedes decir eso?, ¿acaso le deseas la muerte a tu esposa? —inquirió con los puños apretados.

—No, no es eso, déjame que te explique...

—No necesito que me des explicaciones. Tú eres un hombre casado y yo algún día seré monja. Jamás podremos estar juntos, y si la vida decidió separarnos, por algo sería, ¿no lo crees? —alegó aguantándose la congoja que subía por su garganta.

—Yo no amo a mi esposa, te amo a ti.

Lil se carcajeó.

—¿Cómo puedes decir que me amas si apenas tuvimos una noche para nosotros?, ¿cómo eres capaz de hacerlo cuando tu esposa se debate entre la vida y la muerte?, ¿es que acaso eres un ser sin corazón? —inquirió con rabia.

—No lo entiendes, no tuve opción...

—Siempre hay opción, Sean MacLeod, y ahora, voy a volver junto a tu esposa, rezaré para que se ponga bien durante toda la noche y la cuidaré. Espero que estés a la altura y te comportes como un buen marido, yo lo haré como una buena postulante.

Capítulo 15

Lil y la hermana Josephine se turnaron para cabecear en una silla mientras la otra se encargaba de cuidar a la enferma, que había necesitado ayuda para ir a la letrina en varias ocasiones. Aquella enfermedad era horrible, y la muchacha apenas emitía sonidos guturales y sollozos.

A Lil le dio mucha pena verla así de mal. En su fuero interno sentía por ella cierta inquina, aunque se prometía a sí misma hacer algún tipo de penitencia para desechar aquellos sentimientos negativos.

Y Sean, Sean le parecía un desalmado. ¿Cómo se había atrevido a decirle que sería el esposo de Evelyn por poco tiempo?, ¿acaso deseaba su muerte? Su mente, a causa del cansancio, imaginaba teorías aberrantes, incluso fantaseó con la posibilidad de que hubiera sido él mismo el que le pudo dar agua contaminada a su esposa para que enfermara, y así hacerla caer a ella en sus redes, para que se convirtiera en su cómplice y la dejara morir.

Aquello era demasiado retorcido y desterró esa posibilidad de su cabeza al instante mientras se persignaba.

Ya había amanecido cuando la hermana Josephine le pidió a Lil que fuera al convento a descansar. Tendría que volver en unas horas para relevarla, pero, por el momento, con una era suficiente.

Lil se alegró de que la hermana le diera la oportunidad de salir de esa casa, que se le antojaba claustrofóbica y siniestra.

Se cubrió con el manto y abandonó la propiedad a paso vivo, aunque de manera discreta y silenciosa. Un joven, al verla salir y buscar inútilmente el carro, se aproximó a ella.

—En un momento le traeré el carruaje, hermana. Finlay, el mozo de cuadras pensó que, dada la nieve que caía ayer, sería mucho mejor poner a buen recaudo el carro y el caballo.

—Muchas gracias, esperaré aquí —anunció Isabella mientras se abrazaba a sí misma, estaba tan cansada.

El joven tardó varios minutos en reunirse de nuevo con ella, y, tras ayudarla a subir al pescante, aunque no hiciera falta, se quedó allí, mirando a Lil con la intención de decirle algo, mas tenía miedo a hacerlo.

—De nuevo, gracias, joven...

—Lloyd, me llamo Lloyd, ¿no me recuerdas, Isabella?

Lil intentó hacer memoria y cayó en la cuenta de que había visto al muchacho fuera de la casa el día que la abandonó para ingresar en el convento.

—Puede ser, pero estuve aquí solo una noche y, la verdad, ya hace un tiempo... —se excusó ella.

—Tengo que hablar con usted, es de vital importancia —soltó de pronto Lloyd sosteniendo las riendas del caballo.

—He de volver al convento, si la hermana Josephine me ve hablando con usted, podría tener problemas —dijo Lil, incómoda y algo nerviosa.

—Necesito ver a Evelyn, y no puedo decírselo a mi señor, no estaría bien...

—Es que no lo está, ¿por qué habría de dejarte entrar en su alcoba?, es una mujer casada y...

—No por mucho tiempo, lo suficiente para que el señor...

Lil le mostró la palma de la mano para que dejara de hablar. Otro que le venía con el mismo cuento. ¿Es que acaso en aquella casa todo el mundo le deseaba la muerte a la pobre Evelyn?

—Señor Lloyd, voy a irme al convento y espero que no vuelva a pedirme semejante disparate —lo reprendió Isabella con voz autoritaria.

—Usted no lo entiende, necesito verla, es importante que lo haga —suplicó el muchacho.

—Déjeme en paz, no se lo repetiré —sentenció Lil antes de tirar de las riendas para que Lloyd las soltara y arrear al caballo con el fin de alejarse de aquel lugar con celeridad.

La nieve hacía difícil conducir el carro. El caballo llevaba unas herraduras preparadas para el frío y la nieve, sin embargo, aquel carro austero y algo viejo se las veía para poder recorrer una distancia considerable sin resbalar y quedarse bloqueado. Aún no entendía como la hermana Josephine había sido capaz de hacerlo tan bien el día anterior.

Tres veces se tuvo que apearse del carro Lil para ver qué demonios les ocurría a las ruedas. En una de las ocasiones no fue capaz de liberarlas de la nieve y se sentó en el suelo, exhausta por batallar con un imposible.

—No deberías haberte marchado sola, Lil —la voz potente de Sean acarició sus sentidos, a la vez que los arañó de la forma más vil.

Isabella se levantó del suelo nevado y se limpió la falda.

—¿Qué haces aquí?, deberías estar junto a tu esposa —espetó.

—Te he visto salir con el carro, no eres muy habilidosa para conducir que digamos, por ello te he seguido —se justificó él mientras desmontaba su caballo.

Se agachó junto a una de las ruedas y sacó de la caja del carro una pala.

—¿Y esa pala?, ¿dónde estaba? —preguntó Lil sorprendida.

—En el carro...

—Dios mío, ¿cómo no la vi?

Sean se encogió de hombros y comenzó a extraer la nieve acumulada alrededor de las ruedas y en el camino, a paladas.

—Deberías haber dejado que Lloyd te acompañara, es un buen muchacho —dijo de pronto Sean.

Lil no sabía qué decir. Aquel joven deseaba entrar en la alcoba de la esposa de su señor, así que prefirió callar, no quería meterlo en líos, al fin y al cabo, era poco más que un crío.

—Yo podía hacerlo sola. Además, ahora que sé que tengo una pala, ya puedo apañármelas. Déjame, ya lo haré yo —anunció aproximándose a Sean e intentando arrebatarse la pala.

—No, tardarías demasiado y se te ve cansada. Tranquila, despejaré el camino y me aseguraré de que llegues al convento —dijo él sin parar de clavar la pala en la nieve.

—Prefiero hacerlo yo, de verdad —insistió agarrando el mango para quitársela.

—Lil, por favor. ¿Qué te ocurre?, ¿por qué parece que mi presencia te asquea? —inquirió él apoyándose en la empuñadura y alzando el mentón.

—No es eso, Sean, es solo que prefiero no estar cerca de ti —dijo ella con el corazón al galope.

—Lo siento, lo siento mucho. Sé que te impresionó que me hubiera casado con Evelyn, pero créeme cuando te digo que no tuve otra opción. Además, no entiendo por qué te has enfadado tanto, tú vives en un convento, y, si todo sale bien, un día tomarás unos votos perpetuos que te separarán de mí para siempre.

»¿Crees que eso ha sido fácil para mí?, no hay día ni noche que no piense en aquel maldito día en que subiste a mi barca y te metiste en mi corazón.

»He vivido observando el muro de ese convento con la tentación de saltarlo y quitarte de la cabeza esa absurda idea de entregarte a Dios en lugar de hacerlo a mí, es más, puede que un día tu corazón pertenezca al Todopoderoso, pero no olvides, Isabella, que primero fue mío, mío... —Sean escupía las palabras con rabia, con el deseo implícito de agarrarle el rostro y besarla hasta sacarle a ese Dios que la apartaba de él del alma.

—Cállate, cállate, maldita sea. No puedes hacerme esto, no ahora que tu mujer se debate entre

la vida y la muerte, no estaría bien, ¿es que no lo ves? —inquirió Lil con lágrimas en los ojos.

—No puedo hacerlo. Que tu Dios me perdone si te digo que te amo.

Y Sean agarró a Lil por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella intentó resistirse varios segundos, hasta que sus labios calientes se vieron atraídos a los de su amante con un magnetismo irreal.

El corazón de Isabella se descerrajaba mientras Sean rompía todas sus capas de dolor. Y la nieve parecía haberse convertido en un fuego blanco que los envolvía y los protegía del frío. El deseo los apresaba, los quería encerrar en su prisión placentera, mas no podía ser, no podía. Y ese fue el pensamiento que acudió a Lil con la fuerza de un vendaval. Haciendo que se separara de Sean con violencia.

—No vuelvas a hacerlo, no me condenes. Por favor —suplicó ella rompiendo a llorar.

Sean la atrajo de nuevo con suavidad y la abrazó con ternura.

—Lo siento, Lil. Perdóname, pero no puedo dejar de pensar en ti, y al verte en mi casa perdí el juicio. No volverá a ocurrir, de verdad. No llores, por favor.

—Tengo que irme —anunció Lil presionando el pecho del *highlander* con ambas manos.

Sean asintió con la cabeza, dejó la pala en el carro y Lil se apresuró a subir al pescante.

—Te acompañaré al convento. No te preocupes, no hablaré ni te molestaré, solo quiero que estés a salvo —dijo Sean en un tono que no le dejaba otra alternativa a Lil que aceptar.

Lil arreó al caballo y el carro se movió sin dificultad. Tardaron varios minutos en llegar al convento, tiempo en que ninguno de los dos dijo esta boca me pertenece.

Cuando estuvieron ante la puerta del Nunnery, Isabella se volteó para mirar a Sean y levantó la mano para despedirse.

Él agachó la cabeza y se llevó la mano al pecho antes de arrear a su caballo y alejarse.

Lil soltó todo el aire que retenía en los pulmones. Había tomado una decisión. Se daría prisa en averiguar lo que necesitaba saber y luego abandonaría el convento para regresar a su hogar en Beaulieu.

Capítulo 16

Evelyn se encontraba mucho mejor. Las monjas le proporcionaron cuidados que la hicieron restablecerse con bastante rapidez.

El color había vuelto a sus mejillas y ya podía descansar sin sentir unas ganas constantes de ir a aliviar sus necesidades a la letrina.

Ya no sangraba, y tampoco vomitaba. Todavía se sentía muy débil, mas poco a poco vislumbraba la luz en la oscuridad.

Sean fue muy bueno con ella, era como si se hubieran dado una tregua, pues las semanas que llevaban casados habían sido lo equivalente a una batalla campal, se odiaban a muerte.

Ella lo amenazaba continuamente con marcharse, él le decía que solo se iría de allí pasando por encima de su cadáver, y así transcurrían los días y las noches solitarias.

Había hecho un amigo en la casa, se llamaba Lloyd y era un joven divertido que le hacía los días más llevaderos.

Evelyn no tenía un carácter fácil y de ello era consciente, si bien, no le quitaba el sueño, aunque mucha gente la odiara y le dijera una y otra vez que era poco más que una víbora sin sentimientos.

En cambio, Lloyd parecía comprenderla y no la trataba como una niña malcriada, sino como una persona interesante.

Era muy apuesto, pero tan joven y fantasioso, que en ocasiones le producía risa su modo de intentar impresionarla.

Hacía días que no lo veía, hasta que esa misma mañana, él entró a hurtadillas en su alcoba y se llevó el dedo índice a los labios.

—Hola, mi bella dama. He visto que no había monjas a la vista y aquí estoy —dijo el muchacho sonriente.

—No puedes estar en mi alcoba, Emma pondrá el grito en el cielo si te ve —lo reprendió Evelyn ceñuda.

—Nadie me verá, y si entran, me esconderé detrás de esa cortina —soltó Lloyd mientras señalaba con el dedo.

—Te verán los pies, y no eres plano, que digamos...

—¿Me estás llamando gordo? —preguntó Lloyd entre risas.

—Cállate, maldito loco, y cuéntame algo divertido antes de irte, ya me encuentro mejor y esto de estar todo el día escuchando plegarias de las monjas me aburre demasiado.

—Creo que pronto se irán, escuché a Emma decirle a Lucy que quería que regresaran ya a su maldito convento y que hoy mismo les diría que lo hicieran. Al parecer, la más mayor, afirma que es pronto y que necesitas todavía de sus cuidados. Sin embargo, la otra, la joven, está deseando irse —confesó Lloyd arrepintiéndose de inmediato de sus palabras.

—¿Y eso por qué?, ¿prefiere estar en su frío convento que en una casa con todas las comodidades? —inquirió Evelyn entrecerrando los ojos.

—No es eso, déjalo estar, es solo una apreciación personal.

—¿Estás seguro?, te has puesto rojo, muchísimo. ¿Qué ocurre con la monja joven?, ¿acaso te agrada su compañía? —preguntó la muchacha acomodando los cojines en su espalda y cruzándose de brazos.

—No, te repito que era solo impresión mía, no le des más vueltas y hablemos de algo divertido, como bien has dicho.

—De acuerdo, ¿y de qué podemos hablar?, ¿sabes algún chisme?

Lloyd se encogió de hombros.

—No, he pasado los últimos días de aquí para ya con tu esposo.

—Todavía me parece raro llamarlo así. ¿Has visto lo bien que se ha portado conmigo?, ha sido gentil y bueno, desconocía ese lado tierno en él. Siempre ha sido conmigo un patán, ¿no te lo parece? —preguntó la muchacha dedicándole a Lloyd una caída de pestañas involuntaria.

Él se puso serio. Tan solo unos días atrás se le llenaba la boca de insultos para su esposo, y ahora parecía estar halagada con sus atenciones.

—Estabas enferma, era lo normal, ¿no crees? —dijo Lloyd con sequedad.

—No sé, quizá me he equivocado al juzgar a Sean tan a la ligera. Quizá no esté tan mal ser su esposa. Estoy pensando muy seriamente en dejar de pelear con él y darle una oportunidad a este matrimonio.

—Ah, bien... —Lloyd apretó los puños—, aunque quizá él no piense de igual forma.

—¿Y eso por qué?, lo he visto realmente preocupado estos días, es más, no paraba de suspirar por mí, ¿no piensas que eso es señal inequívoca de amor?

—No lo sé, Evelyn. Quizá no sea por ti por quien suspiraba el señor —soltó llevado por el despecho más cruel.

—Ah, ¿no?, ¿entonces por quién lo haría?, ¿por alguna de las monjas?, no me hagas reír. Sean está empezando a sentir algo por mí y yo voy a ser la esposa que él necesita, si no, al tiempo, Lloyd, al tiempo.

Capítulo 17

Lil se hallaba estirada en el catre de su celda. Un rayo de sol débil y apagado se colaba por el ventanuco y formaba remolinos de polvo a su paso.

Había tenido que hacer de tripas corazón para permanecer en Rós Sean durante los días que *lady Evelyn* estuvo enferma. Le supuso un verdadero esfuerzo ocultar sus ganas de mirar a Sean y de que volviera a besarla como lo hizo de camino al convento.

Él, por su parte, no había vuelto a abordarla, cosa que agradecía, no estaba segura de poder mantenerse lejos de la tentación.

Por suerte para ella, ya no tenía que acudir a la casa, pues la señora ya estaba prácticamente bien. Fue Emma la que le dijo a la hermana Josephine que no era necesario que volvieran más. La hermana puso el grito en el cielo y le hizo ver al ama de llaves que Evelyn todavía necesitaba cuidados.

La mujer no dio su brazo a torcer e insistió en que sería ella la que se los proporcionara. La hermana se mantuvo firme y consiguió que Sean, que pasaba en ese momento por allí y escuchó la discusión, les permitiera a ambas volver durante tres días más.

Unos golpes secos y fuertes en la puerta hicieron que Lil diera un respingo.

Se levantó del catre, se echó un chal por encima de los hombros y acudió a abrir.

Al otro lado estaba la vicaria, que la observaba con el ceño fruncido.

—¿Me han dicho que no te encuentras bien?, y que habías decidido quedarte en la cama esta mañana. ¿Se puede saber qué te ocurre? —inquirió la mujer con los brazos en jarras y una expresión que denotaba un más que apreciable enfado.

—No sé explicarle lo que me ocurre, hermana, me falta el aire y siento cierta congoja —se sinceró Lil sin saber muy bien por qué le había dicho la verdad a la monja más estirada de aquel convento.

La vicaria la escrutó con la mirada.

—El convento no es para todas. Creo que es algo en lo que hacemos hincapié en cuanto ingresáis, y, además, lo repetimos de forma constante. Quizá no estés preparada para esta vida... —dijo la mujer en tono indulgente.

—Sí lo estoy, hermana, lo estoy... —repitió Lil intentando sonar convincente, mas no creía haberlo conseguido.

—No, no lo estás. Y lo sé desde que pusiste un pie en este lugar. En tu mirada hay algo que... Tienes la mirada del amor, niña, y no es la que deberías tener si deseas convertirte en una de las nuestras —apuntó con firmeza la monja.

Lil negó con la cabeza mientras una lágrima se escapaba de sus ojos.

—Estoy aquí porque es el lugar que me corresponde, he de estar en este convento, necesito respuestas... —confesó al fin Isabella.

—¿Respuestas de qué tipo? —inquirió la vicaria con apremio, mientras miraba a ambos lados, ¿nerviosa?

«Nací aquí, he de descubrir quién es mi madre o me volveré loca», pensó, mas no dijo nada, no podía hacerlo. Quizá la vicaria solo estuviera tirándole de la lengua y con toda probabilidad la echaría del convento si llegaba a enterarse de los verdaderos motivos que la retenían en el Iona Nunnery.

—Ni yo misma lo sé. Esta mañana me siento muy triste, hermana —dijo al fin.

—Está bien, vuelve a la cama —soltó la monja cuando escuchó pasos cercanos—, pero mañana a primerísima hora te quiero en pie y junto a las otras; de lo contrario, recibirás un castigo, no estamos aquí para permanecer ociosas. La vida del convento implica sacrificio y abnegación, así que eso es lo que espero de ti, hermana.

La vicaria clavó sus ojos claros en los de ella esperando una respuesta que no llegó. De pronto, comenzó a caminar y se alejó de la celda de Lil, quien cerró la puerta y se apoyó en la misma, dejándose caer al suelo hasta quedar sentada.

Reposó la cabeza en la madera nudosa y se permitió respirar aliviada. Había hablado de más, pero aquella mujer no parecía haberse escandalizado. Aunque el hecho de que hubiera descubierto lo que ocultaba su mirada la inquietaba. Era como si la hermana vicaria pudiera ver en el interior de su alma y debía ser cauta. No tendría siempre tanta suerte.

Se aproximó al camastro y levantó el colchón, allí estaba el sobre que contenía la palabra de su amante. Lo tomó entre sus manos y se lo llevó al pecho. Imaginó a Sean escribiéndole y se estremeció. ¿Qué diría aquella carta?, estuvo tentada a abrirla como lo había estado en muchas ocasiones, pero de nuevo se contuvo y devolvió el sobre a su escondite.

Acomodó de nuevo el colchón y se metió en la cama. Necesitaba dormir, dormir y soñar con una vida mejor en la que ella no estuviera en un convento y Sean no se hubiera casado con otra.

Sean cenaba solo en el comedor. Aquella noche no tenía muchas ganas de hacerlo. Removía el

guiso, que olía de maravilla, y comía por no hacerle el feo a Ruby, quien necesitaba que sus comensales devoraran todo lo que había en el plato para sentirse satisfecha.

Una caricia en el rostro le hizo dar un brinco en la silla.

—¡Oh!, Evelyn, eres tú. Menudo susto —dijo él llevándose la mano al pecho.

—¿Un hombre tan grande como tú tiene miedo de la caricia de una mujer? —inquirió ella dedicándole una amplia sonrisa—, ¿me permites acompañarte?

—Sí, claro, será un placer —dijo Sean mientras le hacía un gesto a Lucy para que trajera un plato y cubiertos para su esposa.

Evelyn se sentó en la primera silla que había al doblar la esquina de la mesa, la más cercana a Sean y la misma en que meses atrás se había sentado Lil.

Estaba bonita, con un vestido verde que resaltaba el rojo de su cabello y el tono aguamarina de sus ojos.

—Quería darte las gracias por todas las atenciones que tuviste conmigo durante mi enfermedad —declaró Evelyn con una mirada que por primera vez parecía no albergar odio hacia él.

—No hay por qué darlas, era mi deber —respondió Sean con aplomo.

—Sí, sí he de dártelas. No empezamos con buen pie nuestro matrimonio y me gustaría arreglar eso. Por ello he pensado en que podríamos darnos una oportunidad. Al fin y al cabo, todavía quedan muchos meses y no me gustaría pasarlos peleando continuamente contigo.

Sean estaba de acuerdo en que prefería no pelear, pero el hecho de darle una oportunidad a aquel matrimonio no le convencía, pues sentía que traicionaba a Lil, y a las palabras de la carta que él mismo escribió después de pasar la mejor noche de su vida junto a ella, una total desconocida.

Sin embargo, ¿qué era lo que estaba haciendo Lil sino darle una oportunidad a su relación con Dios? Como bien pensó él cuando ella se marchó, si de verdad lo amaba, volvería a su lado. Así que lo mejor que podía hacer era aplicar sus propias palabras en su matrimonio con Evelyn.

—Sí, esposa, yo también pienso que dejar de pelear y darnos una oportunidad como marido y mujer podría ser bueno para ambos... —sentenció al fin, y Evelyn le dedicó una sonrisa a todas luces inquietante.

De súbito, posó su pequeña y pecosa mano sobre la fuerte y trabajada de su marido. Sean cogió aire. La mano de aquella mujer era fría, muy fría. Como si fuera la de una muerta.

¿Podría llegar a enamorarse de su esposa?, solo el destino se lo confirmaría. Quedaban alrededor de diez meses todavía, intentaría que transcurrieran en calma, sin sobresaltos, ¿o no?

Capítulo 18

Evander Hardy no se prestaba a estupideces. Salía de su casa por la mañana y se apoltronaba en una mesa de la posada, pidiendo whisky tras whisky, hasta caer exhausto.

Las risas y el olor a humanidad de aquel tugurio no lo echaban para atrás, para él, aquel lugar era su segunda casa, y allí tenía sus amigos, controvertidos y tan ebrios como él, pero les tenía aprecio.

—¿Qué, Hardy?, ¡menuda llevas ya tan temprano! —dijo su amigo Ludovic sentándose en su misma mesa con la dificultad que le conferían sus más de ciento cincuenta kilos.

—¿Te sorprende?, necesito esto para que las ideas no se hagan una montaña en esta cabeza dura que tengo —respondió Evander sonriendo a su compañero.

—Ya lo dicen, amigo, agua de vida, aunque a mí me gusta más llamarlo agua bendita, ¿no te lo parece? —apuntó Ludovic, y después le hizo una seña a la posadera para que le trajera un *whisky* a él.

Evander fulminó a su amigo con la mirada.

—No se te ocurra hablarme de nada bendito, sabes que me irrita sobremanera —espetó iracundo.

—Está bien, ha sido sin querer. No puedes ser tan susceptible, amigo, ya ha pasado mucho tiempo.

—Haz el favor de callarte —ordenó Evander dando un golpe en la mesa.

—Haya paz, y deja de hacer rabiar a mi hermano, Ludovic —intervino la posadera y hermana de Evander, Jane Hardy.

—Mi vida sería muy aburrida si no lo hiciera, Jany —intervino Ludovic palmeando el trasero de la posadera.

—Te he dicho muchas veces que no me tocas el culo delante de todos, demonios. Además, no me gusta que me llames así, me llamo Jane, no Jany —gruñó la mujer poniéndole el *whisky* sobre la mesa a su amante de noches solitarias.

—¿Podéis dejarme en paz?, gracias —intervino Evander con el ceño fruncido.

De pronto, los pasos renqueantes de Bruce, su otro fiel amigo, hicieron acto de presencia hasta que su dueño se sentó en la tercera silla.

—Creo que eso no será posible —dijo Bruce a modo de saludo—, somos tres, siempre lo fuimos, los mejores amigos, y nunca te dejaremos, por mucho que nos eches de tu vida.

Evander le dedicó una mirada furiosa a Bruce, pero al final negó con la cabeza y estalló en carcajadas.

—En ocasiones, no sé qué hubiera sido de mí si no fuera por vosotros, liantes —sentenció alzando su *whisky*.

—Seguirías siendo un borracho, eso seguro —intervino Jane antes de volver a la barra a secar vasos.

—¿Qué le has hecho a mi hermana, Ludovic?, está cada día más cascarrabias —dijo Evander dedicándole a su amigo una sonrisa medio descolgada.

—Nada que ella no quisiera. Aunque últimamente anda algo crispada y no sé bien el motivo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Bruce, curioso.

—La mujer esa de Rós Sean, el ama de llaves. Ha venido a verla al menos un par de veces en el último mes, que yo sepa. Y en las dos ocasiones las he visto discutir acaloradamente —relató Ludovic.

—¿Emma?, ¿y por qué querría ver Emma a mi hermana? —inquirió Evander con la sensación de que su incipiente borrachera se disipaba.

—No lo sé, pero una de las veces pude alcanzar a escuchar que repetían un nombre: Isabella.

Capítulo 19

En el convento tenían cinco enfermos a los que atendían con devoción Penny, Lil y la hermana Josephine, que era la que dirigía aquel improvisado hospital y lo más parecido que había a uno en aquella isla algo remota.

La mañana se presentaba soleada y el tiempo parecía haber dado una tregua a las monjas del Iona Nunnery, que habían pasado unos días verdaderamente duros a causa de la nieve que se empeñaba en caer con asiduidad ese año.

En ocasiones, Franny y Penny le habían dicho a Lil que con ella llegó la nieve, incluso la apodaban Dama Blanca por ese motivo. Al parecer, no era habitual que nevara tanto y tan pronto en la isla.

Lil se afanaba en acomodar a una mujer que ardía en fiebres en el camastro que le habían asignado. Era una sirvienta de una casa de Baile Mor, que habían traído sus propios señores para que le proporcionaran cuidados en el convento, ya que ellos no podían hacerse cargo, y el servicio de la casa, según estos, tenía ya demasiado trabajo como para cuidar a una enferma de vete a saber qué contagioso mal.

La puerta de la enfermería se abrió y una mujer de mediana edad, cabello entrecano recogido y curvas prominentes se adentró en ella cojeando.

—Señora Hardy, ¿qué diablos le ocurre ahora? —se apresuró a preguntar la hermana Josephine acercándose a la mujer con una actitud que extrañó a Lil, pues parecía irritada.

—Me he clavado un cristal en el pie, si no le parece suficiente motivo para venir a que me curen, no sé yo... —soltó la mujer mientras con su caminar renqueante se aproximaba a una camilla solitaria que había en un rincón.

—En fin... Hermana Isabella, atienda a la señora Hardy, por favor —ordenó la hermana Josephine, contundente.

Lil se acercó a la mujerona y la ayudó a quitarse la bota y el calcetín, que se había puesto sobre un trapo algo mugriento atado al pie.

—¡Oh!, se ha hecho un buen corte, señora Hardy —dijo Lil observando el pie de su paciente.

—Sí, trabajo en la posada y esos desgraciados un día me matarán. Me he clavado un trozo de una botella que algún malnacido rompió y ni avisó para que recogiera. Por cierto, me llamo Jane, puedes llamarme así... —soltó la mujer de corrido.

—Yo me llamo Isabella, pero me gusta que me llamen Lil, aunque aquí nadie me llama así —

confesó la postulante casi en un susurro.

—Lil, bonito nombre —la halagó Jane.

Lil le devolvió una sonrisa y a Jane le temblaron los labios.

—Gracias, siempre me han llamado así, además, es como si mi nombre completo no fuera mío, no sé si me explico, es una extraña sensación.

Jane no dijo nada, ni siquiera sonrió.

—Tienes un color de ojos precioso, muchacha —apuntó Jane fascinada.

—Sí, no he conocido a nadie con el mismo color...

—¿En tu familia nadie los tiene violetas como tú? —inquirió Jane con un deje desesperado en la voz.

—No, ni mis padres ni mis hermanas los tienen así. —Lil omitió decirle que era poco probable que eso fuera posible, ya que por sus venas no corría la misma sangre.

—¿De dónde eres, Lil? —preguntó Jane entrecerrando los ojos mientras la joven postulante le vendaba el pie.

—Soy de Beauhy —respondió.

—¿Y cómo una joven bonita como tú ha acabado en un lugar como este?, no creo que con esa cara y esos ojos te hubiera costado encontrar marido —inquirió la posadera.

Lil ya comenzaba a estar un poco harta de tantas preguntas sobre ella, sin embargo, intentó aclararlo.

—Solo quiero respuestas, nací aquí, y...

—Jane Hardy, veo que la hermana Isabella ha acabado con el vendaje, así que será mejor que te marches, no tenemos tiempo de charla, y aquí no encontrarás chismes —intervino de pronto la hermana Josephine.

Jane parecía querer decirle algo a Lil, y, sin que nadie se percatara, puso un trozo de papel muy doblado en su mano antes de que la monja enfermera prácticamente la arrastrara a la puerta de salida.

Lil se encogió de hombros, no tenía ni idea de por qué aquella mujer le había hecho tantas preguntas, si bien, hubo algo que le rondó por la cabeza desde que la vio entrar y fue el hecho de que ambas compartieran rasgos parecidos, al menos fue la impresión que le dio a ella.

Aunque ser conocedora de su lugar de nacimiento podría haberla hecho caer en la sugestión. Posiblemente, aquel parecido era cosa de su imaginación.

Cuando la hermana Josephine volvió a la enfermería, lo hizo gruñendo.

—Es la tercera vez que viene esta semana, y en todas lo ha hecho por naderías que podría haber solucionado ella misma sin tener que recurrir a nuestros servicios —le dijo a Lil con firmeza—, si vuelve a venir y yo no estoy, avísame de inmediato.

Lil asintió con la cabeza y apretó el trocito de papel oculto en su puño.

Se lo guardó en el bolsillo de su mandil y, en cuanto la hermana Josephine le dijo que podía salir a descansar, corrió a su celda para ver qué era lejos de ojos indiscretos.

Cuando se encontró en soledad, desplegó el trocito de papel, en él pudo leer con una letra que tal parecía la de un niño: Tengo que hablar contigo, búscame en la posada.

Capítulo 20

Conseguir salir del convento no iba a ser fácil para Lil, si bien, tenía que intentarlo. Desde su estancia en Rós Sean, Josephine no había vuelto a pedirle que la acompañara, en su lugar lo hacía Penny, incluso Franny. Tenía que buscar otro pretexto para hacerlo, quizá ofreciéndose voluntaria para acompañar a la hermana tornera pudiera lograrlo. Debía ir a la posada y hablar con Jane Hardy, se moría de ganas de saber qué tenía que decirle. Toda aquella batería de preguntas la habían dejado rumiando pensamientos sin cesar. ¿Y si sabía algo de sus orígenes?, además, estaba el parecido físico. ¿Sería ella su madre?, era poco probable, pues aquella mujer tendría alrededor de cuarenta años, si es que llegaba a esa edad. Y ella con sus treinta primaveras... No, si tenía algún parentesco con ella, sería el de hermana o prima, quizá.

De algún modo fantaseó con que eso fuera cierto, y que tuviera más familiares en Iona, necesitaba conocerlos a todos, saber cuáles eran sus orígenes.

Recordó entonces las palabras de Sean con respecto a aquella posada y a su posadero. ¿Y si era una trampa para dañarla?, fue lo que le dijo él, que aquel individuo era una rata y que podía hacerle daño.

El corazón le latía con fuerza y se sentó en su camastro para coger aire sin desfallecer.

Era arriesgado lo que quería hacer, pero debía intentarlo al menos.

Así que esperó pacientemente varios días, hasta encontrar el momento perfecto, que vino en forma de enfermedad de la hermana tornera. Quien decía sentir que el suelo se movía bajo sus pies, y que no podía dar más de dos pasos sin marearse e incluso vomitar.

Lil la ayudó a meterse en su celda cuando la hermana intentó salir del convento para ir a Baile Mor a comprar provisiones.

—¿Vas a ir tú a comprar, condenada muchacha? —inquirió la monja con mal humor.

—Sí, yo misma iré y no olvidaré nada. Solo necesito que me diga lo que hace falta a viva voz —soltó Isabella muy dispuesta.

—¿Estás segura?, no creo que sea buena idea, te engañarán. A mí ya me conocen, pero a ti, con esa carita de ángel, no te tendrán respeto —dijo la mujer con convicción intentando de nuevo levantarse en vano.

—Quédese en la cama, hermana, enseguida saldré hacia el pueblo, estaré aquí antes del mediodía con todo lo que hace falta, se lo prometo.

A regañadientes, la hermana tornera aceptó y Lil consiguió salir del convento y desplazarse al

pueblo con el carro. Por suerte, esta vez, sin nieve en el camino.

Disfrutó del trayecto, y, aunque hacía algo de frío, la brisa que acariciaba su rostro le pareció de lo más liberadora. Incluso se permitió quitarse el velo y dejar su melena danzar.

De súbito, escuchó cascos de caballo a su espalda y se giró algo preocupada. Su corazón se aceleró sin remedio al ver al hombre que le pisaba los talones.

—¡Lil! —la llamó—, ¡espera, necesito hablar contigo!

La postulante estuvo tentada a no detenerse y a arrear el caballo para que galopara más rápido, mas no lo hizo, estaba como paralizada por la sorpresa.

Al fin hizo que el equino se detuviera.

Sean, por su parte, la alcanzó y desmontó de su caballo para subirse al pescante del carro que conducía Lil.

—¿Qué haces aquí?, ¿acaso me has seguido? —inquirió ella, ceñuda.

—No, ha sido un encuentro fortuito, volvía a casa de la abadía y te vi. Reconocí tu melena de espaldas, te reconocí a ti —soltó mirándola a los ojos con intensidad.

—¿Y qué demonios hacías tú en la abadía? —inquirió Lil.

—Fui a ver al padre Murray.

Lil estuvo tentada a preguntarle el motivo, pero se lo pensó mejor, pues a ella no le incumbía.

—Tengo que ir al pueblo a comprar provisiones para el convento. No puedo entretenerme, así que será mejor que me digas por qué me has hecho parar —espetó Lil mordiéndose la carne de la parte interior de uno de sus carrillos, una costumbre que le hacía tenerla siempre hecha un cristo.

—Quería disfrutar de tu compañía, aunque solo sean unos minutos —confesó Sean con sencillez.

—Sabes que eso no es posible. Tú y yo no podemos estar juntos, así que será mejor que nos mantengamos alejados, será lo mejor...

—El tiempo dirá si podemos o no estarlo. ¿No crees? —inquirió Sean clavando sus negros ojos en los violáceos de ella y haciendo que Lil se sintiera abrumada por la intensidad de la mirada del *highlander*.

—Creo que te has olvidado de un pequeño detalle, estás casado... —soltó Lil con retintín.

—Por poco tiempo, Lil, por favor, confía en mí —dijo él agarrándola por los hombros con firmeza.

Lil dirigió su mirada a una de las manos de Sean y bramó:

—¡¡No sé por qué demonios no dejas de decir eso!!, ¿es que acaso planeas matar a tu esposa?

Sean no pudo evitar soltar una carcajada.

—No, por Dios, Lil, ¿por quién me tomas?

—¿Entonces por qué no dejas de decir eso de que estás casado por poco tiempo?, hasta Lloyd, tu ayudante, creo, ¿no?, hasta él dice lo mismo, me lo dijo un día en tu casa, cuando Evelyn se debatía entre la vida y la muerte.

—Ay, Lil. No estaré mucho tiempo más casado con Evelyn, solo un año y un día en total, pues me uní a ella por un *handfasting*, ¿lo entiendes ahora?

—¿Y por qué demonios hiciste eso?, ¿por qué te casaste con ella?, ¿por qué no me esperaste?
—inquirió arrepintiéndose de inmediato—, lo siento, no tengo derecho a hacerte reproches, al fin y al cabo, yo ingresé en un convento para entregar mi vida a Dios.

Sean la observó, mas permaneció en silencio unos segundos antes de comenzar a hablar.

—Hice un trato con mi padre. He de permanecer un año y un día con Evelyn para poder quedarme con Rós Sean —confesó al fin.

Lil se encogió de hombros y dijo:

—No entiendo, ¿qué tiene que ver tu casa en todo esto?

—Más de lo que crees. Si me dejas que te lo explique, por favor, lo haré de una vez, porque creo que como mínimo merezco eso, que me dejes darte mis razones para hacer lo que hice.

—¿Me vas a decir que te debo algo? —preguntó Lil con enojo.

—No, no y no... Mujer testaruda, necesito decirte muchas cosas, y también que me escuches sin juzgarme —masculló Sean y Lil se cruzó de brazos.

—Está bien, Sean, te escucharé, pero tengo prisa, las hermanas se extrañarán si no llego al mediodía...

—Tiempo más que suficiente —sentenció Sean dedicándole a Lil una sonrisa triunfal.

Capítulo 21

Evelyn estaba furiosa, por muchos intentos que hizo de consumir su matrimonio con Sean, este no respondió a sus ofrecimientos y mucho menos a sus encantos. Su esposo parecía mirarla con recelo, hasta casi con algo de repulsión.

Una tarde, deprimida por no conseguir su último capricho, acudió a su amigo Lloyd en busca de un hombro en el que llorar.

Ambos se hallaban en las caballerizas, y mientras el muchacho se afanaba en cepillar a un caballo, pues ese día llovía y no había salido a ayudar a su señor con la construcción de un pequeño bote por encargo, Evelyn le contaba sus aventuras y desventuras con su esposo.

—Es que ya no sé qué hacer. Empiezo a pensar que soy horrible y que ningún hombre se fijará en mí jamás —soltó casi al borde del llanto.

—No digas tonterías, eres una mujer bellísima. Si Sean rechaza tus atenciones, es que no tiene ojos en la cara —dijo Lloyd soltando el cepillo que rebotó en la paja del suelo.

—¿Estás seguro?, porque Sean no parece verlo, es más, me pregunto si en verdad se ha sentido atraído jamás por alguna mujer. Es un hombre apuesto, por Dios, y no parece estar interesado más que en sí mismo y en los dichosos barcos —espetó ella con inquina.

Lloyd esbozó una sonrisa amarga.

Evelyn lo escrutó con la mirada y ladeó la cabeza.

—¿Por qué me miras así, mujer? —preguntó el muchacho.

—Tú sabes algo... Sí, lo sabes y no me lo quieres decir, ¿cierto?

Lloyd levantó las manos en señal de rendición.

—Yo no sé nada, no sé por qué dices eso... —soltó encogiéndose de hombros.

—A mí no me engañas. Así que, dime, ¿hay alguna mujer en la vida de mi esposo? —inquirió Evelyn con los brazos en jarras y un tono que no dejaba espacio para la mentira.

Lloyd negó con la cabeza.

—Hubo alguien —confesó al fin—, nada importante. Así que no debes preocuparte por ella.

—¿Quién es, maldito desgraciado?, ya sabía yo que me mentías...

—Nadie, no es nadie. Olvídala y dedícate a conquistar el amor de tu esposo.

«Ya que desprecias el mío», pensó el muchacho mientras apretaba tanto la mandíbula que tal parecía que se le iban a romper los dientes.

Evelyn se abalanzó sobre Lloyd y le hundió los puños en el pecho varias veces a la voz de: ¡Maldito seas!

—¡Para, para de una vez! —exclamó Lloyd agarrándole las muñecas y llevándolas hacia su pecho.

—¡Dime quién es ella!, ¡dímelo de una vez! —bramó Evelyn fuera de sí.

—Que la olvides, demonios —masculló—, olvídala y sigue con tu vida.

—No puedo, no puedo hacerlo ahora que sé que hay otra mujer, y no pararé hasta saber quién es —sentenció Evelyn antes de salir a la carrera del establo.

Lloyd la siguió, llovía bastante y poco tardó el cabello de Evelyn en empaparse.

El muchacho la agarró por el brazo y ella se volteó en seco.

—¿Es que acaso no te has parado a pensar que cuando me hablas de consumir tu matrimonio con Sean me haces daño?, ¿que ver tu desesperación por sus desaires me lacera el alma?, ¿es que acaso no ves que te amo, Evelyn MacLean? —soltó Lloyd antes de atrapar los labios de la muchacha y besarla con pasión.

Ella se dejó hacer y sintió miles de mariposas recorrerla de arriba abajo, y una sensación que la rompía por dentro, ¿acaso era miedo?

De pronto lo empujó por el pecho con violencia y se separó de él.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca más! —exclamó Evelyn con el pelo y la ropa totalmente empapados.

Luego escupió en el suelo, se pasó el dorso de la mano por la boca y se alejó de Lloyd a la carrera.

Él cerró los ojos y deslizó dos dedos por sus labios. Que el Altísimo lo perdonara si pensaba que ella había vibrado en sus brazos, porque lo había sentido, claro que sí. Sonrió y se llevó las manos a la nuca mientras se dejaba envolver por la gran cortina de agua que caía a su alrededor.

La lluvia comenzó a caer poco después de que Sean iniciara su relato y ambos se apresuraron a buscar refugio.

Lo hallaron en una formación rocosa bajo la cual pudieron guarecerse ellos, el carro y los dos caballos.

—Dios mío, si no me hubieras entretenido, ya estaría en Baile Mor, ahora no sé cuándo cesará la lluvia, y la priora me castigará —soltó Lil enfurruñada.

—No te preocupes, mujer, entenderán que tenías que refugiarte, no creo que sean tan estrictas, ¿o sí? —inquirió Sean, divertido, y Lil lo fulminó con la mirada.

—Venga, explícame lo que querías explicarme y acabemos de una vez —zanjó ella con sequedad.

—De acuerdo, espero que no haya ninguna interrupción más, o empezaré a pensar que tu Dios no quiere que relate el porqué de mi boda con Evelyn.

—Pues si Dios así lo quiere, por algo será —respondió Lil cruzándose de brazos.

Sean sonrió.

—Sea como sea, que no se diga que no lo he intentado...

»Bien, tuve que casarme con una mujer a la que siempre odié, Evelyn MacLean. Mi padre me obligó. Sí, sé que suena extraño, pero así son las cosas. La palabra del *laird* se ha de cumplir y yo llevaba mucho tiempo dándole la espalda.

»Mi padre no es un hombre malo, y ha sido un buen padre, mas es de los que piensan que el fin justifica los medios y se vale de cualquier triquiñuela para conseguir sus fines.

»Fue lo que hizo conmigo. Arregló un matrimonio, como ya había hecho en otra ocasión. Solo que entonces conseguí librarme. Me negué con fervor y puse tierra de por medio, le dije a mi padre que solo me casaría con una mujer si realmente la amaba. Pensé que se había dado por vencido conmigo después de pasarse años intentando convencerme para que regresara a Dunvegan.

»Lo subestimé. En mi última visita me dijo que iba a vender Rós Sean, y así yo regresaría a casa. De verdad, no hubiera cambiado nada, tengo suficiente dinero como para comprarme una casa mucho mejor. Pero esta fue la casa donde nació mi madre, y ella decidió dejármela a mí, solo que los sentimientos y las palabras no valen nada ante el *laird* de los MacLeod. Así que tuve que llegar a un trato con él.

—¿Cuál es el trato?

—Lo que ya te dije, un matrimonio temporal con Evelyn. He de aguantar un año y un día con ella, entonces la casa será mía para siempre y mi padre jamás volverá a molestarme.

—¿Y si no se cumple ese tiempo? —preguntó Lil todavía sorprendida por la explicación de Sean.

—Mi padre venderá Rós Sean y yo tendré que trasladarme a Dunvegan, para sucederlo a él como *laird* llegado el momento.

—Entiendo que tú no quieres serlo, ¿cierto? —interrogó Isabella.

—No, Lil, mi sitio está aquí. Soy feliz construyendo barcos y viviendo una vida sencilla sin guerras de clanes y batallas continuas.

—Te propongo algo..., dejaremos que el tiempo pase, cada uno pensará en qué quiere hacer con su vida. Cuando se cumpla el plazo pactado para tu matrimonio, yo abriré el sobre que me mandaste entregar. Si el destino nos depara una unión, nos encontraremos en este mismo lugar, un día después, justo antes de que el sol se ponga —explicó Lil en un tono cargado de solemnidad.

—¿Y si ese día no te encuentro aquí? —preguntó él.

—Significará que mi vida pertenece a Dios, o que he decidido volver a mi casa. Si eso fuera así, prométeme que no me buscarás, y que aceptarás mi decisión.

—Es difícil prometer eso —intervino él.

—Tendrás que hacerlo. A cambio, me comprometo a actuar de igual forma si tú no apareces ese día —sentenció ella.

Ambos se miraron a los ojos, y, con todo el pesar posible, se dieron la mano para sellar su acuerdo.

La pregunta era, ¿aún albergarían sentimientos el uno por el otro después de tanto tiempo?

Capítulo 22

Lil detuvo el carro frente a la posada, la conocía de haber pasado por delante en alguna de las ocasiones en que acompañaba a la hermana Josephine a atender enfermos.

Era una casa mohosa de piedra que tal parecía que había conocido tiempos mejores. En el bajo había una taberna que se adivinaba ruidosa nada más aproximarse a la puerta.

Lil se observó, una monja en aquel lugar no pasaría inadvertida, así que se tapó la cabeza con la capa que había tenido a bien coger de su esquelético armario y que le regaló una enferma a la hermana Josephine. Esta, que no solía aceptar nada para ella, se la entregó a Lil.

Respiró profundamente antes de decidirse a entrar. Se hacía tarde y todavía no había comprado nada de lo que le había indicado la hermana tornera.

Empujó el portón de madera y un olor a alcohol y a humanidad sacudió sus fosas nasales. Oteó el lugar y a todos los que la escrutaban con curiosidad. Entre los parroquianos había un hombre que la observaba con la mirada algo ida, como vidriosa por el alcohol que seguro recorría sus venas. Si bien, había algo en aquel individuo que le hizo dar un vuelco al corazón, sus ojos.

Se aproximó a él como atraída por un imán, y se detuvo ante su mesa. El hombre la observaba con los ojos entrecerrados, como para enfocar bien el rostro que tenía ante sí.

No podía ser, en sus treinta años no había visto a nadie con semejante color de ojos, nadie a excepción de sí misma. Se quitó la capucha y le dedicó una mirada desafiante a aquel hombre, cuyos ojos se abrieron entonces como platos.

—Lil, has venido —la voz de Jane sonó a su espalda—. Este es mi hermano Evander. Evander, esta es Isabella, Lil, como le gusta que la llamen, creo que ambos tenéis mucho de qué hablar —anunció la tabernera posando una mano en el hombro de Lil.

—¿Qué está pasando?, ¿quién es usted?, ¿y por qué se parece endiabladamente a mí? —inquirió la postulante, confundida.

El hombre se persignó por primera vez en mucho tiempo, se levantó de la mesa y se alejó caminando a paso vivo, su borrachera parecía haberse disipado por completo y no era para menos, no todos los días se veían muertos entrar a la taberna.

Lil salió tras él a la carrera. Ya no llovía, pero el suelo estaba plagado de charcos que hacían al pisarlos que sus pies acabaran calados.

—¡Señor Hardy, espéreme, necesito hablar con usted, por favor, es importante! —exclamó Isabella mientras perseguía a la carrera al hombre que miraba hacia atrás y continuaba

caminando con una prisa pasmosa para su estado de embriaguez.

De súbito, y sin saber de dónde había salido, un carruaje pasó a toda velocidad y Lil sintió un fuerte impacto que la hizo desplazarse varios metros. El golpe que se dio fue terrible y un peso enorme la presionó.

Fue entonces cuando pudo comprobar lo que había ocurrido, Evander Hardy se hallaba sobre ella, le había salvado la vida.

—¿Estás bien, muchacha? —dijo el hombre liberándola de la presión de su pesado cuerpo.

—Sí, estoy bien, muchas gracias por haberme salvado, señor Hardy —dijo ella, sinceramente agradecida.

Evander le tendió la mano y la ayudó a levantarse. En la tierra caían gotas de sangre y Lil pensó que podían venir de las rodillas, que había notado derrapar por el suelo arenoso y empedrado.

—Vayamos a la taberna, seguro que mi hermana tiene algo para curar tus heridas —sugirió Evander, y después añadió al ver que a la muchacha le costaba caminar—: Apóyate en mí.

Lil miró a todas partes, algunos curiosos se habían parado a eso, a curiosear, y una monja apoyada en un hombre que tenía toda la pinta de estar ebrio no era algo para olvidar. Si bien, no le quedó más remedio que aceptar el ofrecimiento.

Jane curaba las rodillas heridas de Lil en una habitación de la posada. El posadero había puesto el grito en el cielo al ver a su empleada y al grano en el culo de Evander Hardy subirla a una de las alcobas vacías.

—Te lo descontaré de tu sueldo, mujer —sentenció este.

—Total, para la miseria que me pagas... —respondió Jane con seguridad.

Evander esperó paciente a que su hermana curara a Lil. Su primer reflejo había sido salir corriendo de la taberna. Aquellos ojos..., y su rostro, tan parecido al de...

Pensó que aquello solo podría ser obra del diablo, porque no, ella no había podido salir de la tumba, y mucho menos estar ante él treinta años después.

Necesitaba una explicación, ya no huiría, enfrentaría lo que fuera que tuviera el destino que ofrecerle. Se había pasado muchos años escondido tras una botella, sin poder olvidar lo ocurrido hacía tanto tiempo.

Unos veinte minutos tardó en salir Jane, y Evander se dispuso a entrar.

—Creo que tenéis mucho de qué hablar... —intervino la tabernera con convicción.

—¿Pero estás segura de qué...?

—Por Dios, Evan, ¿no me digas que no son dos gotas de agua?

Evander cerró los ojos y suspiró.

—Deséame suerte, hermana.

Jane lo abrazó con cariño.

—Mucha suerte, hermanito.

Capítulo 23

Sean arribó a su casa y se fue directo a la alcoba, refugio de sus noches solitarias. Evelyn no tardó en llamar a la puerta y rogarle que le abriera.

—¿Qué quieres, Evelyn? —inquirió Sean abriendo el portón solo una rendija.

—Hablar con mi esposo, estoy en mi derecho, ¿cierto? —preguntó ella con aire triunfal.

—Está bien, entra. —Sean le franqueó el paso y la muchacha se internó en los aposentos de su marido mientras lo miraba todo con curiosidad.

—¿Así que aquí te escondes de mí? —preguntó ella caminando alrededor de él, como si fuera una fiera a punto de abalanzarse sobre su presa.

—Dime qué quieres, Evelyn, necesito estar solo, me duele la cabeza muchísimo. —Y era verdad, la conversación con Lil todavía le daba vueltas en la mente.

Solo de pensar que tenía que pasar con Evelyn todavía muchos meses se le hacía una montaña enorme. Cada día la soportaba menos. Es más, hacía lo posible para no cruzársela, sobre todo desde que esta había comenzado a acercársele demasiado con a saber qué intenciones, pero él no iba a caer en su red.

Y sí, había aceptado darle una oportunidad a aquel matrimonio, en ese momento le pareció que no era mala idea, además, el despecho hablaba por él. Sin embargo, cuando Evelyn se le acercaba con intenciones de seducirlo, se sentía asqueado, como violentado, ya que la muchacha era demasiado insistente, y se atrevía a tocarlo en lugares en los que él no deseaba ser tocado por ella.

Si la amara, adoraría aquellas demostraciones pasionales, mas no lo hacía, y él era hombre de una sola mujer, aunque cuando todavía no conocía a Lil hubiera tenido sus más y sus menos con otras féminas.

Lil había subido en su barca, su corazón le pertenecía, no sabía cómo lo había hecho para robárselo de aquel modo, pero así era. Y ahora su cuerpo reaccionaba ante la caricia lasciva de una mujer que no era ella, cuando su mente decía que no, que no quería que ella lo tocara.

—¡¡¡Déjame, maldita mujer!!! —bramó Sean alejándose con ímpetu de la pelirroja.

No sabía ni cómo lo había hecho, pero se había atrevido a lamer su miembro erecto.

—¿Es que acaso no te gustan las mujeres? —inquirió ella con desprecio—, estoy segura de que a tu padre le daría un gran disgusto si le dijera que su hijo no es capaz de cumplir como un

hombre conmigo, y que estoy segura de que no le agradan en absoluto las señoritas.

—No te atreverás...

—¡Oh!, sí lo haré, además, si no me haces tuya, me iré de esta casa, y ya sabes lo que ocurrirá, tu padre te la quitará, y tú no quieres eso, ¿verdad, mi amor?

Sean se aproximó a Evelyn y la agarró por el cuello.

—Sal de mi alcoba, maldita arpía. Habla con mi padre y yo le diré al tuyo que te ofrecías a mí como una cualquiera —soltó fuera de sí.

—Suéltame, Sean, me haces daño —balbució Evelyn mientras dos lagrimones enormes resbalaban por su rostro.

Pero Sean estaba enajenado, se había sentido violento, chantajeado y no pensaba con claridad. Hasta que una voz interior le dijo:

«¿Qué demonios haces?, la matarás».

Entonces la soltó como si su simple contacto le quemara.

—Lo siento, Evelyn, lo siento... —se disculpó todavía horrorizado por cómo había actuado y por la barbaridad que le había dicho.

—No vuelvas a tocarme jamás —espetó la muchacha antes de salir a la carrera de la estancia.

Evander observó a Lil con una melancolía extraña en su ser. Era idéntica a ella, a su amor de juventud, un amor por el que pagó un alto precio y que lo condujo tras su pérdida a una vida oscura ahogada en el *whisky* que recorría su organismo con cada vez más dificultad.

Todavía se podría decir que era un hombre joven, sin embargo, su aspecto parecía prácticamente el de un anciano, con el rostro surcado de arrugas y la piel curtida por el trabajo a la intemperie de toda su vida.

—¿Por qué su hermana dice que usted y yo tenemos que hablar? —preguntó Lil todavía temblorosa debido al accidente sufrido tan solo un rato antes.

—¿De dónde vienes, muchacha? —preguntó Evander con contundencia.

—De Beauvy, llegué a Iona hace varias semanas e ingresé en el convento como postulante —respondió inquieta.

—¿Tienes padres? —inquirió él.

—Sí, señor, tengo padres —respondió sin comprender del todo a dónde quería llegar Evander Hardy.

—¿Quiénes son? —interrogó él, directo.

—Andrew y Martha Buchanan —dijo Lil encogiéndose de hombros.

La expresión de Evander se tornó furiosa, de mandíbulas prietas y manos en puños con nudillos blancos.

—Esa desgraciada de Martha..., Jane no se equivocaba, no se equivocaba —dijo de pronto el hombre llevándose las manos a la cabeza.

—¡Oiga usted!, ¿por qué insulta a mi madre? —preguntó Isabella, molesta.

—Esa no es tu madre, muchacha, tu madre se llamaba Lilead...

Lil comenzó a respirar con agitación.

—¿Se llamaba?, ¿es que acaso está muerta? —inquirió la postulante arrodillándose frente a Evander, sin pensar ni tan siquiera en el dolor que laceraba sus rodillas heridas.

—Sí, Lilead está muerta, pero yo nunca vi su tumba, al igual que jamás vi la tuya.

—La mía, ¿de qué demonios está hablando?

El hombre se llevó la mano al pecho.

—Me dijeron que estabas muerta, hija...

Lil negó con la cabeza y se levantó con el corazón galopante, aquello era demasiado. Muerta, ¿por qué la creyó muerta?, ¿y por qué la llamaba hija?

—¿Hija? —preguntó Lil con los labios temblorosos.

—Sí, Lil, ¿no te has preguntado por qué tenemos el mismo color de ojos?, ¿por qué te pareces a Jane?

—¿Somos familia?

Evander asintió.

—Soy tu padre, Lil, tu padre... —sentenció Evander con lágrimas en los ojos.

—No puede ser, yo no puedo ser hija suya. Soy una Buchanan, tengo unos padres extraordinarios y unas hermanas a las que amo. No, yo no puedo ser hija de...

—¿De un despojo humano?, ¿de un borracho...? No tengas vergüenza, puedes expresarte con libertad. Aunque he de decir en mi defensa que no siempre fui así, y, siento decirte, Lil, que sí, eres mi hija, una Hardy, por mucho que te pese y que les pese a esos desgraciados que te robaron.

—No, mis padres jamás harían eso, son buenas personas, los mejores padres que nadie puede tener, esos son Andrew y Martha Buchanan.

Evander inspiró y soltó el aire con todas sus fuerzas.

—¡¡¡Esos dos malnacidos no son tus padres!!! —bramó.

Lil negó a sabiendas del asunto que la había traído a Iona, consciente de que los Buchanan no eran sus verdaderos padres, pero no podía escuchar hablar mal de ellos a un hombre al que acababa de conocer y afirmaba ser su progenitor mientras insultaba a su familia, a la única que conocía y quería.

Hubo algo que todavía rondaba por su cabeza y hacía latir su corazón con fuerza, ¿cómo demonios la dieron por muerta?

No quería pensar mal de sus padres, no podía. Seguro que había una explicación y ella tenía que saberla. Lo decidió en aquel momento, volvería al convento, recogería sus pertenencias, el sobre de Sean y partiría de inmediato hacia Beaulieu.

Segunda parte

Capítulo 24

Borracho, fustigándose a pensamientos dañinos, se hallaba Sean. En el salón, frente a la chimenea, con una botella mediada de whisky, mientras aquellos remordimientos se comían su alma a bocados pequeños e incisivos.

No le gustaba el modo en que había tratado a Evelyn, él no era así. Y tampoco quería justificarse, pero estaba claro que ella abusó de su confianza y también le faltó al respeto.

Él no podía decir que se hubiera quedado corto, sus palabras sonaron como dagas envenenadas. No, definitivamente no había obrado bien. Por ello ahogaba sus penas en alcohol, por ello, y porque todavía quedaba mucho tiempo para que se cumpliera el plazo de aquel matrimonio que estaba resultando ser un verdadero calvario.

Los días pesaban como rocas gigantescas que le oprimían el pecho y el sentir que estaba atado de pies y manos lo hacía ahogarse.

Todo a su alrededor se desdibujaba, su sillón era el trono donde descansaban sus penas y la botella el cetro que le otorgaba el poder de decidir qué demonios hacer con su vida hasta que llegara el bendito día de reunirse con Lil bajo aquella roca que los había cobijado a ambos durante el aguacero.

Pensó de nuevo en ella, con aquellas prendas desangeladas y el cabello revuelto. Aun así, estaba muy bella. Lil se había convertido en una obsesión para él, incluso se planteaba seriamente si su cabeza estaba en su sitio o se había vuelto loco definitivamente, loco por una mujer con la que únicamente tuvo una noche de pasión que le dejó el corazón marcado a fuego.

Dio un trago a la bebida fuerte y ambarina. Se enfureció y lo pagó con el muro de piedra donde estrelló la botella.

—Maldita sea —dijo arrastrando las palabras.

Se levantó a duras penas y comenzó a caminar de un lado al otro, se encontró a sí mismo golpeándose contra los muros del pasadizo que conducía a las habitaciones. Ni siquiera entendía cómo había podido subir las escaleras que lo llevaron a la segunda planta sin caerse de bruces.

De pronto la vio, era ella. Se frotó los ojos y los abrió de nuevo.

—¿Eres tú?, ¿qué haces aquí? —inquirió con la visión nublada por la ebriedad.

—Ven conmigo —dijo ella tomándole de la mano, que estaba extrañamente fría.

—No podemos, debemos esperar... —balbució él.

—No hará falta, hazme tuya, por favor, lo necesito.

Sean se dejó conducir a su alcoba, y la hermosa mujer cerró la puerta tras de sí antes de quedarse completamente desnuda ante él.

Luego se acercó sinuosa y acarició su rostro. Sean cerró los ojos.

—Te he echado tanto de menos —musitó con la voz engolada.

—Siempre estaré a tu lado, por eso tienes que hacerme tuya, lo necesito ahora mismo —dijo la mujer con una peculiar urgencia.

Sean fue conducido de la mano al lecho y se derrumbó en el mismo bocarriba. Momentos después, ella besaba su torso desnudo. Era como si el tiempo saltara.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Sean de pronto, mas no podía moverse.

—Shhhh... —dijo ella poniéndole un dedo en los labios, te oirán.

Sean intentó defenderse, algo le impedía hacerlo, mientras veía a la mujer subirse sobre él a horcajadas y cabalgarlo sin piedad.

Había solo una palabra que podía definir lo que sentía en aquel momento: impotencia.

Lil salió de la posada impulsada por su tumultuoso corazón, que latía con tanta fuerza que tal parecía que quebraría su pecho y saldría de él.

Las palabras de aquel hombre todavía le daban a su mente una gran paliza. Rotaban y rotaban por esta robándole el aliento y la razón.

Se subió al carro y volvió al convento de modo frenético. Ya oscurecía, había perdido la noción del tiempo y no sabía cómo. O quizá fuera por el día amenazado por nubarrones grisáceos que le daban al ambiente un tono oscuro y mortecino.

Arribó al convento sin nada de lo que había salido a comprar, se le había olvidado completamente.

La reprimenda de la priora no se hizo esperar. Apenas la había visto en todo el tiempo que llevaba en el Iona Nunnery, si bien, aquella tarde ahí estaba, frente a ella, mirándola como si fuera un desperdicio humano o algo peor.

—Has roto las normas de este convento. Además, te han visto entrar a la taberna.

»No has traído nada de lo que se te encargó, y eso que tú misma te ofreciste a cubrir a la

hermana tornera. Me parece del todo reproable tu actitud, porque déjame decirte que creo que lo que en verdad te movía era salir de este lugar para pasártelo bien en vez de hacerlo para cumplir con tus obligaciones.

—Lo siento, madre. No era mi intención desobedecer, ni mucho menos volver con las manos vacías, pero...

—No, no quiero peros, la sola intención de justificarte me parece del todo reproable. Es más, durante siete días no quiero ni siquiera verte, así que recibirás tu castigo, como debe ser.

—No, no me entiende, yo me voy a marchar, vuelvo a casa —intervino Lil en tono suplicante.

—A casa, ahora esta es tu casa y yo la madre priora, por lo tanto, debes obedecerme como postulante que eres. ¡Hermanas!, a la celda de aislamiento. Y aseguraos de que se le propinen diez latigazos por cada hora que ha estado fuera del convento —sentenció mientras dos monjas que habían permanecido inmóviles la agarraban desde atrás por cada uno de sus brazos con firmeza.

—No, no me entiende, necesito marcharme, no puedo seguir aquí, no puedo...

—Tendrías que haberlo pensado antes, no saldrás de este lugar sin pagar por tus pecados, lo de hoy es inaceptable, y ha de ser castigado.

—¡¡¡Nooo!!! —Lil gritaba, se revolvía, mas todo fue en vano.

Minutos después, las dos monjas la arrojaron en el suelo de una celda en la que caían gotas del techo y golpeaban en el suelo sin piedad. Se hallaba en la oscuridad absoluta, solo un ventanuco enrejado era su contacto con el exterior, pero estaba tan alto que no lo podía alcanzar, además, era una noche sin luna y ella estaba aterrada.

De súbito, algo pasó por encima de una de sus manos, algo peludo y bastante grande. Una rata, era una rata, con el miedo que ella le tenía a las ratas desde siempre.

La puerta se abrió y una monja que no supo identificar se aproximó a ella en silencio, hasta que lo rompió con su voz seca:

—¡¡Desnúdate!! —bramó con contundencia.

—Déjame salir, por favor —suplicó Lil, aterrorizada y angustiada a partes iguales.

—¡O te desnudas o lo haré yo, no estoy aquí para perder el tiempo! —exclamó la monja mientras la zarandeaba por un brazo.

Lil se levantó y comenzó a desvestirse sin poder dejar de llorar y de temblar.

Otra monja entró con un candelabro, que depositó en el suelo.

Lil pudo ver que del techo colgaban dos cadenas con sus correspondientes grilletes.

Entre las dos monjas se los pusieron en las manos a Lil, que al ser tan menuda, no llegaba al suelo más que con sus puntas.

El primer latigazo la agarró por sorpresa y contuvo un grito mientras se mordía el labio inferior hasta hacerlo sangrar.

Luego vino otro, y otro. No sabía el número de latigazos que había recibido cuando perdió la consciencia tras un mareo que le sobrevino al no poder soportar el dolor.

Cuando la recuperó, estaba tirada en el suelo, dolorida. En su mente una sola idea: El Dios que ella conocía jamás permitiría que nadie le hiciera daño en su nombre.

Capítulo 25

Sean despertó asustado y bañado en sudor. Había tenido una pesadilla horrible en la que Lil gritaba su nombre mientras el dolor la hacía gemir y sollozar sin cesar.

Se sentó en el lecho con las manos cubriéndole el rostro. Su corazón latía desbocado.

De súbito, una mano le acarició el muslo. Sean dio un brinco e instintivamente se alejó, como si el contacto de aquella mano fría le quemara, algo totalmente controvertido.

Alzó la cabeza y la vio ahí, tapando sus senos con la sábana y con su cabello rojo enmarañado dedicándole una sonrisa tensa.

—¿Qué ocurre, mi amor?, ¿tuviste una pesadilla? —inquirió Evelyn con fingida preocupación.

A la mente de Sean acudieron los recuerdos que se agolpaban con furia.

Él estaba muy ebrio y mareado. Decidió irse al lecho y en el pasillo vio a Lil, que lo acariciaba y lo incitaba a seguirla. De pronto, se dio cuenta de que no era ella, que en su lugar estaba Evelyn, que intentaba de nuevo seducirlo con malas artes. Si bien ya era demasiado tarde, no pudo hacer nada por impedir que ocurriera lo que había tratado de evitar desde hacía semanas.

Evelyn se había subido sobre él y había conseguido lo que pretendía, que la hiciera suya quién sabe con qué intenciones.

Sean trató de levantarse de la cama, mas no pudo. Estaba débil, como si hubiera trabajado cuatro días con sus correspondientes noches sin descansar.

—¿Qué me has hecho, mujer? —preguntó él con un deje de amargura en la voz.

—¿Por qué preguntas eso?, ¿te encuentras bien? —inquirió ella como si no tuviera ni idea de por qué Sean la cuestionaba.

El *highlander* pensó para sus adentros que su taimada esposa sabía mentir demasiado bien, aunque a él no la engañaba, no con sus ardides malévolos.

—Sabes muy bien por qué te lo estoy preguntando —espetó iracundo.

Evelyn le dedicó de nuevo una sonrisa sin alma y se levantó del lecho mostrándole a Sean su cuerpo desnudo en todo su esplendor.

—Anoche consumamos nuestro matrimonio. Aunque he de decirte que la próxima vez que quieras hacerme tuya, evites beber *whisky*, no es agradable que un hombre ebrio te posea.

Sean trató de levantarse de nuevo, pero sus piernas no respondían. Cerró los ojos y una idea de lo más retorcida cruzó su mente. Pensó en reclamarle, en acusarla directamente. Sin embargo, llegó a la conclusión de que era mejor no ponerla sobre aviso, a partir de aquel momento se andaría con tres pares de ojos, Evelyn no volvería a jugársela.

Lejos de replicarle, no lo hizo, en su lugar decidió tumbarse en el lecho de nuevo y girarse para seguir durmiendo.

Evelyn se vistió con las ropas que había dejado esparcidas por el suelo y salió de la estancia con aire triunfal.

Cuando estuvo fuera de la alcoba, sonrió. Ya había conseguido su propósito, ahora solo quedaba esperar. No permitiría que otra ocupara su lugar, no sabía quién demonios era esa tal Lil que Sean había nombrado durante toda la noche en sus odiosas pesadillas, pero no tardaría en descubrirlo.

Lil sintió un cosquilleo desagradable en la espalda, seguido de pequeños mordiscos que aumentaban si cabe el dolor de sus heridas. Tenía la mente embotada y no podía pensar con claridad. Se había dormido después de pasarse la noche en vela, sin dejar de llorar.

Unos chirridos muy desagradables y la certeza de que pequeñas patitas caminaban por su espalda la hicieron reaccionar. Se incorporó de pronto e intentó tocársela. La sensación de una bola peluda enganchada a su carne la hizo horrorizarse. Por el suelo, varias ratas corrían a esconderse y Lil consiguió atrapar a la más reacia a abandonar su cuerpo. La lanzó contra el pétreo muro y unas arcadas enormes le sobrevinieron. Al tener el estómago vacío, solo vomitó bilis, mientras un dolor muy desagradable, como si tuviera un nudo en el estómago y alguien tirara fuerte de él, por los dos extremos de la cuerda, se cebaba con ella.

El sonido de la tranca de hierro y la puerta abrirse la hicieron albergar una pequeña esperanza de salir de aquel lugar, pero al ver el rostro impávido de la vicaria, todas sus expectativas se quedaron en eso.

—¿Me van a dejar salir de aquí? —preguntó Lil con todo el aplomo que consiguió reunir.

—No hasta que no cumplas con los días de castigo que ha ordenado la madre priora.

—Tengo que hacerlo, un grupo de ratas se estaba alimentando de mi espalda herida. Se supone que son monjas, servidoras de Dios. Y este castigo es inhumano —rebatía Lil con determinación.

—¡Cállate!, no hagas que me arrepienta de intentar ayudarte, traigo ropa limpia y vengo a curar tus heridas —dijo la vicaria con sequedad.

—¿Por qué he de callarme?, debería hablar con quién sea que esté por encima de usted, quizá

con el padre Murray, alguien debe de haber que piense que lo que ocurre en este lugar no es normal —soltó Lil cada vez más segura de sus palabras.

—¡He dicho que te calles!, ¿o quieres que te vaya peor? —inquirió la vicaria bajando muchísimo la voz.

—¿Me amenaza?

—No, ya te he dicho que trato de ayudarte. Si la priora se entera del motivo de mi visita, me castigará a mí también. Aquí los castigos son para todas por igual. Si eso llegara a ocurrir, nadie te socorrería.

Lil escrutó a la mujer con la mirada.

—¿Y por qué no trata de informar al obispo?

—¿Piensas que no lo he intentado? —inquirió la mujer con un deje amargo en la voz.

Seguidamente, se descalzó del pie derecho y se lo mostró a Isabella. Le faltaban tres dedos, el tercero, el cuarto y el meñique.

—¡¡¡Dios mío!!! —bramó Lil llevándose la mano a la boca, horrorizada.

—Fue hace muchos años, un dedo por cada vez que me extralimité. Sé que no se puede hacer nada, la priora tiene mucho peso en la isla, y también fuera de ella, en la Orden —argumentó la mujer con pesar.

—¿Y si nos unimos y denunciemos los abusos a la Orden Agustina?, si somos muchas, haremos más ruido —insistió Lil.

—No, muchacha. ¿O es que no te has dado cuenta de que aquí casi todas las monjas tienen miedo?

Lil asintió, parecían fantasmas, ni siquiera hablaban entre ellas. Daban la impresión de actuar por inercia, sin sentimientos ni ganas de vivir. Aquello lo había hablado con sus amigas. Ellas no se comportaban de igual forma.

—Sí observé desde el principio que las hermanas tenían un modo de ser muy frío y distante, aunque Penélope y Francesca no son así, es más, yo sé que ellas apoyarían que denunciáramos los abusos, solo tendría que informarlas...

—No, Isabella. Ellas dos no son una opción. Ambas pertenecen a familias influyentes amigas de la Iglesia, de la Orden. Ellas jamás acabarán como tú, por mucho que hagan.

—Pero también han recibido castigos..., y acaba de decir que aquí todas lo son por igual.

—Castigos más suaves, para no levantar sospechas, aunque ya solo con su actitud, dejan claro que son diferentes a las demás. ¿Acaso no te diste cuenta? —preguntó la vicaria.

—Sí, vi que se comportaban distinto a las demás, como ya he referido. Aunque son buenas chicas, ellas nunca harían daño a nadie...

—Lo sé, son desconocedoras de todo esto, y espero que sepas mantener la boca cerrada si no quieres que las moscas la devoren. ¿Queda claro? —preguntó la vicaria en tono autoritario.

—Sí, hermana —Lil asintió por inercia, en su interior bullían miles de pensamientos, todos ellos muy macabros.

—Y ahora dejemos ya de hablar, puede haber alguien escuchando, no quiero perder ningún dedo más. Te curaré esas heridas.

Capítulo 26

Sean consiguió levantarse al mediodía, pero todavía sentía confusión y mucha debilidad. Se aseó, se vistió y salió de la estancia, para luego hacerlo de Rós Sean.

No se despidió de nadie, lo que menos quería era encontrarse a Evelyn y que lo agobiara con su falsa actitud de esposa abnegada.

Caminó hacia el improvisado astillero, situado muy cerca del embarcadero de su propiedad y localizó a Lloyd, enfaenado en el pequeño bote que construían desde hacía unas semanas, y que parecía no avanzar.

—Señor... Pensé que ya no vendría. Su esposa me dijo que no lo molestara, que se sentía indispueto —aseguró el ayudante a modo de saludo y curándose en salud para que Sean no lo increpara por no haberlo avisado.

Sean hizo un gesto con la mano para quitarle importancia. Tenía problemas mucho más molestos que su ayudante no lo hubiera despertado para trabajar, es más, jamás le había hecho falta que así fuera. Aunque Lloyd siempre pasaba por su casa a buscarlo y se iban juntos.

Sean se puso manos a la obra sin detenerse en explicaciones. No había probado bocado y sintió en algunos momentos que todo se movía a su alrededor. Aun así, no quiso comer nada, y eso que Lloyd le ofreció unos panecillos *scone*^[3] que había horneado su madre y que al *highlander* le encantaban.

—¿Se encuentra bien, señor? —inquirió Lloyd con preocupación real.

—No, mi buen amigo. No lo estoy —se sinceró, llevaba todo el día dándole vueltas a los acontecimientos de la noche anterior—. Me gustaría preguntarte algo, ¿qué piensas de Evelyn?

La expresión del muchacho demudó. Hecho que a Sean no le pasó inadvertido.

—¿Por qué me pregunta eso a mí?

—Porque he notado que mi esposa tiene simpatía por ti. Os he visto en varias ocasiones hablando y riendo juntos —declaró Sean con aplomo.

—¡Oh!, señor, he de decirle que mi relación con *lady* Evelyn es fraternal, como si fuera mi hermana mayor, nada más —mintió a medias el chico.

Porque sí, su relación había sido así durante un tiempo, hasta que él la besó y todo se tornó incómodo. Aunque desde que la vio por primera vez supo que aquella fémia le traería problemas, y vaya si se los trajo, porque ya no pudo quitársela de la cabeza.

—No te preocupes, si fuera de otro modo, tampoco me enfadaría contigo por ello —dijo Sean con sinceridad.

Lloyd lo miró sorprendido.

—¿No irá a pensar que...?

—Es igual lo que yo piense. Solo quiero que me digas con sinceridad qué piensas de Evelyn —resolvió Sean cruzándose de brazos.

—Me parece una mujer increíble, es bella, inteligente, habilidosa. Cualquier hombre estaría encantado de tenerla como esposa.

—Creo que te ha faltado algo —soltó Sean esbozando una sonrisa amarga.

—¿Sí?, ¿el qué?

—No dijiste que Evelyn fuera bondadosa.

Lloyd palideció, aquello era cierto. Porque sí, él sentía que amaba a aquella mujer, no obstante, no se le quitaba de la cabeza que no era más que una maldita arpía.

Capítulo 27

La hermana vicaria se marchó dejándola de nuevo en completa soledad en aquel agujero inmundo poblado por ratas tan grandes como gatos.

La monja curó sus heridas y, como bien le dijo, le facilitó ropa de abrigo, pues en aquel lugar hacía un frío inhumano.

«Pórtate bien y saldrás muy pronto de aquí. Muestra arrepentimiento cuando el padre Murray venga a visitarte, eso hará que él convenza a la priora para que te saque del aislamiento». Aquellas fueron las últimas palabras de la vicaria antes de salir de la celda.

Las horas en aquel cubículo pasaban lentas y, sin nada que hacer, a Lil, activa por naturaleza, se le quitaban las ganas de vivir. Al tercer día, dos monjas instalaron un camastro y pudo dormir en un lugar menos incómodo que el suelo.

Si no la sacaban pronto de aquella celda, se iba a volver loca, en lugar de una aspirante a monja parecía una presa. No, ella no había ingresado en el convento con la idea de soportar semejante trato.

En cuanto consiguiera salir de aquel lugar, lo haría del convento. Todavía no sabía cómo procedería, pero pondría en conocimiento de quien pudiera ayudarla los abusos que se cometían en el Iona Nunnery.

Había perdido la cuenta de las noches y los días completos pasados en aislamiento, cuando la puerta se abrió y entró el padre Murray en la celda.

—Hija mía, vengo a confesarte —dijo sin más preámbulos.

Lil contuvo las ganas de soltarle al sacerdote todo lo que se cocía en el convento y el mundo debería saber, mas se mordió la lengua.

Recordó las palabras de la vicaria y pensó en que le iría mejor si sabía jugar bien sus cartas y se cargaba de astucia.

Le habló al sacerdote de sus dudas, de que había sido tentada por el Diablo y que ya, gracias al castigo, sabía qué era correcto y qué no, además de sentirse ya segura de su vocación de monja. Quizá el llevar tantos días viviendo en la miseria le había despertado el talento para actuar, pues ella nunca supo mentir bien, y, en aquel instante, los embustes salían de su boca por pares sin remordimiento alguno.

Al día siguiente la liberaron y se dirigió a su celda, necesitaba sentirse en un lugar seguro, además de asearse, que fue lo primero que le dejaron hacer al salir, con el fin de no propagar enfermedades entre las hermanas, más que nada.

Ya en su pequeña habitación, levantó el colchón para sostener entre sus manos el sobre de Sean, el clavo ardiente al que se aferraba cada vez que se sentía desfallecer. Su disgusto fue mayúsculo cuando comprobó que el sobre no estaba.

Se llenó de desesperación, alguien había registrado su celda y lo había extraído. Comenzaba a entender el duro castigo impuesto, aunque siguiera pensando que era aberrante.

La espalda le ardía y no se encontraba bien, sentía el cuerpo dolorido y la cabeza como si estuviera a punto de estallar.

No quería llorar, ya había derramado demasiadas lágrimas mientras permanecía aislada. Hubo un momento en el que llegó a pensar que se le habían secado los ojos para siempre.

Ya no tenía el sobre, jamás conocería las palabras que Sean le había dedicado después de su única noche de pasión.

Pensó en pedirle cuentas a la priora, pero sabía que la castigaría por atreverse a reclamar la prueba irrefutable de lo que la monja consideraría una ofensa al Señor.

Se la imaginó enseñándole el contenido del sobre al padre Murray y a este persignándose y exigiendo un castigo ejemplar para ella.

No podía aguantar ni un minuto más en el convento, debía escaparse y buscar a Evander Hardy, al fin y al cabo, era su padre. Estaba segura de que no la dejaría en la estacada, no ahora que sabía que ella existía. Además, necesitaba aclarar todo eso de que la habían dado por muerta y saber por qué sus padres adoptivos se la llevaron de la isla que la vio nacer.

Alguien llamó a la puerta de su celda, era Penny, que le traía un cuenco con caldo caliente, pues todavía no se le permitía volver a la vida comunitaria con las demás hermanas. Gozaba de una libertad de movimientos relativa, en soledad, para que tuviera tiempo de pensar. «¡Cómo si no lo hubiera tenido en una semana viviendo en un agujero inmundito!», pensó.

—Hola, Lil, ¿cómo estás? —preguntó Penny mirándola con compasión—. Te he traído un caldo, lo he hecho yo misma. Ahora ayudo en la cocina, ¿sabes?

—Muchas gracias, pero no tengo hambre, Penny —soltó Lil, cuyo malestar parecía ir en aumento.

—¿Te encuentras bien?, estás muy pálida —dijo Penny mientras dejaba el cuenco en el escritorio y se aproximaba a su amiga, que se hallaba sentada en su camastro.

Lil negó con la cabeza.

—Quizá necesito descansar —declaró con un hilito de voz.

Penny llevó su mano a la frente de Isabella y emitió una sonora inhalación sorpresiva.

—Estás ardiendo —anunció mientras ayudaba a su amiga a meterse en la cama—. Llamaré a la hermana Josephine para que venga de inmediato a examinarte —dijo la postulante tapando a Isabella, que había comenzado a tiritar con fiebre.

Pasaron unos eternos minutos hasta que la hermana Josephine entró en la estancia.

Posó su mano sobre la frente de Lil y negó con la cabeza.

Tenemos que meterla en una tina con agua fría. Ve a hablar con la hermana Dorothy para que la prepare, que se dé prisa, la hermana Isabella tiene mucha fiebre.

Lil se encontraba en un extraño duermevela cuando sintió como si miles de cuchillos laceraran su piel. La habían metido en una tina con agua helada, y todos sus sentidos se pusieron alerta de súbito.

—¡¡Dios mío!!, su espalda —soltó de pronto Penny.

—Se pondrá bien —dijo la hermana Josephine con aplomo—, solo es un poco de infección.

—¿Solo un poco?, las heridas de la hermana Isabella tienen un aspecto horrible —espetó Penny, horrorizada por la visión de las ulceraciones purulentas de la espalda de su amiga.

—Si hubiera sido fiel a los principios de este convento, ahora no se encontraría en esta situación —intervino la hermana Josephine—, déjate de charla y ayúdame a sacarla de la tina, he de curar esa infección. Ya he dicho demasiadas veces que hay que limpiar bien todos los rincones del convento, y con todos me refiero a todos.

—Han sido las ratas, las ratas se alimentaron de mis heridas... —dijo de pronto Lil como si su voz proviniera del inframundo.

—Esto no puede ser voluntad del Señor, ¿es que no lo ve? —inquirió Penny cada vez más molesta.

—Cállate, muchacha, ¿es que acaso quieres correr su misma suerte? —preguntó la hermana Josephine mirando hacia ambos lados.

—Usted sabe, hermana, que a mí no me ocurrirá nada de eso. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras en este lugar se cometen abusos aberrantes con las postulantes.

—Shhh, haz el favor de callarte, si no lo haces, seré yo la que reciba el castigo por ti, y tu amiga necesita mis cuidados.

—¿Es que nadie la curó antes?

—Estaba en aislamiento, si se hubiera comportado como Dios manda, no estaría en esta situación, ya te lo he dicho —replicó la hermana Josephine cada vez más nerviosa.

—Es inhumano no curar a una persona herida, y esto es un convento de servidoras de Dios. No sé lo que pensará usted, hermana, mas yo solo veo un comportamiento cruel y autoritario...

—Sí me curaron, la vicaria lo hizo durante varios días —intervino Lil haciendo acopio de fuerzas para soltar aquellas palabras casi inaudibles.

La hermana Josephine abrió mucho los ojos. Nadie había curado a aquella muchacha, y si lo había hecho, no había resultado efectiva dicha cura. La hermana entrecerró los ojos, ¿por qué se había encargado la vicaria directamente en lugar de llamarla a ella para que atendiera a Isabella?

Capítulo 28

Eileen aguardó a su cita durante un buen rato, se estaba impacientando, debía volver convento, no podía estar demasiado tiempo fuera sin que la consabida perfección acabara en caos.

A sus cincuenta y cuatro años, sentía el peso del tiempo en su ser, de la vida dura pero poco ejercitada del convento, de todo lo que arrastraba en una especie de hatillo imaginario que llevaba a su espalda.

Ya estaba a punto de regresar al Iona Nunnery cuando ella apareció con su caminar de pasos cortos y rápidos.

Cuando la tuvo muy cerca, la saludó. Pero ella respondió con su acostumbrada acritud.

—¿Qué demonios quieres ahora?, ya sabes lo que tienes que hacer, así que date prisa. Te dije que la vieron salir de la posada, ¿cuánto tiempo crees que tardará en enterarse de todo Evander?

—He venido a decirte que no puedo hacerlo. Si quieres que Isabella desaparezca, tendrás que hacerlo tú misma —soltó Eileen con contundencia.

—¿Después de tantos años tienes escrúpulos?, no te tembló la mano para arrebatarse el bebé a esa pobre chica, ¿cierto? —intervino la anciana con inquina.

—Era muy joven, creí que hacía lo correcto, que dándole la recién nacida a aquella pareja la estaba salvando. Pues su madre ni siquiera sabía quién era el padre, había yacido con dos hombres, por el amor de Dios.

—¿Entonces para qué me has citado?, ¿solo para decirme que no vas a cumplir con tu cometido? —inquirió la anciana.

—Creo que no va a hacer falta. Posiblemente, estas sean las últimas horas de Isabella. Arde en fiebres por culpa de las ratas, devoraron su carne en la celda de aislamiento —intervino Eileen casi escupiendo las palabras.

—¡Ay!, calla, calla. Qué desagradable.

—¿Entiendes entonces mi postura?, no puedo seguir dañándola. No si tengo delante la viva imagen de Lilead, como si se tratara de un fantasma y todo volviera al punto de partida, hace más de treinta años.

—Entonces, ¿está encinta? —inquirió la anciana con preocupación.

—No ha sangrado el último mes. No ha lavado sus paños desde que llegó al convento. Si bien

eso no es un problema, le he dado suficiente ruda como para que su hijo nunca llegue a nacer.

—Bien. Espero que así sea. ¿Crees que ella lo sabe?

—¿Que está encinta?, puede ser, manifestó abiertamente su intención de marcharse del convento, así que no me extrañaría. —Las dos mujeres se miraron a los ojos, como retándose—. Espero que la próxima vez las noticias sean halagüeñas. Si se llegara a saber la verdad, ambas estaríamos en un serio problema —sentenció Eileen.

—Rogemos al Señor para que así sea. Ahora vuelve a tu convento, vicaria.

—Y tú a tus dominios, ama de llaves.

Sean salió de entre los matorrales al ver separarse a las dos mujeres. Todavía estaba estupefacto por las palabras que se habían dicho aquellas dos urracas. ¿Qué demonios querían hacerle a Lil?, ¿Y estaba encinta?

Cuando escuchó lo de las ratas, le entraron ganas de salir de su escondrijo y agarrarlas del pescuezo, mas prefirió esperar hasta el final de su conversación, se armó de sangre fría para ello, aunque en su interior se estuviera resquebrajando con cada sonido que salía de la boca de aquellas dos impresentables.

Hubo un nombre que resonó en sus oídos: Evander. El único Evander que conocía era el enemigo acérrimo de su padre, Evander Hardy.

No sabía cuál era el origen del odio entre los dos hombres, solo que su progenitor siempre lo instó a mantenerse alejado de él, a él y a su familia. Era un apestado para cualquier MacLeod, era algo como grabado a fuego en su mente desde que era solo un niño.

Sin embargo, necesitaba respuestas, y también sacar a Lil del convento, aunque aquello último iba a ser más difícil, pues no le permitirían entrar y a la fuerza no era una opción. Debía actuar con la mente fría, la del guerrero que su padre siempre quiso que fuera y él se negó a ser. No obstante, tenía las dotes, el clamor interno de la batalla, si era para salvar a la mujer que amaba.

Ya no existían pactos, y mucho menos casas que conservar. Su madre lo perdonaría por perder Rós Sean. Por Isabella acarrearía con las consecuencias.

Debía empezar por lo primero, hablar con Evander Hardy, aunque tenía que ser rápido, según las palabras de aquella monja, Isabella podía morir en cualquier momento, si eso llegaba a ocurrir, no se lo perdonaría a sí mismo jamás.

Respiró profundo antes de volver a su casa, dirigirse a las caballerizas y montar en su caballo.

De allí salía cuando una Evelyn pletórica le cerraba el paso.

—¿A dónde vas, esposo? —inquirió sin apartarse.

—Tengo prisa, Evelyn...

—Necesito hablar contigo, es urgente...

—Luego. Ahora tengo un asunto importante que tratar —replicó él con contundencia.

—Seguro que vas a encontrarte con esa tal Lil —soltó Evelyn a bocajarro.

—¿De qué estás hablando? —inquirió sorprendido.

—Espero que esa mujer se tome bien la noticia que tengo que darte —espetó Evelyn, y después añadió—: estoy encinta.

Sean frunció el ceño, aquello era imposible, solo habían pasado unos días desde su fortuito encuentro.

—¿No es demasiado pronto para saberlo?, ¿acaso no sangraste este mes? —preguntó él con preocupación/incredulidad.

—No me hace falta, lo siento —aseguró llevándose las manos al vientre—. Será un niño y se llamará Angus, ¿te parece bien?

Sean no sabía ni qué contestar a eso. Comprendió enseguida que aquella era una artimaña de su esposa para mantenerlo a su lado, pero ¿cómo demonios sabía lo de Lil?, tendría que hablar muy seriamente con las mujeres del servicio e incluso con su fiel ayudante, aunque veía poco probable que él hubiera abierto la boca.

—Lo hablaremos después, ahora tengo que irme.

—Muy bien, mi amor, vuelve pronto. Tu hijo y yo te esperaremos con devoción.

Sean rodó los ojos, definitivamente, aquella mujer se estaba volviendo loca.

Capítulo 29

Lil sentía que vivía sus últimos instantes. No quería morir, no siendo todavía tan joven. Le habían quedado tantas preguntas por responder... Además, debía averiguar qué había sido del sobre de Sean, pues ardía en deseos por leer las palabras que le dedicó después de haber pasado la noche juntos.

¿Quizá le pediría matrimonio?, o simplemente le desearía que tuviera una vida larga y feliz. Estaba claro que, de seguir así, no podría hacer ninguna de las dos cosas, su cuerpo parecía apagarse por momentos, aunque ella luchara con todas sus fuerzas por mantenerse despierta y viva.

Tras aquel baño helado, la metieron en el camastro entre temblores abruptos. La fiebre parecía haber descendido, mas seguía experimentando un gran malestar físico. El dolor de su espalda había remitido en gran parte desde que la hermana Josephine le aplicó un ungüento en las heridas infectadas. No sabía qué demonios era, solo el alivio que le había causado.

En un momento dado, vio a la hermana observándola con compasión y cierto trasfondo de culpa. Lil le dio las gracias, pues sintió una gran mejoría, pero todavía estaba en peligro su vida.

Se lo escuchó decir a la hermana Josephine, quien creyéndola dormida, había respondido a la pregunta de Penny, la última que le hizo solo unos minutos antes.

—¿Vivirá?

—*Es difícil que lo haga, muchacha. Ahora recemos por ella. —Y ambas se entregaron a la oración.*

Su corazón se encogió al escuchar aquellas palabras simples y certeras. Así que allí estaba, luchando una batalla en la que solo había dos opciones, vivir o morir. Ella no quería por nada del mundo que fuera la segunda la que ganara la contienda.

Sean se hallaba frente a la posada. Hacía años que no la frecuentaba, aquel desgraciado de Mervin era peor que el diablo, y no tenía ganas de cruzarse con él, pues estaba seguro de que acabarían peleándose a puñetazos como la última vez que había pisado la taberna de aquel lugar.

Se internó en el local que sacudía la nariz de cualquiera con su ambiente claustrofóbico y su

olor a humanidad poco aseada.

Como era habitual, Evander estaba en la mesa más alejada, justo frente a la puerta, la última vez que Sean estuvo en aquel tugurio se hallaba en el mismo lugar. Daba la impresión de que aquella mesa tuviera escrito su nombre y de que nadie se atreviera a ocuparla, aunque él no estuviera en aquel momento.

Sean caminó hacia el hombre, que permanecía cabizbajo, acompañado por un vaso mediado de *whisky* y uno de sus inseparables, Bruce, apodado por todos como el Cojo, por su caminar renqueante.

Fue este el que vio a Sean aproximarse con decisión a la mesa y de inmediato le dio un toque en el brazo a su amigo para que espabilara.

—Hardy, tengo que hablar contigo —dijo en tono imperativo Sean.

—¿Un MacLeod queriendo tener palabras conmigo?, eso es bien raro —rio dándole un trago al *whisky* que vació el vaso, al momento golpeó con el mismo en la mesa y su hermana acudió a servirle de nuevo con cara de pocos amigos.

—No deberías beber más, Evan —lo reprendió ella mientras escrutaba a Sean con curiosidad.

—Déjame, maldita mujer —gruñó Evander arrastrando las palabras—, tengo que celebrar que un MacLeod desea hablar conmigo en lugar de querer matarme. Siéntate, muchacho.

—A solas —espetó Sean con contundencia, dedicándole una mirada airada al Cojo.

Bruce se levantó con dificultad y anunció:

—Estaré ahí fuera por si me necesitas, amigo.

Evander hizo un gesto con la mano, como quitándole hierro al asunto.

—Pues bien, estoy ansioso por saber qué demonios quiere un MacLeod de este pobre diablo —dijo Evander y luego añadió—: Jane, tráele un *whisky* a mi acompañante.

—No será necesario —lo rechazó Sean impacientándose, lo que tenía que decirle a aquel hombre era de vital importancia.

—Peor para ti, y más para mí —sentenció Evander con una risa aderezada con toses.

—Evan... —lo reprendió de nuevo la posadera.

—¡Déjame en paz, vieja bruja!

Jane Hardy lo fulminó con la mirada mientras secaba un vaso, en su rostro se adivinaban las ganas que tenía de lanzárselo a su hermano a la cara.

Sean carraspeó.

—¿Podemos hablar de una vez sin más interrupciones? —inquirió impaciente.

—Si no hay más remedio... Va, desembucha.

—¿Qué tienes que ver con Isabella Buchanan? —preguntó Sean con decisión.

Evander entrecerró los ojos, no esperaba aquella pregunta ni por asomo, pensó en todo momento que el MacLeod había venido a verlo por alguna nueva estratagema de su padre para dañarlo.

—Con Isabella Buchanan, nada. En todo caso tengo algo que ver con Lil Hardy.

Sean frunció el ceño, extrañado, pero viéndolas venir.

—Su apellido es Buchanan...

Evander dio un golpe en la mesa y se levantó.

—¡Esos malditos Buchanan no son sus padres!, ellos me la robaron e impidieron que criara a mi hija.

—¿Tu hija? —El corazón de Sean dio un vuelco.

—Sí, mi hija. Esa hija a la que creí muerta por más de treinta años. Ellos, con sus caras de inocentes, me la robaron.

—Explícame eso porque no lo entiendo.

—¿Y por qué has venido a preguntarme por Lil? —inquirió sin responder.

—Se está muriendo, tu hija se muere en ese convento, y lo peor es que Emma, mi ama de llaves, está compinchada con la vicaria para que ella desaparezca. Y no sé por qué demonios quieren hacerle daño esas dos mujeres.

El rostro de Evander sufrió una transformación, fue como si de pronto la borrachera del buen hombre se hubiera disipado. Siempre le pasaba lo mismo cuando algo más fuerte que el alcohol que recorría sus venas lo instaba a reaccionar. Y las palabras del MacLeod habían causado ese efecto en él.

—Emma, ¿cómo no se me ocurrió?, hay mucho de qué hablar, muchacho. Y tú también tienes una parte en esta historia. Pero ahora no podemos perder el tiempo, tenemos que sacar a Lil del convento.

—Yo sé cómo podéis acceder a él —intervino de pronto Jane.

—Soy todo oídos —sentenció Sean con determinación.

Capítulo 30

Isla de Iona, Escocia 1529

Lilead se afanaba en hacer la cama del laird MacLeod y su esposa. El pequeño Sean, de tres años, le tiró de la falda entre risas. La muchacha se volteó para verlo y lo tomó en brazos.

—¿Otra vez te has escapado de Emma, pequeño? —preguntó Lilead mientras le revolvía el pelo al niño.

—Emma es mala, yo quiero a Lil, a Lil. Emma no —balbució el pequeño.

Solía llamarla Lil, no tenía ni idea de por qué, pero nunca la llamaba por su nombre completo, y a ella le gustaba aquel diminutivo que se había inventado el hijo de sus señores.

Trabajaba en Rós Sean las temporadas en las que los MacLeod se instalaban en la casa, cuando no estaban, solo iba de vez en cuando a echarles una mano al ama de llaves y a su sobrina Emma, algo más mayor que ella y bastante fastidiosa.

En un principio, cuando nació Sean, era Lilead la que se iba a encargar de él, si bien, el ama de llaves insistió en que Emma sería la mejor opción, ya que, según ella, tenía un carácter más fuerte y recto que la dulce y menuda sirvienta.

Pero el niño prefería la compañía de Lilead y siempre andaba tras sus faldas, y Emma se enfadaba muchísimo, llegándose a encarar incluso con ella, pues decía que lo hacía a propósito, que atraía al niño con artimañas por pura rabia, por haber perdido la oportunidad de ser ella su niñera.

La susodicha no tardó en entrar a la alcoba y llevarse al niño cogiéndolo del brazo de malos modos.

—Te he dicho muchas veces que no te muevas de mi lado, ahora te daré unos azotes y te enseñaré quién manda aquí —dijo Emma mientras se llevaba al pequeño a rastras.

A Lilead le daba mucha pena que aquella muchacha sin ningún instinto maternal anduviera con el niño de un lado a otro, transmitiéndole su carácter agrio, cuando Sean era tan abierto y dicharachero.

Una piedra pequeñita impactó en la ventana y Lil se afanó en abrir, abajo estaba él, Evander,

el mozo de cuadras y el hombre del que estaba enamorada hasta las trancas, su esposo.

—Baja, date prisa, tengo algo que decirte —anunció él dedicándole una hermosa sonrisa.

Siempre hacía lo mismo, tan solo para decirle que la amaba y que junto a ella era el hombre más feliz sobre la Tierra. Evander era un muchacho de su misma edad, de pelo oscuro y ojos irreales. Eran de color violeta, jamás había visto a nadie con ese color tan especial de iris. Si bien, no fue eso lo que la enamoró, sino su personalidad noble y divertida.

Él, junto a sus amigos Ludovic y Bruce, habían sido sus compañeros de juegos durante su infancia en Baile Mor. Siempre andaban haciendo travesuras e incluso robando fruta en el mercado y corriendo para no ser alcanzados. Eran solo unos críos y tenían hambre, todos venían de familias muy humildes.

El tiempo hizo que Evander y Lilead se enamoraran y se prometieran amor eterno. Que se casarían, que tendrían una familia que les llenaría de dicha, aunque fueran humildes, aunque no tuvieran tanto poder como los señores de la isla, los MacLeod, para los que empezaron a trabajar tiempo después, cuando ya eran marido y mujer.

Ambos vivían en una casita en Baile Mor, no nadaban en la abundancia, pero eran felices, muy felices.

Hasta que todo se torció.

Malcolm MacLeod se había quedado prendado de la hermosa Lilead nada más verla. Para él se volvió una obsesión e intentó por todos los medios que ella sucumbiera a sus encantos, sin embargo, la muchacha solo tenía ojos para su esposo. Aquel hombre era apuesto, eso no se podía negar, aunque jamás sería como él, pues no era más que un pobre diablo.

Lilead, por su parte, hacía lo posible por evitar a Malcolm y se callaba para que Evander no se enterase de que el *laird* la molestaba con sus coqueteos y salidas de tono.

Una tarde, Malcolm intentó besarla a la fuerza y Lilead se reveló y lo amenazó.

—Si vuelve a ponerme una mano encima, lo mataré —espetó ella apuntándole con un puñal *sgian dubh* [\[4\]](#) en el costado.

Malcolm levantó las manos en señal de rendición y se marchó de la estancia, que ella estaba adecentando en aquel momento, con paso vacilante.

Pero aquello no quedó ahí. Pues ese mismo día, cuando limpiaba el sótano de la casa por orden del *laird*, este entró a hurtadillas y cerró el único acceso para que ella no pudiera salir.

Malcolm la violó y la abandonó a su suerte, con la ropa rasgada en el frío suelo de aquel lúgubre lugar.

Lilead no dijo nada, ¿qué pensaría Evander de ella?, ¿la creería?, ¿y si decidía enfrentarse al *laird*?, tendría todas las de perder. Por otra parte, estaban las palabras de aquel desgraciado antes

de escupirle a la cara.

—Di algo de esto, y toda la isla sabrá que eres una ramera que me sedujo. Estoy seguro de que hasta el pobre diablo de tu esposo me creará a mí.

Las semanas pasaron y los peores temores de Lilead se hicieron realidad. Ella no sangró aquel mes. Evander deseaba con fervor ser padre, mas no podía decirle la verdad, que con toda probabilidad estaba encinta y no sabía bien si era de él o de Malcolm MacLeod.

Pasaron las semanas y Lilead no tenía ni la menor idea de cómo resolver aquel asunto. Callaba, se comía el dolor y la culpa que le generaba aquel secreto que tendría que desvelar más tarde que pronto, aunque tuviera consecuencias su confesión.

Su vientre comenzó a abultarse y Evander se dio cuenta de la realidad, recordaba muy bien el embarazo de su madre y el nacimiento de su hermana Jane. Pues ambos se llevaban bastantes años.

—Lilead, ¿es que acaso no te has dado cuenta de que esperas un hijo? —le preguntó un día mientras la veía cambiarse de ropa en la penumbra y la alumbró con la luz de una vela, pues ella no hacía más que evitarlo y ocultarse de él.

—¿Cómo? —inquirió ella invadida por el pánico.

—Que esperas un hijo, mejor dicho, que esperamos un hijo, y yo soy el hombre más feliz del mundo.

—Shhh, no quiero que nadie se entere, si esto llega a oídos de los MacLeod, sería terrible, ¿y si *lady* Mary decide prescindir de mis servicios?, necesitamos trabajar y lo sabes —mintió Lilead, con preocupación.

—¿Entonces es cierto?, ¿voy a ser padre? —Evander lo preguntó tan emocionado que su esposa no fue capaz de desilusionarlo, de decirle que cabía la posibilidad de que aquel hijo no fuera suyo.

—Pero te ruego que no digas nada por el momento en Rós Sean. Más adelante, yo misma lo haré, y si entonces deciden que ya no me quieren allí, habremos ahorrado lo suficiente para la llegada de nuestro bebé.

Lilead sentía que el hijo que llevaba en el vientre solo podía haber sido engendrado con amor. Había algo en su ser que le decía que era Evander y no el desgraciado de MacLeod el que la había fecundado.

Solo había un problema... La amistad entre Evander y Emma, también la conocía desde que era una niña, y, aunque era algo mayor que él, la joven se sentía atraída por su apuesto amigo, por ello la aversión hacia Lilead y todo lo que tuviera que ver con ella.

Evander había cometido la imprudencia de contarle el secreto a su amiga, y esta, a sabiendas de lo ocurrido con el *laird*, pues ella escuchó los gritos de Lilead sin intervenir, sin ayudarla; es más, Malcolm MacLeod le prometió un buen premio si vigilaba que no hubiera curiosos que pudieran descubrir lo que ocurría en el sótano; se lo contó al susodicho.

Malcolm puso el grito en el cielo y habló con la priora del Iona Nunnery. Lilead ocultaría su embarazo entre sus muros y luego darían a la criatura a una familia que en verdad lo necesitara. Ahí entraba en juego Martha Buchanan, el ama de llaves de Rós Sean.

No contenta con eso, Emma le contó a Evander que Lilead se había entregado al *laird* por voluntad propia y que el hijo que esperaba era de él y no suyo. Evander no se lo podía creer. Pero Emma, enamorada de él y despechada porque hubiera elegido a Lilead y no a ella, le envenenó el alma.

Evander intentó matar a Malcolm MacLeod, Malcolm MacLeod lo metió en la cárcel. Lilead fue llevada contra su voluntad al convento y encerrada en una celda de aislamiento hasta que tuvo al bebé, una hermosa niña de ojos violeta a la que ella puso de nombre Lil.

Capítulo 31

Isla de Iona, invierno de 1560

Alguien golpeó en la aldaba del gran portón del Iona Nunnery. La hermana tornera acudió a ver quién era y se llevó las manos a la cabeza. Ni más ni menos que Sean MacLeod, el señor de Rós Sean. Estaba herido, y lo peor de todo era que ese pobre diablo de Evander Hardy lo acompañaba.

—Por caridad, hermana, este hombre necesita ayuda. Lo encontré malherido cerca de aquí y pensé que era el mejor sitio donde traerlo —dijo Evander en tono suplicante.

La hermana tornera ni siquiera se molestó en informar a la vicaria, abrió la puerta y dejó pasar al carro con los dos hombres.

Sean, con una buena brecha en la cabeza, todavía estaba aturdido por la piedra que Jane le había lanzado. No se podía decir que los métodos de esta fueran de lo más ortodoxo. Aunque, según ella, era la única manera de que dos hombres, que no fueran el padre Murray, entraran en el convento.

Evander lo ayudó a descender del carro y Sean mascullo en su oído una maldición hacia Jane.

—No te quejes tanto, MacLeod, ¿quieres salvar a Lil?, pues te va a tocar sufrir un poco —respondió el hombre.

Apoyándose en Evander, Sean fue conducido por la hermana tornera hacia la enfermería. Allí se encontraron con dos monjas, una era postulante, como Lil, la otra era la que había acudido a Rós Sean cuando Evelyn tuvo la disentería.

La más mayor se acercó a él y le examinó la herida.

—Habrá que suturar —anunció con contundencia. Luego se alejó para rebuscar en una mesa que había en una esquina de la estancia.

La postulante miró a Sean con detenimiento, como si quisiera decirle algo y no se atreviera.

La hermana Josephine soltó una palabra de fastidio y salió de la enfermería.

—Por favor, tiene que escucharme —empezó a hablar la muchacha—. Sé que usted es el señor

de Rós Sean, y que a lo mejor puede informar de lo que está ocurriendo entre estos muros. Es importante que lo haga y que no me delate. La vida de una mujer está en juego —dijo la postulante sin coger aire y en el tono más bajo que le fue posible utilizar.

Sean abrió mucho los ojos, por un momento se sintió incluso menos mareado.

—¿Una mujer?, ¿dónde está ahora mismo? —inquirió con la certeza de que se trataba de Lil.

Evander posó su mano en el antebrazo de Sean.

—No te preocupes, muchacho, Jane está en ello.

En ese momento, la hermana Josephine entró en la estancia y la postulante se alejó de Sean con la súplica pintada en su rostro.

El tiempo parecía parado en ese momento y a Sean le entraron ganas de gritar muy fuerte; pues mientras a él le estaban cosiendo una herida hecha a propósito para adentrarse en el Iona Nunnery sin levantar sospechas, no podía hacer nada por Lil, y había dejado en manos de una mujer, de la que apenas sabía nada, el acto de salvarla.

—¡Ay! ¡mi pie!, ¡mi pie!, ¡cómo me duele! —exclamó Evander de pronto.

La hermana Josephine frunció el ceño.

—¿Qué le ocurre ahora, señor Hardy? —preguntó con evidente enfado.

—Lo de siempre, hermana, la gota, la gota de nuevo, no sé qué voy a hacer, estoy desesperado con tanto dolor —se quejó Evander en un tono teatral que no tenía credibilidad alguna.

La hermana Josephine soltó un resoplido y se persignó de inmediato.

—Perdónalo, Señor. Y perdóname a mí... —masculló mientras negaba con la cabeza—. Hermana Penélope, atiende al señor Hardy, aplícale aceite de enebro.

Penny se aproximó a Evander y lo ayudó a sentarse en una de las improvisadas camillas.

—Déjeme ver ese pie, señor Hardy —dijo ella ante la mirada atónita de Evander.

—Es que... no creo que sea muy agradable. No sabía que nadie me miraría el pie y...

—No se preocupe.

Evander comenzó a quitarse la bota cuando en un tono apenas audible le pidió a Penélope que se acercara, para decirle al oído:

—Mi hermana Jane está en el convento, está buscando a Lil, perdón, a Isabella. Por favor, ayúdela, sé que mi hija está muy mal y he de sacarla de este lugar. Le prometo que entre el señor MacLeod y yo no dejaremos impune lo ocurrido, pero le pido, por favor, que nos ayude.

Penny cayó en la cuenta de que al entrar a la enfermería no le habían pasado inadvertidos los ojos violáceos de Evander, casi enterrados en carne, aunque todavía hermosos. Claro que ese hombre era el padre de Isabella, no era común aquel color de ojos. Era del todo extraño, pues la muchacha siempre había dicho que provenía de Beaulieu y que se llamaba Buchanan de apellido.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —inquirió de pronto la hermana Josephine, al ver a Evander tan cerca de Penny.

—El señor Evander me decía que le daba mucho apuro quitarse los calcetines, puesto que no se ha lavado los pies, hermana. No quería decirlo en voz alta, por ello me lo ha dicho al oído.

La hermana Josephine dirigió la mirada al calcetín de Evander, bastante viejo y sucio, con un agujero en el dedo gordo del pie, que hacía que le asomara parte de este.

—Aquí estamos acostumbradas a ver cosas peores, señor Hardy, así que no aproveche su gota para acercarse a una mujer joven que pronto se convertirá en sierva del Señor —lo reprendió la monja.

—En ningún momento fue mi intención, hermana —sentenció Evander.

—Bien, espero que así sea. Déjeme ver ese pie. Penny, puedes retirarte —sentenció la monja.

Penny salió de la estancia, sonriente. Si había tenido la suerte de que la hermana Josephine la enviara fuera de la enfermería, ¿sería acaso porque Dios la estaba ayudando a socorrer a Lil?

Jane esperó a que el patio estuviera desierto para internarse en el convento. Había permanecido escondida bajo una manta en el carro. El cuerpo se le había quedado entumecido, eso sí, por el frío. No obstante, consiguió descender de este sin romperse ningún hueso, eso para una mujer de su edad ya era todo un logro.

Se había vestido de negro, como las postulantes. Echó un vistazo en derredor y localizó ropa tendida cerca del huerto. Caminó con sigilo y tiró de varias prendas que le parecieron el atuendo completo de una monja. Con celeridad, se vistió y se observó, divertida.

—Jane Hardy, hasta pareces buena con estas ropas —masculló entre dientes.

No tenía ni idea de dónde podría encontrarse Lil, las monjas debían tener habitaciones, y si estaba tan enferma...

Pensó quizá que podría hallarse en el lugar donde atendían a los enfermos, sin embargo, lo descartó de inmediato, jamás había visto a una monja en aquellas camas. Así que se dedicó a recorrer el convento en silencio. No le fue difícil pasar inadvertida, hasta que alguien la llamó por su nombre.

El corazón se le disparó.

—¡Hermana Jane! —exclamó una joven que la observaba con ¿esperanza?

Jane se volteó y vio a una de las postulantes que solía estar en la enfermería.

—Necesito saber dónde está Lil —dijo de corrido. Si estaba allí era porque, con toda probabilidad, Evander había hablado con ella.

—Venga conmigo —dijo mirando a ambos lados con evidente nerviosismo.

Las dos mujeres se internaron en los pasillos del convento con sigilo.

—Necesito sacarla de aquí cuanto antes —apuntó Jane.

—Permanezca en silencio y camine con la cabeza gacha, vaya detrás de mí —respondió Penny —, y manténgase a distancia, una postulante delante de una monja levantará sospechas.

Jane asintió y se mantuvo a una distancia prudente mientras seguía a la joven. En un momento dado, en un pasillo en el que había puertas muy próximas entre sí a ambos lados de este, la perdió de vista.

La posadera se detuvo, mirando a todas partes, sin saber muy bien qué hacer.

De pronto, el rostro regordete de Penny asomó por una de las puertas.

—Aquí, señora Hardy —indicó.

Jane, al ver que no había nadie cerca, se levantó las faldas y corrió hacia la puerta donde se encontraba la postulante.

Al entrar en la celda de su sobrina se le cayó el mundo al suelo.

Lil tenía el cabello a ambos lados de la cara y lucía opaco. No quedaba ni un atisbo del brillo que le había visto el día que ella fue a la posada, y, en un momento dado, mientras la curaba en una de las habitaciones, se quitó el velo.

En aquel momento le sorprendió recordar la hermosa cabellera de Lilead, idéntica a la de su hija.

Sin embargo, ahora lucía desangelada y pobre. El rostro afilado, con sus hermosos ojos cerrados, cercados por unas horribles ojeras moradas. Los labios agrietados y el cuerpo enjuto, parecía tener solo pellejo y huesos.

—Dios mío —dijo Jane llevándose la mano a la boca.

—Está muy mal, no creen que pase de esta noche —se sinceró Penny—, por ello tienen que sacarla de este lugar ahora mismo.

—Lo haremos, muchacha, para eso estamos aquí, y si podemos contar con tu ayuda, te estaremos eternamente agradecidos —dijo Jane sin poder contener las lágrimas.

De pronto, un revuelo acompañado de gritos masculinos se escuchó, provenía del claustro.

Penny se acercó al ventanuco y miró.

Se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡¡¡Dios mío!!! Son hombres, muchos hombres, y van armados. ¡Que Dios nos asista!

Capítulo 32

Una monja joven entró en la enfermería con la respiración entrecortada y expresión de terror.

—¿Qué ocurre, hermana Mary? —preguntó Josephine, secándose las manos, pues ya había terminado de atender a los dos pacientes.

—Hay hombres en el convento, se encuentran en el claustro y están reuniendo a todas las hermanas allí. Tienen un documento que dice que tenemos que abandonar el convento de inmediato —gimoteó la monja.

Josephine negó con la cabeza. Desde hacía unos meses ya se temía que aquello pudiera ocurrir. La priora había reunido a algunas de las monjas más veteranas y les había explicado la situación.

El Parlamento Escocés había aprobado una ley que rompía con la Iglesia Católica, para en su lugar adoptar la fe protestante. Sabía que otros conventos habían sido ya desmantelados y la priora había dicho que confiaba en que no llegaran a la isla y las dejaran a ellas vivir en paz. Algo que la hermana Josephine vio poco probable. Si bien, no pensaba que fuesen a echarlas del convento tan pronto, además, confiaba en Dios, él las ayudaría a que esos hombres se apiadaran de ellas.

—De acuerdo, enseguida me reúno con las demás —sentenció la monja.

La hermana Mary se retiró de la estancia a paso vivo y Josephine observó a los dos hombres.

—Ya pueden marcharse —anunció antes de salir ella también de la enfermería.

—Vamos a buscar a Lil —soltó Sean, y Evander estuvo de acuerdo.

Ambos pusieron rumbo a las celdas mientras escuchaban cómo el tumulto del claustro se envolvía en gritos y órdenes histriónicas por parte de los intrusos.

Evander caminaba a paso renqueante.

—¡Ya puedes dejar de fingir, hombre de Dios! —gruñó Sean.

—No, MacLeod, es que ahora me duele de verdad.

Sean rodó los ojos. Aunque en cierto modo le hizo gracia, comenzaba a caerle bien aquel hombre al que siempre su padre había tratado como un apestado.

De pronto, vieron pasar a Jane y a Penny, Lil se apoyaba entre las dos, pero parecían tener

serias dificultades para que permaneciera de pie.

Sean comenzó a correr, hasta que llegó a donde se hallaban las tres mujeres.

Tomó en sus brazos a Lil y esta, al verlo, suspiró antes de decir en un tono inaudible:

—Ya estoy en casa...

Sean envolvía a Lil entre sus brazos, pesaba muy poco y no era ni la sombra de la hermosa mujer que él había conocido. ¿Qué demonios le habían hecho?, en cuanto tuviera en frente a su ama de llaves, la despediría sin remordimiento alguno, una mujer que había conspirado con la vicaria del convento para matar a una inocente no tenía cabida en su casa.

Por otra parte, estaba Evelyn y la noticia que le había dado. Cerró los ojos. No, no era el momento de pensar en ella. Tenía que sacar a Lil del convento y llevarla a un lugar seguro.

El griterío de las monjas se escuchaba por doquier y el grupo consiguió alcanzar el patio, donde se encontraba su carro, sin mayor dificultad gracias a Penny.

Evander y Jane se sentaron en el pescante; Sean, Lil y Penny en la caja del carro.

Salieron del convento sin que los dos vigías que permanecían en la puerta se inmutasen, pues querían echar a las monjas de allí, si ellas se marchaban por su propia voluntad, mejor para ellos.

—¿De qué vas vestida, hermana? —inquirió Evander en tono socarrón—, como te vea Ludovic así, se va a asustar.

—Ese hombre no se asusta, te lo digo yo. Y mejor me callo, porque conociéndolo, es capaz de pedirme cada noche que me ponga este hábito para él.

Evander frunció el ceño.

—No me digas esas cosas a mí, mujer. No olvides que eres mi hermana pequeña.

Jane rio y se encogió de hombros.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sean al ver que Evander no se dirigía a Rós Sean.

—A mi casa, MacLeod. También casa de Lil, no olvides que es mi hija —confirmó Evander con decisión.

Sean estuvo a punto de discrepar, sin duda, el mejor lugar para Lil era la hermosa Rós Sean, no obstante, decidió claudicar, ya que allí había personas que podían dañarla.

El carro se detuvo delante de un caserón viejo y humilde. Daba la impresión de que tuvo un pasado bello, pero ya no era el caso. Aquel lugar se caía a trozos.

—¿Estás seguro, Hardy, de que este será un buen sitio para Lil? —preguntó Sean, ceñudo.

—Este es el lugar que la tendría que haber visto nacer. Es su casa, su verdadera casa. Sé que no es gran cosa y se cae de vieja, pero estoy seguro de que ahora, que he recuperado una parte de lo que perdí, haré lo posible porque sea un hogar para ella.

Jane no pudo evitar abrazar a su hermano.

—Me alegro tanto, Evan —soltó sin poder evitar que se le escaparan las lágrimas.

Sean apretó a Lil contra su pecho e, impulsándose, consiguió salir del carro.

—Vamos, MacLeod, entremos —lo instó Evander.

Sean aguantó el aire, esperaba una pocilga inmundada, en cambio, en su lugar halló un salón humilde pero acogedor y un pequeño camastro.

Jane se apresuró a adecentarlo para que Sean pudiera dejar a Lil en él, pero este se negaba a soltarla, ahora que la tenía tan cerca, le ardía el alma por tener que separarse de ella.

—Señor MacLeod, mi sobrina estará mejor en la cama —dijo Jane posando su mano en el hombro del *highlander*.

Penny secundó la moción, así que a Sean no le quedó más remedio que dejarla en el pequeño camastro. Si bien, nadie lo separaría de su lado.

Bien entrada la noche, Sean salió de la casa de Evander Hardy, sintiéndose culpable por ello. Aunque Jane y Penny le habían prometido que la cuidarían, él prefería hacerlo personalmente. Sin embargo, no le quedaba más remedio que partir. No podía permitir que Emma estuviera ni un minuto más en su casa, por otra parte, debía arreglar el asunto con Evelyn, esa misma noche hablaría con ella e intentaría llegar a algún tipo de acuerdo.

Se dirigió a pie a las caballerizas de la posada, donde había dejado a su caballo. El animal relinchó en cuanto lo vio llegar, fue como si lo reprendiera por haberlo dejado solo durante horas en aquel lugar desconocido.

Le acarició la quijada e intentó tranquilizarlo.

Cuando lo logró, se montó en él y puso rumbo a Rós Sean.

No le costó mucho tiempo llegar, era una noche clara de luna llena y no hacía mucho frío.

Cuando arribó a las cuadras, vio que Finlay y Lloyd estaban todavía trabajando en ellas.

Se acercó al mozo de cuadras y le preguntó por su mujer. Finlay era un buen hombre, no se merecía pagar por los deplorables actos de su esposa.

—Finlay, tu mujer ha hecho algo horrible, por ello tengo que prescindir de sus servicios en mi casa —dijo Sean con decisión, ante la mirada atónita de Lloyd.

—¿Y eso por qué?, ¿qué ha hecho esta mujer que sea tan grave?

—Ha conspirado con la vicaria del convento para que Isabella Buchanan muriera.

Finlay palideció.

—Dios mío... —masculló incrédulo, mientras movía la cabeza de un lado al otro.

—Por ello he de actuar en consecuencia. Y quiero que sepas que tú puedes quedarte. No tienes la culpa de lo que ella hizo...

Finlay agachó la cabeza.

—No, mi señor, yo también me iré, es mi esposa, debí estar atento a lo que hacía cuando salía de la casa.

—Si esa es tu voluntad, yo no me opondré; solo quería que supieras que no tengo nada en tu contra.

Finlay asintió y Sean se despidió de él.

Entró en la casa y halló a Emma sentada en la mesa de la cocina desgranando guisantes.

Sean se paró delante de ella con los brazos cruzados y carraspeó.

—¡Oh!, señor. *Lady Evelyn* estaba muy preocupada por usted, la pobre criatura ha penado durante horas por su apresurada marcha —soltó Emma de modo casi teatral.

—Te vi hablar con la vicaria del convento...

La expresión de Emma se quebró, de una sonrisa complaciente se transformó en una mueca de terror.

—Se-señor, puedo explicarlo...

—No quiero que me expliques nada, lo único que deseo ahora mismo es que recojas tus pertenencias y te marches de mi casa —sentenció Sean con determinación.

—¿Y qué dirá su padre si me despide?, soy su empleada más antigua y fiel, él jamás permitiría que me echara por algo que era una necesidad, pues su matrimonio con *lady Evelyn* estaba en juego.

—¿Y a ti qué demonios te importa? Isabella es la mujer que amo, ¿cómo te atreves a conspirar para que se deshagan de ella?

—¡Por esto! —exclamó la mujer sacándose un sobre arrugado del bolsillo del delantal.

—¿Qué demonios haces con eso? Esa carta se la escribí yo a ella...

—No puede dejar a *lady Evelyn*, no lo permitiré.

—¿Y qué vas a hacer?, decírselo a mi padre. Eso lo haré yo, así que no te molestes. Ahora, Emma, recoge tus cosas, no quiero volver a verte en mi casa.

—¿Y a dónde iremos Finlay y yo?, no olvides que siempre hemos estado al servicio de tu familia.

—Si te lo digo con sinceridad, solo por él me apena todo este asunto. A ti te quiero bien lejos, has traicionado mi confianza y eso en el clan se paga con la muerte. Tienes suerte de que yo no sea mi padre. Así que vete y no me repliques más.

Capítulo 33

Evelyn miró horrorizada lo que no quería ver. Estaba sangrando. Cerró los puños y golpeó la pared de piedra de su alcoba hasta hacerse heridas.

Un embarazo era la única baza que tenía para retener a Sean a su lado. Estaba claro que se desharía de ella más pronto que tarde, lo veía en su modo de mirarla, de luchar contra los fantasmas de su interior.

Además, había averiguado algo que la hacía arder en furia. Ya sabía quién era la tal Lil, se había encontrado una carta de puño y letra de su esposo tirada en el suelo de la cocina.

Y lo peor fue enterarse de quién era el supuesto amor de Sean, nada más pensarlo se le revolvía el estómago.

El contenido de la misiva se repetía en su mente una y otra vez, como una letanía macabra, y aquella carta le quemaba en el interior de su corsé. De nuevo la extrajo y la leyó.

Querida Lil:

Me duele el corazón de tener que escribirte estas líneas, pero creo que es lo correcto, después de la noche maravillosa que hemos pasado.

Sé que quieres ingresar en el convento, soy consciente de que, si lo haces, es porque sentiste la llamada de Dios. Y he de decirte que no seré yo quien te corte las alas.

Esta mañana me fui de tu lado, no podía quedarme en Rós Sean, sabía que no me sería posible separarme de ti, y, lo peor, intentaría retenerte. No quiero que pase el tiempo y te arrepientas de estar a mi lado y que no hayas cumplido con tu intención de convertirte en monja.

Quiero que al menos lo intentes, que pruebes esa vida para la que viajaste a mi isla querida. Quiero que valores, que pienses en qué prefieres, si una vida dedicada a tu fe, o una a mi lado.

Yo no soy un hombre muy expresivo, tampoco soy divertido y mucho menos agradable, al menos eso dicen algunos. Pero cuando estoy a tu lado, Isabella, cuando te tengo cerca, soy mucho mejor, me ha bastado una noche para saberlo, para encontrar la gran pieza que completa mi extraño corazón.

Por ello, prefiero marcharme, desaparecer y que tú misma decidas qué hacer. Le he dado instrucciones a mi ama de llaves para que recibas esta misiva en caso de decidir ingresar en el convento. También le he dado otra nota, para que te la dé en cuanto le preguntes por mí. En ella solo he escrito una palabra: «Espérame», aunque si estás leyendo esto, es que tu decisión ha sido otra.

Así que, si ahora la estás leyendo, es que estás a punto de tomar los hábitos para siempre. Sé que es algo controvertido lo que voy a pedirte, pero me gustaría que nos encontremos antes de tus Votos Perpetuos, que podamos mirarnos a los ojos y saber si lo nuestro fue solo una ilusión, o amor verdadero.

Si tú me lo permites, me gustaría pasar el resto de mi vida contigo. Formar una familia y darte mi corazón entero, solo porque me regales cada mañana una sonrisa y un te amo.

No sé qué más decirte, se me quiebran las palabras. No quiero separarme de ti, aunque he de dejar que tú tomes tu camino.

Solo una noche me bastó para saber lo mucho que te amo, Isabella Buchanan.

Siempre tuyo,

Sean MacLeod

Cuando terminó de leerla, ahogó un grito de frustración. Sabía a ciencia cierta de quién se trataba. ¿Cómo no se había dado cuenta?, Isabella, el convento. Esa mujer era una de las monjas que la había cuidado mientras estuvo enferma.

Por eso Sean no apartaba los ojos de ella. En aquel momento pensó que era por la belleza de sus ojos, de un color que tal parecía haber salido del mismísimo infierno, por lo extraño y exótico de este.

Era bella, sí, pero quería ser monja y vivía en un convento. Aquella mujer jamás podría satisfacerlo, solo había que verla, tan entregada a sus labores.

Se preguntaba qué pensaría la priora del Iona Nunnery en caso de descubrir los escarceos de una de sus postulantes. Aunque quizá la echara del convento y eso tampoco le convenía. Arrugó la nota y la tiró a la chimenea.

De súbito, una idea pasó por su cabeza, no, no podía destruir aquella misiva. Le podía servir para extorsionar a Sean. Se preguntó qué pensaría Malcolm MacLeod del asunto. Sí, no debía dejar que se quemara, así que la recogió con cuidado, soplando en uno de los lugares donde había comenzado a arder. Por suerte, no acertó al lanzarla y se había quedado en un costado del hogar.

Extendió el documento en el tocador y lo aplanó, estaba prácticamente intacto. Lo ocultó bajo el último cajón.

Fue entonces cuando una idea se forjó en su mente. No estaba embarazada, la menstruación le había confirmado ese hecho. Aunque eso nadie lo sabía, podía ocultárselo a todos, eso sí, tendría que afanarse en lavar ella misma sus paños. No estaba acostumbrada a ello, aunque tendría que hacerlo. O también cabía otra opción, lanzarlos al mar, ahí nadie sabría que eran suyos.

Unos toques en la puerta la sorprendieron sobremanera.

—Un momento. Emma, ¿eres tú? —inquirió Evelyn mientras se recomponía el cabello, desgreñado por su arrebato colérico.

—No, soy yo, Lloyd, abre la puerta, por favor.

Evelyn sonrió. Quizá ese mequetrefe de Lloyd pudiera arreglar el asunto de su no embarazo...

La joven abrió la puerta y le dedicó su sonrisa más seductora a su amigo.

—Tienes que venir, Emma te necesita —apremió el muchacho.

—¿Qué le ocurre al ama de llaves? —inquirió Evelyn con fastidio, lo que menos le apetecía era tener que encargarse de esos temas en aquel momento, para eso estaba Sean.

—La encontré en el suelo, parece que sufrió un desmayo. Conseguí que volviera en sí y avisé a Finlay. Entre los dos la llevamos a su alcoba y ahora está allí. No para de llorar y me pidió que te avisara, pues tiene algo importante que decirte.

—¿Y dónde demonios está mi esposo? —preguntó, ceñuda.

—No lo sé. Finlay me dijo que partió al amanecer.

Evelyn apretó los puños. Ni siquiera se había dignado a saludarla al llegar la noche anterior.

—De acuerdo, iré a ver qué quiere Emma.

Evelyn se encaminó hacia la habitación que el ama de llaves compartía con su esposo, en el último piso.

Finlay la esperaba en la puerta y le franqueó el paso.

—Déjanos a solas, por favor —ordenó Emma casi en un susurro.

El esposo cerró la puerta y Evelyn la apremió:

—¿Para qué me has llamado, Emma?

—Sean me ha despedido y tú tienes que impedirlo —soltó la mujer con decisión.

Evelyn se sorprendió.

—¿Tú no estabas indispuesta?

—Estoy perfectamente, pero para todos en esta casa, me quedan pocos días de vida —apuntó Emma incorporándose con energía y dedicándole a Evelyn una sonrisa con un deje desafiante.

—¿Y por qué me lo dices a mí?, yo puedo alertar a mi esposo de tu mentira.

—Oh, no, no lo harás. No, si no quieres que le explique a Malcolm que envenenaste a su hijo para que te dejara preñada.

Evelyn tragó saliva.

—¿Harías eso?, ¿acaso prefieres que la monja esa sea la señora de esta casa?, sé que no le tienes mucha simpatía. Te guardaste algo que debías darle, ¿cierto?

Emma apretó los puños, recordó el momento en que le dijo a Lucy que le entregara el sobre que Sean había escrito para Isabella. La nota en la que su señor le pedía que lo esperara la quemó en el hogar. Estaba segura de que aquella maldita mujer lo esperaría.

No la quería en Rós Sean, era la viva imagen de Lilead, y todo lo que viniera de ella lo había desterrado de la vida de Evander.

Se vio a sí misma, repudiada por Evander y teniéndose que conformar con Finlay, al que siempre detestó.

Evander..., nunca había podido olvidarlo y aquella mujer de ojos violeta apareció para recordarle que un día existió en el mundo una persona llamada Lilead.

Estuvo tentada a echar a la hoguera la carta, no obstante, prefirió que se la entregaran a Isabella, ya se encargaría de hacer que Eileen la encontrara y se la arrebatara antes de que terminara el postulante.

De hecho, cumplió con su cometido y se la entregó cuando Isabella fue llevada a aislamiento.

Ahora solo quedaba esperar a que exhalara su último aliento y borrarla para siempre la huella que había dejado la maldita Lilead.

—No tienes con qué probar eso... —dijo Emma quitándole importancia.

—Sean te ha echado como a un perro de esta casa, así que, ¿por qué debería hacerlo cambiar de opinión?

—Porque soy la llave para que permanezcas aquí para siempre, es eso lo que quieres, ¿cierto? —aseguró el ama de llaves.

—Depende de si me ayudas en un asunto algo peliagudo.

—Yo te ayudo y tú me ayudas a mí, ¿en qué consiste?

—Acabo de descubrir que no estoy embarazada y sé que lo estaré muy pronto, solo necesito llevar a buen puerto la farsa, y eso pasa porque alguien lave mis paños, y haga lo posible por proveerme de otros limpios sin que nadie se entere. Además, tendrás que vestirme y ayudarme en mis baños, nadie puede verme desnuda, ¿lo entiendes?

—Ummm, interesante. De acuerdo, puedo hacerlo, mas tú tendrás que conseguir que Sean cambie de opinión. Soy una pobre enferma que necesita el calor de un hogar, ¿qué opinas? —

preguntó Emma con una amplia sonrisa.

—Que tenemos un trato... —sentenció Evelyn.

La joven hubiera preferido llevar aquel asunto en solitario, si bien, tener a Emma de su lado iba a resultarle beneficioso, se ahorraría tener que apañárselas ella sola con el tema de la sangre, que tanto le repugnaba.

—Sí, tenemos un trato, mas no se te ocurra traicionarme o lo lamentarás —añadió Emma antes de meterse en la cama y poner una expresión de dolor infinito.

Capítulo 34

Lil sintió el hermoso tacto de un beso en sus labios y se llenó de dicha. Abrió los ojos y allí estaba él, como un precioso sueño hecho realidad.

—Sean..., mi amor —musitó alzando su débil mano y acariciándole el rostro.

Él recibió aquella caricia como si se la hubiera hecho un ángel.

—Siento que ha pasado tanto tiempo, y nunca dejé de pensar en ti —dijo ella con dificultad.

—Yo tampoco, Lil. Eres mi vida, y no pienso esperar más para estar a tu lado si tú también lo deseas. A menos que quieras seguir dedicándosela a Dios, en cuyo caso, me haré a un lado.

—No, Sean. Dios no está en un lugar donde te dañan, ni tampoco cuando le das la espalda al amor. Además, no habrá Dios que pueda separarme de ti, porque si decide que ha llegado mi hora, si decide que he de morir, te amaré eternamente y te esperaré hasta que llegue la tuya.

—Lil, no digas eso, tu hora no llegará hasta dentro de mucho tiempo; tu padre, tu tía y yo nos encargaremos de ello. De verdad.

—¿Y Rós Sean?, tu casa...

—Rós Sean la llevo muy adentro, mi madre adoraba esa casa y yo he hecho lo mismo durante mucho tiempo, pero creo que puedo vivir sin ella, mas no sin ti.

Lil le dedicó una amplia sonrisa a Sean, estaba tan débil que no podía evitar temer a la amenaza constante de la parca.

El señor de Rós Sean hacía tres horas que había llegado a la casa de Evander, apenas había amanecido y él lo había hecho pasar al que un día fue su despacho, o un intento de este. En realidad, era una pequeña y destartalada biblioteca de los anteriores dueños de la casa. A Evander, cuando era joven, le gustaba pensar que tenía un despacho como el *laird* MacLeod.

Evander le había relatado una triste historia, una en la que le robaban a su bebé, por culpa de nada menos que su padre, Malcolm MacLeod. Saber que forzó a la verdadera madre de Lil le dio ganas de vomitar.

Lo peor de todo es que no sabía qué había sido de ella, de Lilead. Le dijeron que se había quitado la vida y la enterraron fuera de suelo consagrado, ni idea tenía de dónde.

Pero Evander estaba seguro de que aquello era una vil patraña, conocía a Lilead lo suficiente como para saber que era una luchadora y que jamás, por mucho que sufriera, se suicidaría. Lo

sentía en su interior.

Escuchó a aquel hombre sintiéndose un gusano por haber creído a su progenitor cuando le decía que Evander Hardy solo era un borracho malhechor que había intentado acabar con su vida porque lo odiaba.

Evander también le dijo algo que lo hizo retroceder muchos años.

Aquellas palabras se habían quedado impresas en su mente, hasta hallar en ellas un rostro, el de Lil, pero no la Lil que yacía en la cama debatiéndose entre la vida y la muerte. Otra Lil, una muchacha a la que él quería mucho cuando era muy pequeño y que de un día para otro desapareció de su todavía minúscula vida.

Evocó los momentos en que la muchacha le cantaba canciones infantiles y jugaba con él a escondidas de Emma, también recordó a su esposo, un tal Evan, apuesto y de ojos mágicos, porque los tenía de color violeta, y como niño que era, se le escapaban las palabras de admiración.

Ahora ya sabía por qué Lil, su Lil, le había causado tal estado de nerviosismo al conocerla, sus recuerdos reprimidos por tenerlos guardados desde tan corta edad pugnaban por salir a la palestra, para ser libres de una vez.

—Estás muy callado —balbució Lil.

—Tienes tanto de qué hablar con tu padre, preciosa... —soltó él ante la mirada temerosa de Penny, que le había advertido a Sean que no pusiera nerviosa a Isabella.

—Mi padre, dile que venga, por favor, no quiero esperar más si tiene que decirme algo...

Penny negó con la cabeza.

—Enseguida, mi amor, enseguida sabrás toda la verdad sobre tu vida.

Evelyn se dirigió a las caballerizas entre sollozos. Cuando Lloyd la vio, no pudo menos que estrecharla entre sus brazos.

—¿Qué ocurre, mi pequeña *sìthiche* [\[5\]](#)?

—Soy muy desgraciada, Lloyd, no tengo a nadie en esta casa, solo te tengo a ti y he sido una desagradecida contigo —gimoteó Evelyn mientras se colgaba del cuello del muchacho.

Lloyd la recibió en un cálido abrazo que encendía sus más ocultos instintos, mas se contuvo, no podía volver a besarla, se apartaría de nuevo de su lado y no quería, no podría aguantarlo.

—No llores, amiga. Sean es algo tosco, ya lo sabes, pero es un buen hombre y acabará por darse cuenta de la gran mujer que eres —dijo Lloyd para consolarla, aunque cada palabra pronunciada le lacerara el alma.

—No puedo evitarlo, me siento tan sola, tan desdichada...

Lloyd la estrechó con más fuerza y su entrepierna cobró vida, aunque debía contenerse, era la esposa de su señor y él no quería enemistarse con este, aunque supiera a ciencia cierta que él amaba a otra mujer.

—Eres la señora de esta casa, no quiero que te sientas así. Dime si puedo hacer algo para devolverle la sonrisa a tu precioso rostro, y lo haré —soltó arrepintiéndose de inmediato de sus palabras, sin embargo, la amaba tanto que su boca iba por libre, además de su maldita verga.

—Abrázame, por favor, te necesito.

Lloyd ya la estaba abrazando y quería más, mucho más. No, ella solo necesitaba consuelo, debía mantenerse firme.

Se escucharon unos pasos y Evelyn se separó del muchacho como un resorte. Era Finlay, que los observó a ambos con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿me tendrás lista mi yegua para esta tarde? —inquirió Evelyn con disimulada autoridad.

—Sí, *lady* Evelyn, la tendré.

—Por tu bien, espero que así sea —sentenció ella antes de abandonar las caballerizas.

Finlay observó a su señora con recelo, tenía la sensación de que, a sus espaldas, estaba ocurriendo algo que se escapaba a miradas indiscretas. Había sorprendido a la esposa de Sean con ni más ni menos que Lloyd, en actitud algo sospechosa, y luego estaba el otro asunto, el de Emma, por mucho que había pegado el oído a la puerta cerrada para escuchar la conversación entre su esposa y *lady* Evelyn, no había logrado entender nada. Si bien, intuía que algo extraño ocurría, y que Emma tenía mucho que ver en ello.

No era estúpido, era consciente de por qué se casó con él en su día. Por puro despecho. Tantas habían sido las noches que la había escuchado penar por ese miserable de Evander Hardy...

Negó con la cabeza, no tenía ni la menor idea de por qué en ese preciso instante volvía a su cabeza aquel nombre, quizá era culpa de la intuición, que pocas veces solía fallarle.

Capítulo 35

La historia que Evander le contó a Lil la hizo soltar un suspiro de alivio. Toda su vida había sentido un pellizco extraño en su ser. Como si algo oculto en su memoria le golpeara el corazón, le dijera: Lil, te llamas Lil, no Isabella.

Ella misma eligió ese diminutivo para que todos la nombraran. Por mucho que los Buchanan intentaron que respondiera por Isabella, solo lo consiguieron a medias. No se sentía identificada con aquel nombre por muy hermoso que le pareciera.

Cuando aquel día escuchó por accidente la conversación entre sus padres, no daba crédito. No eran sus verdaderos progenitores y ella había nacido en una isla llamada Iona, en un convento de monjas Agustinas.

Todo su mundo, el que conocía desde que recordaba, era el de la familia Buchanan, con sus dos hermanas pequeñas tan parecidas a sus padres, y ella tan distinta, con aquellos ojos hipnóticos e irreales.

Evander Hardy, su verdadero padre. De ojos violáceos como los suyos, con los vestigios de una antigua belleza ya olvidada, con sus manos toscas y estropeadas de tanto trabajar, y la tez arrugada del tiempo penando junto a una botella de *whisky*, sostenía su mano, la mano de los años que les habían robado.

Odió en aquel instante a los Buchanan por arrebatarle a la joven Lilead a su hija, ella misma. ¿Cómo habían sido capaces?, si ellos luego tuvieron hijos, no se habían visto imposibilitados para ello, ¿por qué se la llevaron?, debía descubrirlo, y ello pasaba por volver a Beaulieu, lo haría en cuanto se restableciera, si es que llegaba a hacerlo y no perecía en el intento.

—Me volví loco cuando me enteré de que Lilead se había quitado la vida. Jamás me lo creí, y por poco no me dejan salir de mi encierro. Así que no me quedó más remedio que ser cauto, si no quería que me quitaran la libertad de poder buscarte. Pero todos insistían en que Lilead se suicidó porque tú naciste muerta..., muerta, mi pequeña.

»Así que me hundí en un pozo profundo durante años y años. Bebiendo para soportar el dolor de haber perdido mi vida, porque sí, la había perdido cuando os arrebataron a ambas de mi lado.

—Padre... —musitó Lil entre sollozos.

—Tú nombre es Lil Hardy, que nadie te diga lo contrario, jamás.

Una lágrima escapó de los ojos de Evander.

Sean regresó a Rós Sean mientras padre e hija hablaban. Debía zanjar el tema de Emma. En los últimos tiempos había dejado de lado algunas de sus costumbres, como la de transportar viajeros hacia la isla de Iona. Si caía en la cuenta, estaba seguro de que Lil había sido la última en subir a su bote. De todas formas, no era el único que se ganaba la vida de esa forma y él solo lo hacía cuando necesitaba provisiones del continente, para todos era un intruso, por ello lo apodaban Siorc, pues si él estaba en puerto, nadie trabajaba.

También estaba descuidando el asunto de la construcción de barcos y eso sí era serio. Pues tenía encargos que entregar. Lloyd se ocuparía de ello, estaba seguro, pero solo no podría terminarlos, tan solo era un aprendiz.

Decidió pasarse por el embarcadero, donde se ubicaba su pequeño astillero. Allí halló al muchacho, enfrascado en su faena.

—Lloyd —soltó Sean con su voz profunda y potente.

El chico dio un brinco, asustado.

—Milord, no lo esperaba. Como no estaba en su casa, he venido de nuevo aquí yo solo —soltó Lloyd con cierto aire suavizado de reproche.

—Sí, lo siento de veras, pero he de resolver varios asuntos importantes. He venido a ver cómo iba todo y a preguntarte si conoces a alguien que pueda echarle una mano. En este momento no puedo dedicarles tiempo a los barcos —argumentó con sinceridad.

Lloyd intentó hacer memoria. En la isla no había constructores de barcos, quizá Bruce el Cojo pudiera echarle una mano, aunque no era santo de la devoción de los MacLeod, por razones obvias, pues era uno de los mejores amigos de Evander Hardy.

—Quizá el Cojo pueda ayudarme —soltó Lloyd con una sonrisa tensa, mientras esperaba la reprimenda de su señor.

—Me parece una excelente idea —respondió, para su sorpresa, Sean—. En fin, yo mismo iré a hablar con él.

—Muy bien... —zanjó el muchacho con cierto aire de tristeza en su voz.

Sean apreció que había algo extraño en él, como si se sintiera incómodo en su presencia, es más, daba la impresión de que evitaba sostenerle la mirada.

Estuvo a punto de preguntarle qué ocurría, mas pensó que quizá fueran apreciaciones suyas, y, muy probablemente, Lloyd solo estuviera algo enfurruñado porque lo hubiera dejado solo con todo el trabajo.

Sean se despidió y se dirigió a Rós Sean. Cuando arribó a su destino, sintió un escalofrío, era

como si el mal se hubiera adueñado de su querida casa y ya no veía tan reconfortante el hecho de poner un pie en ella.

Entró en la propiedad y Finlay se le acercó con rostro preocupado.

—Señor, sé que me dijo que Emma tenía que salir de la casa, pero se levantó esta mañana muy enferma y está en cama.

Sean frunció el ceño.

—¿Y no te parece demasiada casualidad?, justo cuando la echo de mi casa, se enferma..., a otro con ese cuento, Finlay. Puede que a ti te engañe, a mí, desde luego, no —espetó Sean con contundencia.

—Señor, por caridad —suplicó el hombre arrodillándose ante él.

—No, por favor, Finlay, levántate. No puedo permitir que Emma siga un momento más en esta casa, pues lo que ha hecho es muy grave.

—¿Tan importante es esa mujer para que prescinda de los servicios de una persona que ha dedicado la vida entera a su familia?, Emma jamás haría algo por perjudicarlo, lo quiere como a un hijo, señor —argumentó Finlay.

—Si me quisiera como dices, hubiera respetado mi voluntad. Además, instigar para que las monjas se deshagan de la mujer que amo es un acto deleznable. De hecho, me he enterado de muchos más hechos graves gracias a Evander Hardy.

El rostro de Finlay palideció, aquel nombre era su talón de Aquiles, ahora entendía su extraño presentimiento.

—Ese desgraciado no tiene ningún tipo de credibilidad. Además, no sé ni cómo puedes escucharlo ni tan siquiera, estuvo a punto de matar a tu padre y casi lo consigue de no haber sido por mí.

—¿Por ti? —inquirió Sean con el ceño fruncido.

—Ese gusano cogió a tu padre a traición, mientras tomaba un baño. Nadie sabe cómo lo hizo, pero se coló en esta casa con un puñal. Encontré al *laird* totalmente desnudo e indefenso con el filo del arma en el cuello. Hardy tenía la mirada del infierno y la maldad habitaba en él.

—Mi padre forzó a su esposa. Luego la mandó a encerrar en un convento contra su voluntad en cuanto se enteró de que estaba encinta y que ella le había confesado a su esposo la agresión. Yo hubiera hecho lo mismo.

—¿Que la forzó?, no te creas eso, muchacho. Malcolm no violó a Lilead, es más, esa mujer pedía a gritos ser poseída por cualquier hombre, era una tentación con piernas y ojos endemoniados —sentenció Finlay con convicción.

De pronto, Sean le propinó un puñetazo que lo tiró al suelo.

Finlay se llevó la mano a la mejilla y al labio del que salía un hilo de sangre, con expresión de no entender a su señor.

—No hables así de la madre de la mujer que amo ante mi presencia. Además, que una mujer sea bella no significa que pida a gritos ser violada, desgraciado. Pensé que eras un buen hombre, y me apenaba que tú te fueras de mi casa a causa de tu esposa, pero ahora veo que tengo delante a un cómplice más de la barbarie que se cometió con los Hardy hace más de treinta años.

—Esa mujer te ha nublado el juicio...

—Mi juicio ha estado demasiados años nublado por la voluntad y los caprichos de mi padre. Ahora soy libre y no voy a desperdiciar mi vida con una mujer por la que no siento nada, rodeado de personas mezquinas que conspiran para alejarme de la mujer que amo. Así que recoged vuestras pertenencias y marchaos de mi casa ahora mismo. No volveré a repetirlo. Esta noche no os quiero aquí —sentenció Sean antes de entrar a la casa por la cocina.

No tardó en toparse con Evelyn, que le suplicó que se apiadara de la pobre Emma, prácticamente al borde de la muerte.

—Ya he dicho mi última palabra, Evelyn, así que no insistas, nada me hará cambiar de opinión —espetó Sean con contundencia.

—Está muy mal, esposo, se ha llevado un disgusto enorme al saberse despedida por ti. Y ya es mayor, frágil, ¿de verdad vas a tener la sangre fría de echarla de esta casa?

Sean apretó los puños...

—Ella ha hecho algo mucho peor con la mujer que amo —anunció Sean sin tapujos, estaba harto de callarse.

Evelyn lo miró con los ojos tan abiertos que tal parecían salirseles de las órbitas.

—¿La mujer que amas?, ¿tienes la indecencia de decirme a mí, tu esposa, que amas a otra?

—Sí, Evelyn, te lo digo porque es la verdad y estoy harto de tener que fingir. Porque no deseo estar casado contigo y quiero romper nuestra unión hoy mismo —sentenció Sean con todo el valor que había reprimido durante semanas.

—¿Y el hijo que esperamos?, ¿qué va a ser de él si me repudias?, ¿es que no te da pena abandonarlo?

—Nunca abandonaré a mi hijo, aunque la forma en que se concibió me parezca aberrante...

—¿Yaces conmigo y luego eres capaz de decir que es aberrante haberlo hecho? —inquirió Evelyn con el ceño fruncido.

—No, mujer. Sé que me envenenaste para anular mi voluntad, ¿o pensabas que no lo sabía?,

¿de verdad me crees tan estúpido para no darme cuenta de que el *whisky* no podía causar semejante efecto en mí? —espetó Sean a escasos milímetros del rostro de Evelyn, que había comenzado a llorar con desconsuelo.

Un atisbo de algarabía en el exterior de la casa, y una voz, la que menos quería escuchar en aquel instante, se coló en sus oídos. Malcolm MacLeod, su padre, estaba en Rós Sean.

Capítulo 36

Malcolm MacLeod tenía la capacidad de aparecer en los momentos menos oportunos, y sin ser avisado. No solía viajar a la isla de Iona desde que su esposa había dejado este mundo, si bien, necesitaba comprobar que todo iba viento en popa en Rós Sean.

La ausencia de noticias por parte de Emma era una buena señal, sin embargo, tanto silencio le resultaba cuando menos perturbador, así que decidió que lo mejor era comprobar por él mismo que su hijo se había adaptado al matrimonio y que podría conservar la esperanza de que algún día lo sustituyera a él como *laird* del clan.

En cuanto puso un pie en Rós Sean supo que algo ocurría, el rostro de Finlay lo decía todo, y cuando se acercó a él con expresión demudada lo confirmó.

—*Laird* MacLeod, tiene que hacer algo, su hijo ha perdido el juicio del todo —dijo el hombre en tono suplicante.

—¿Qué ha hecho ahora este hijo mío?

—Nos ha echado a Emma y a mí como perros. Mi esposa está en cama, enferma, y no ha tenido piedad. Y todo por esa mujer... —masculló Finlay con rabia—. Lo sabe, sabe lo que ocurrió con Lilead y qué hicimos con su hija —confesó el hombre con determinación.

—¿Y cómo se ha enterado? —inquirió Malcolm, ceñudo.

—Ese gusano de Evander Hardy le ha llenado la cabeza de mentiras, y, cegado por el odio, decidió prescindir de nuestros servicios —argumentó a medias el mozo de cuerdas, guardándose para sí el hecho de que su esposa conspirara con la vicaria del convento para que la hija de la antigua sirvienta desapareciera.

—No podía ser de otra manera. Ese desgraciado dará con sus huesos en la cárcel de nuevo, te lo aseguro —espetó Malcolm con rabia—. ¿Dónde está mi hijo?

—Estoy aquí, padre —intervino Sean con decisión.

—Así que osas traicionar a tu clan para aliarte con un maldito borracho que tiene la boca llena de mentiras —soltó Malcolm acercándose a él, desafiante.

—Es curioso que digas que Hardy miente, cuando he visto con mis propios ojos a su hija, esa que diste a tu antigua ama de llaves, porque pensabas que era el fruto del abuso que cometiste con su esposa.

—No sé de qué estás hablando. La hija de esa mujer murió al nacer, y ella se quitó la vida

porque estaba enamorada de mí y yo no la correspondía, fin de la historia.

—Siento decirte, padre, que te equivocas. La hija de Lilead está viva, y se crio en Beaully como una Buchanan. Es hija de Evander, pues tiene sus mismos ojos. Lo que hiciste te salpica ahora en el rostro y yo me avergüenzo de ser tu hijo, de llevar tu misma sangre. Así que, a partir de hoy, me considero desterrado del clan y de tu vida —sentenció Sean con el aplomo suficiente como para dejar a su padre callado.

Pero Malcolm nunca se rendía sin luchar. No se esperaba aquel recibimiento y tenía que pensar. Si Sean creía que se iba a salir con la suya, estaba equivocado.

Él nunca perdía.

De pronto, Evelyn se aproximó a Malcolm y se apresuró a abrazar a su suegro.

—*Laird MacLeod*, tiene que ayudarme, mi marido me ha repudiado y llevo dentro de mí a su hijo, fruto de la consumación de nuestro matrimonio —soltó entre sollozos que a Sean le parecieron de lo más teatrales.

—Oh, muchacha. No hay duda de que este hijo mío no está en condiciones de tomar ninguna decisión. —De súbito, se dirigió a uno de los hombres que lo acompañaban y le hizo un gesto que Sean supo identificar muy bien. Luego añadió—: apresadlo, necesita la ayuda de su familia y la tendrá. No te preocupes, Evelyn.

Dos hombres se aproximaron a Sean, que, desarmado, no tenía mucho que hacer frente al grupo de guerreros que seguirían a aquellos dos fieros esbirros de su padre.

Con sus puños desnudos se defendió como pudo, y, por suerte, era un hombre fuerte que había sido preparado para la batalla, ello le dio la suficiente ventaja como para deshacerse de uno de los soldados de su padre, y correr a las caballerizas para subirse a su caballo y abandonar Rós Sean mientras el sonido de las saetas lo seguía.

El corazón le iba a toda velocidad. Su padre había venido andando desde el cercano embarcadero y sus hombres también. Además, no había suficientes caballos para todos, así que, como máximo, lo podrían seguir cuatro o cinco.

No tardó en percatarse de que le pisaban los talones y tuvo que pedirle a su caballo que galopara más veloz, mucho más veloz. Sin embargo, la buena fortuna no estaba ese día de su lado, y una de las patas del animal fue alcanzada por una flecha.

El equino cayó al suelo y Sean con él, golpeándose la cabeza en el estrepitoso accidente. Su último pensamiento fue para Lil, antes de internarse en un mundo de tinieblas.

Lil se sentía mejor. Recuperaba fuerzas a pasos agigantados con los cuidados de Jane y Penny, que se había hecho a la idea de que sus días en el convento habían terminado, para su suerte.

La mayoría de las hermanas habían abandonado la isla, quién sabe con qué destino. El convento había quedado dismantelado y clausurado, al igual que la abadía.

En el lugar, ahora desierto, se respiraban ecos de pasado sufrimiento.

Las dos amigas estaban preocupadas por la suerte que habría corrido Franny, posiblemente se hubiera ido en los barcos con las hermanas, o permaneciera refugiada en casa de algún amigo o pariente.

Algunos de los clérigos, los que podrían suponer una amenaza, sobre todo, fueron llevados contra su voluntad al barco que trajo a la isla a aquellos hombres de diferentes clanes y un mismo propósito, expulsar de raíz el catolicismo de Iona, como estaba ocurriendo en toda Escocia.

Con las mujeres fueron menos radicales, las dejaron a su suerte, a la espera de que alguien se dignara a echarles una mano. Fueron los isleños los que lo hicieron. Al menos, esas eran las noticias que trajo Jane, quien se había enterado en la posada.

Lil tenía otra preocupación, y un palpito que no la dejaba respirar tranquila. En el hogar de Evander Hardy se sentía a salvo, así que no tenía la menor idea de por qué se encontraba tan inquieta desde hacía unas horas. Quizá, el hecho de que Sean no la hubiera visitado todavía aquel día tuviera algo que ver.

Él pasaba todo el tiempo que podía a su lado, aunque fuera contemplándola. Antes de partir le dijo que iba a poner en orden todo lo que estaba del revés en su vida, y luego volvería para nunca más separarse de ella. Posiblemente se había encontrado con problemas, y pronto acariciaría su mano y la besaría en los labios.

Tenía tantas ganas de que aquello ocurriera...

Pero las horas pasaban y Sean no aparecía. Lil comenzó a preocuparse de verdad y le pidió a su padre que averiguara si él estaba bien.

Evander, que también se sentía intranquilo por la tardanza de Sean, asintió y, antes de partir hacia Rós Sean, le dio un beso a Lil en la mejilla.

—No te preocupes, mi pequeña, traeré a tu enamorado de vuelta. —Y le dedicó una enorme sonrisa.

Por algún motivo que desconocía, Lil sintió que aquella era la última vez que veía a su padre.

Capítulo 37

Sean abrió los ojos, estaba en un lugar lúgubre, en el que un olor a sangre corrompida llegaba a sus fosas nasales con astucia. Se encontraba sobre un sucio camastro y en medio de la estancia había dos cadenas con sendos grilletes que colgaban del techo. Miró en derredor e intentó incorporarse. Tenía un dolor horrible en la cabeza y en uno de sus brazos.

Se sentó en el catre e intentó valorar si estaba completo, pues todo el cuerpo lo sentía como entumecido.

Soltó un suspiro al percatarse de que sus golpes no eran tan graves como para no levantarse. Recordó su última visión, mientras su caballo soltaba un relincho y se desplomaba en el suelo, y él salía disparado, sin poder controlar su propio cuerpo, hasta que un fuerte impacto desdibujó todo su mundo.

Lo seguían, querían atraparlo los hombres de su padre, y, al parecer, lo habían conseguido.

—¡¡¡Padre!!! —gritó Sean con toda la rabia que pudo reunir mientras golpeaba el portón de gruesa madera.

Como respuesta, los chirridos de las ratas, que parecían ser las dueñas de aquel inmundo lugar.

Volvió a llamar a su progenitor, cada vez con más fuerza, mas fue inútil, nadie acudió en su ayuda.

Sean estaba encerrado, y Malcolm MacLeod era el culpable. Tendría que haber previsto que aquello podría ocurrir. Debía salir de allí a como diera lugar, sabía que su padre no se quedaría quieto, que iría a buscar a Lil y quién sabe qué le haría.

Henchido de ira, descargó varios puñetazos en el portón, aunque lo único que consiguió fue hacerse sangre en los nudillos.

Intentó trepar hasta el ventanuco enrejado, que parecía observarlo desde arriba, inmunizado por toda la barbarie que habría visto antes, pues el inconfundible aroma a sufrimiento así lo delataba.

Cuando lo consiguió, el corazón le dio un vuelco. Estaba en el convento, en una de las celdas de aislamiento. Descendió por el muro de piedra y, una vez en el suelo, se llevó las manos a la nuca. En su mente, la imagen de Lil colgada de aquellas cadenas, de los latigazos y el posterior abandono. Una lágrima furtiva escapó de sus ojos cuando imaginó a los roedores alimentándose de sus heridas.

—¡Maldita sea! —exclamó.

El sonido de la puerta al abrirse lo sorprendió.

—¡¡Vas a tener que darme muchas explicaciones, padre!! —bramó mientras acometía contra la entrada, pero lo único que consiguió fue que una frágil muchacha vestida de postulante cayera dando con sus posaderas en el suelo.

—Señor, tiene que apresurarse, ha de venir conmigo, yo le ayudaré a salir de aquí —dijo la joven mientras se levantaba con facilidad y miraba a todas partes, nerviosa.

—¿Quién eres?, ¿y por qué me ayudas? —inquirió Sean mientras seguía a la hermana.

—Me llamo Franny, y soy amiga de Lil. Estoy oculta en el convento con un grupo de hermanas y la vicaria, por ella me he enterado de todo, siempre me dijeron que escuchar las conversaciones ajenas era de mala educación, mas creo que, si es para un bien, no puede hacer ningún mal, ¿cierto? —argumentó la muchacha.

—Sí, muy cierto, ¿y qué fue lo que escuchaste? —preguntó Sean mientras Franny le pedía que la ayudara a mover una alacena.

—Un grupo de hombres se coló en el convento pensando que estaba abandonado y lo metieron a usted en la celda de aislamiento, la misma donde estuvo Lil, y donde casi pierde la vida. Uno de ellos se topó con nosotras y nos apresó, pero cuando su padre, imagino que lo es, porque él habló de que el prisionero que había encerrado era su hijo Sean MacLeod. Eso..., cuando su padre vio a la vicaria, mandó de inmediato que sus hombres nos soltaran y se reunió con ella.

—¿Y cómo conseguiste despistarlos?

—Pedí permiso para tratar un asunto urgente de mujeres, y esos hombres me miraron con cara de asco y me dijeron que me marchara. Al parecer, pensaron que alguien como yo sería inofensiva.

»Trataba de escapar cuando pasé por el antiguo despacho de la priora y lo escuché todo.

»Dese prisa y empiece a bajar o nos verán —dijo Franny mientras aguardaba a Sean sosteniendo una antorcha encendida—, hay hombres de su padre por todo el convento, he aprovechado que ahora están entretenidos bebiendo demasiado...

Sean rodó los ojos, no parecían estar tomando muchas precauciones, su padre sentía que él sería incapaz de escaparse de aquella celda, y sí, sin ayuda hubiera sido prácticamente imposible, la verdad.

—¿A dónde conducen estas escaleras? —inquirió Sean, ceñudo.

—A unos pasadizos un poco complicados, aunque todos llevan a cuevas cercanas al mar, así que confiemos en tomar el camino correcto, pues no sé cómo encontraremos la marea cuando salgamos, ni si tendremos la suerte de hallar rocas para poder alcanzar tierra de nuevo.

—Creo que ya sé a dónde va a parar —soltó Sean con una sonrisa ladina. Había localizado aquella oquedad muy cerca de su astillero, y siempre se preguntó a dónde conduciría, más nunca se había aventurado para comprobarlo.

—Yo no lo sé, la hermana vicaria dijo que ni se nos ocurriera adentrarnos en los pasillos, que acabaríamos por perdernos y morir en el intento, y también nos contó eso de que había múltiples salidas al mar.

—Lo pongo en duda, yo diría que solo hay una y sé dónde está exactamente. —En su mente comenzó a trazar el recorrido por la superficie y se hizo una especie de mapa mental, se le daban bien esas cosas.

La joven se encogió de hombros y continuó bajando peldaños hasta que llegaron al angosto pasillo.

Un sonido de rompeolas cercano se colaba en los oídos de ambos.

—Da un poco de miedo. ¿Sabe? Algunas nos refugiamos en este lugar cuando los protestantes pretendían echarnos del convento. Estuvimos horas aquí, ocultas. Hasta que la vicaria decidió que comprobáramos si podíamos volver a nuestro hogar.

Sean asintió con la cabeza, no le interesaba en absoluto lo ocurrido con las monjas, solo quería salir de aquel lugar y acudir junto a Lil.

—Dame la antorcha, muchacha. Yo te guiaré —dijo él con determinación. Franny obedeció sin rechistar—, ahora sigue contándome lo de la conversación entre mi padre y la vicaria.

Capítulo 38

Furia... Sean halló la salida que daba a sus astilleros, tal y como había previsto. Pero lo que le relató la postulante lo hizo arder en llamas feroces que no lo dejaban pensar con claridad.

En su mente solo había una palabra: «venganza». Franny intentó disuadirlo de volver al convento, mas no pudo conseguir que le hiciera caso. En cuanto ambos lograron abandonar el túnel, Sean le comunicó a Franny sus intenciones.

—Ve con Lil y dile que estoy bien, que he de arreglar varios asuntos antes de volver a su lado —anunció con decisión.

—Milord, son muchos y usted ni tan siquiera tiene un arma para defenderse —respondió la joven, preocupada.

—Lo que me acabas de contar es muy grave, solo de pensar en ello me llevan los demonios —espetó Sean.

—Ya no hay remedio para ello, ocurrió hace muchos años. Trate de mirar hacia adelante, si lo matan, Lil se morirá de tristeza —dijo la muchacha con un deje de pesar.

—No me ocurrirá nada, solo arreglaré cuentas con mi padre. Ahora tengo ventaja, ellos pensarán que me he escapado, hay que ser muy estúpido para volver al lugar donde lo quieren matar a uno —aseguró Sean.

Franny rodó los ojos y se encogió de hombros.

—Entonces, ¿por qué quiere volver?

—Porque habrán bajado la guardia, pensarán que hui —sentenció Sean.

Franny no lo tenía tan claro, no obstante, se limitó a obedecer a Sean y a dirigirse a la casa de Evander Hardy, según las indicaciones que le dio el *highlander* para ello antes de internarse de nuevo en el túnel.

Evander se dirigió a la propiedad de Sean con la intención de comprobar que a este no le había ocurrido nada malo. Cuando arribó a la propiedad, fue increpado por Finlay, un antiguo amigo de

su niñez que había sido una especie de cómplice de Malcolm MacLeod por puro despecho.

Se había reprochado en innumerables ocasiones el haber sido tan estúpido para no ver que Emma estaba enamorada de él. De haberlo sabido, jamás hubiera dado crédito a sus palabras mezquinas en contra de Lilead.

A su mente acudió el momento en que prácticamente la repudió, jamás podría terminar de perdonárselo:

—¡¡¡Lilead, Lilead!!! —gritó Evander cuando entró en la humilde casa que compartía con su esposa.

Lilead acudió alertada por los gritos de su marido, temiéndose lo peor.

—Estoy aquí, Evan —dijo mientras caminaba hacia él cabizbaja.

—¡¡¡Dime que no es verdad!!!, que el hijo que esperas es mío y no del laird MacLeod —bramó Evander conducido por la traición.

—Me gustaría decirte que es tuyo, porque así lo siento, Evan..., pero... —dijo ella entre gimoteos, e intentando enmarcar el rostro de su esposo.

—No... No puede ser verdad. No has podido entregarte a ese energúmeno, es imposible, imposible —intervino Evander apartándose de Lilead.

—Déjame que te lo explique, necesito que me escuches, te amo, Evan, solo a ti —confesó ella mientras se desgarraba por dentro.

—Pero has sido capaz de yacer con otro. ¿Qué buscabas?, ¿poder?, ¿acaso pensabas que dejaría a lady Mary por ti, una simple sirvienta?

—No, Evander, no entiendes nada, yo no me entregué al laird MacLeod, jamás lo haría por mi propia voluntad, ¿me entiendes?, ese hombre me repugna, no es más que un vil gusano que me forzó, ¿me oyes?, me forzó y luego me amenazó.

Evander abrió mucho los ojos. El veneno de Emma todavía corría por sus venas, pero conocía a Lilead y sabía que no mentía. Así que se deshizo de aquellos pensamientos devastadores y la atrajo hacia sí. Ambos se fundieron en un abrazo desesperado.

—Sé que este hijo solo puede ser fruto del amor, es nuestro, estoy segura de que ese malnacido no me ha preñado, lo siento en mi interior, siento que llevo algo nuestro, hermoso y limpio.

»Además, anoche soñé que teníamos una preciosa niñita de ojos violetas, como los tuyos. Y le pusimos de nombre Lil, como siempre me llama el pequeño Sean.

—Te amo, Lilead, te amo más que a mi propia vida. Por ello no puedo dejar impune lo ocurrido. Ese bastardo de Malcolm MacLeod tiene que pagar por lo que te hizo, y lo hará, te lo

aseguro.

Fueron las últimas palabras que Evander le dijo a Lilead, y la última vez que la vio con vida.

—Sabandija, no sabes las ganas que he tenido siempre de acabar contigo con mis propias manos —soltó Finlay con inquina, mientras apuntaba a Evander con el filo de una espada.

Evander volvió a la realidad, por un momento se había quedado inmerso en sus recuerdos y ello le había pasado factura. Finlay había aprovechado su confusión para cobrarse sus deudas.

—No quiero pelear, Finlay, tan solo quiero saber si se encuentra en casa el señor Sean MacLeod —replicó Evander con aplomo.

—No, no está en Rós Sean, pero quizá pueda llevarte ante él, así que camina, no pierdas tiempo —espetó Finlay con inquina.

A Evander no le quedó otro remedio que obedecer, desarmado y vulnerable, pues el paso del tiempo pesaba y se había cebado con él.

Mientras caminaba, Evander se percató de a dónde lo conducía Finlay, ni más ni menos que al convento dismantelado de Iona. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y sin importarle que su enemigo lo escuchara, comenzó a rezar.

Capítulo 39

La preocupación de Lil se incrementaba por momentos. Sean no había regresado y de Evander no había ni rastro. Unos golpes en la puerta la hicieron dar un respingo.

—Serán ellos —le dijo a Jane, y se apresuró a levantarse. Esta negó con la cabeza y se dirigió ella misma a la puerta.

El frío se coló en la estancia, estaba anocheciendo y Franny entró como una exhalación a la casa.

—Isabella, Isabella, estás bien —gimoteó mientras se aproximaba a ella para darle un abrazo.

—Cuidado, niña, todavía está muy débil, no la aprietes al abrazarla —soltó Jane con el ceño fruncido, mientras Penny la miraba divertida.

—Franny, pensé que te habrías marchado de la isla —dijo Lil tomando a su amiga de las manos e instándola a que se sentara.

—Cuando aquellos desaprensivos nos echaron, me refugié con algunas hermanas en los sótanos, y conseguimos que nos dejaran en paz. Hemos permanecido en el convento, haciendo vida en el comedor y poniendo especial cuidado en no ser descubiertas, hasta que han venido los hombres del *laird* MacLeod y nos han apresado.

—¿El padre de Sean está en Iona? —preguntó Lil con sorpresa.

—Sí, y encerró a su hijo en la celda de aislamiento, la misma en la que te tuvieron a ti. Por suerte, lo escuché hablar con la vicaria y yo misma lo liberé.

—Oh, gracias, Franny. Y ahora, ¿dónde está él? —preguntó Isabella.

—Me ha dicho que permanezcas tranquila, que te ama y que volverá a tu lado —soltó Franny de corrido.

Lil ladeó la cabeza.

—¿Por qué tengo la impresión de que me estás ocultando algo? —inquirió con firmeza.

Franny cerró los ojos y suspiró.

—Me hizo prometer que no te diría nada, pero no quiero mentirte. Mentir está mal, ¿cierto? —soltó la muchacha jugueteando con sus manos algo temblorosas.

—¿Dónde está? —interrogó Lil con contundencia.

—En el convento, volvió para enfrentarse con su padre.

Lil negó con la cabeza.

—No puede hacerlo, algo me dice que es una malísima idea, después de saber lo que le hizo a mi madre, no... He de ir a buscar a Sean.

—¿Te has vuelto loca, muchacha? —preguntó Jane, brazos en jarra y mirada inquisidora.

—Puede, tía Jane, pero no pienso dejar a Sean solo. Además, mi padre hace horas que se fue también. Tengo que encontrarlo, necesito a ambos en mi vida; ahora que los he recuperado, no quiero separarme de ellos, y haré lo que sea para traerlos de vuelta —sentenció Lil—, la pregunta es, ¿me ayudaréis? —dijo dirigiéndose a las tres mujeres.

Todas asintieron, les parecía una idea pésima, aunque acabaron por claudicar, pues, ¿qué hay más bonito que la unión entre pequeñas personas para derrotar a los más grandes?

Veinte minutos después, las cuatro mujeres se subieron al carro de los Hardy. Jane, en el pescante, llevaba las riendas, a su lado iba sentada Penny. Lil y Franny se instalaron en la caja.

Lil tenía un mal presentimiento desde que había visto salir a Evander de la casa, se llevó la mano al corazón como si así pudiera amortiguar los fuertes latidos de este.

Rezó en silencio, sin saber que su padre había hecho lo mismo tan solo un rato antes.

Malcolm descubrió que su hijo había conseguido escapar e interrogó a las monjas, amenazándolas con encerrarlas en la misma celda, para que las ratas acabaran con ellas.

El grupo formado por postulantes y monjas consagradas tembló de miedo. La hermana vicaria comandaba aquel compendio de mujeres temerosas, mas parecía mantener la calma. La hermana Josephine trataba de tranquilizar a las demás, y era la única que se atrevía a replicarles a los hombres del *laird* MacLeod.

—No tiene derecho a mantenernos cautivas —soltó Josephine con determinación.

—Y vosotras tampoco lo tenéis a estar aquí. Os han echado del convento. Así que tenéis muy poco sentido entre estos muros... —soltó Malcolm con aire de suficiencia—. Además, ¿quién ha dicho que sois mis cautivas?, vosotras podréis marcharos en cuanto me digáis dónde está mi hijo y quién ha sido la desgraciada que lo ha ayudado a escapar.

Las monjas se miraron entre sí, preocupadas.

—Quizá haya sido uno de sus hombres, milord, así que deje de acusar a las hermanas. Ellas

jamás obrarían de semejante modo.

De súbito, en el comedor del convento, donde se hallaban, entró Evander seguido de Finlay.

—Mire a quién le traigo, *laird*. Tuvo la osadía de presentarse en Rós Sean buscando problemas de nuevo —escupió Finlay con inquina mientras empujaba a Evander y lo hacía caer de bruces.

—Dios mío, ni más ni menos que Evander Hardy en persona. Tanto tiempo escondiéndote de mí, gusano, y ahora te tengo a mis pies —soltó Malcolm mirando a su antiguo contrincante con desprecio.

—Jamás estaré a tus pies, desgraciado. Y hasta el último hálito de vida te reprocharé la muerte de Lilead y la desaparición de mi hija —espetó Evander desde el suelo.

Finlay le propinó una patada en el estómago y el hombre se retorció de dolor. Mas no hizo que se rindiera.

—Parece que sí, que alguien desobedeció mis órdenes, matar a esa bastarda. Pero resulta que ahora anda dándome problemas, así que no me quedará otra opción que poner remedio al asunto. Comprenderás que la sangre de dos hermanos no puede mezclarse, ¿cierto? —inquirió Malcolm cruzándose de brazos.

—Lil no es hija tuya, sino mía. Solo hay que verla para darse cuenta de que no corre ni una pizca de sangre podrida MacLeod por sus venas —sentenció Evander, y Malcolm lo pateó con rabia él mismo, haciendo que la nariz de este crujiere y comenzara a sangrar profusamente.

—Por favor, esta es la casa del Señor, no pueden pelear aquí, no es correcto —intervino la vicaria.

—¡Tú cállate, todo esto es culpa tuya, dejaste vivir a la criatura y ahora nos vemos en todo este lío! ¡Debería matarte por ello! —bramó el *laird*.

—No pude hacerlo, no fui capaz de dejarla morir, por ello la entregamos a los Buchanan, con el fin de salvarle la vida.

Un suspiro se hizo presente a las espaldas del *laird*, que se volteó con rapidez y en guardia. Tras él, cuatro mujeres que no estaban antes en aquel comedor. Una de ellas, la viva estampa de un ente salido del infierno, tan parecida a ella que pensó que se le pararía el corazón.

El pasado lo golpeaba con contundencia poniéndole ante sí la reencarnación de Lilead.

Capítulo 40

Lil apretó los puños. Toda la debilidad de su convalecencia se disipó al escuchar las palabras del laird MacLeod. Que aquel hombre hubiese mandado matar a un bebé indefenso le revolvió la tripa.

Por otra parte, hubo algo que la hizo sentir alivio, y fue el hecho de que sus padres adoptivos, los Buchanan, se la hubieran llevado de la isla para salvarle la vida, y no por puro egoísmo, como creía desde que se enteró de lo ocurrido.

Comprendía que una pareja que sí podía tener hijos se hubiera apiadado de ella. Lo que le costaba encajar era por qué la habían arrancado de los brazos de su madre.

El *laird* MacLeod la miró con algo parecido al temor, pero que se disfrazaba de desafío y arrogancia.

—He aquí el asesino de mi madre, y el hombre que trazó mi camino. Si bien no le salió bien el plan, pues estoy viva y ahora sé toda la verdad —soltó Lil con determinación.

Malcolm MacLeod se acercó a ella y la rodeó caminando con lentitud, como si fuera una fiera a punto de abalanzarse sobre su presa.

—¿A quién tengo el gusto de conocer? —preguntó él con cierto aire burlón.

—Soy Lil Hardy, Isabella Buchanan gracias a usted, milord, y a la providencia que quiso que hoy estuviera aquí diciéndole a la cara que es usted un malnacido —espetó Lil con el mentón alzado.

Unas estridentes carcajadas estallaron en la sala y Evander intentó levantarse del suelo, mientras apretaba sus débiles puños.

—¡Maldito bastardo! —exclamó el hombre.

—Yo no maté a Lilead, no lo hice porque la amaba más que a mi propia vida —confesó Malcolm para sorpresa de todos.

—No se daña a quien se ama, desgraciado —soltó Evander ya en pie, pero tambaleante.

Lil sostuvo a su padre, ambos se apoyaron el uno en el otro.

—Forzaste a mi esposa, la hiciste tuya contra su voluntad y luego ordenaste que la encerraran en el convento para que mataran a la criatura que llevaba en el vientre nada más nacer.

—Nadie podía saber..., yo no quería..., ya no importa, ha pasado mucho tiempo —balbució el *laird*, para sorpresa de todos.

—El tiempo no siempre cura las heridas del pasado, padre. Y tú has causado demasiadas —intervino de pronto Sean, que se adentró en la estancia por sorpresa después de llevar un rato, oculto, aguardando el momento idóneo.

Recorrió la estancia seguido por todos los pares de ojos de los allí presentes, hasta posicionarse junto a Lil. Ella le dedicó una cálida sonrisa.

—Tienes razón, hijo mío. En el pasado hice cosas de las que me arrepiento, hechos vergonzosos. Mas llevo en mi ser la carga del remordimiento que me golpea con saña todos los días desde aquella fatídica noche, desde la noche en que Lilead murió.

»Yo era un joven pretencioso, aunque a tan temprana edad ya tuviera sobre mis hombros el peso de un clan. Estaba casado y tenía a mi primer hijo y otro en camino.

»Mary era una buena esposa, también una excelente madre. Aunque jamás llegué a amarla, mi padre arregló el matrimonio porque había perdido Rós Sean una noche de borrachera en la que se la apostó.

»Se aseguró recuperar las tierras y la propiedad con aquella unión que a ambos nos hizo infelices desde un principio.

»Yo nunca fui un hombre violento, jamás. Tampoco tendía a violentar a las mujeres, las respetaba más que a mi propia vida. Hasta que Lilead comenzó a trabajar en Rós Sean y me volví completamente loco por ella.

»La adoraba, hubiera besado el suelo por donde ella pisaba, de no haber estado casado con Mary, estoy seguro de que ella habría sido mi señora. Y de no estarlo ella, la hubiera convertido en mi amante. Pero estaba casada, lo estaba contigo, Evander Hardy.

»Me pregunté un millón de veces por qué ella se había fijado en ti, un tosco jornalero sin posición alguna. Te observé con detenimiento. Y, sí, eras un hombre apuesto, quizá más que yo, si bien, yo era el *laird* del clan MacLeod, podía tener todo lo que estuviera bajo mis dominios, y la quería a ella, quería a Lilead, así que me propuse conquistarla, ya vería luego cómo resolvería el asunto de Mary y los niños.

»Colmé a Lilead de atenciones, le dije al ama de llaves que fuera benévola con ella y le encargara las tareas más limpias. Incluso hice lo posible, aunque no lo conseguí, para que se encargara de ti, Sean, que solo eras un niño y la adorabas. No obstante, siempre encontré una piedra en mi camino, una piedra fuerte de ojos violeta. Y Lilead solo lo miraba a él, a ti, maldito Hardy.

»Así que un día decidí tomar lo que era mío, estaba cansado de los remilgos y los rechazos de Lilead. Sabía que podría domarla, al igual que hacía con las yeguas salvajes, hasta montarla, hasta volverla dócil.

—Pero no pudiste, malnacido, Lilead no se dejaba doblegar, y su amor por mí era infinito, ¿me oyes?, infinito —escupió Evander dando un paso adelante.

—Oh, sí lo conseguí, Evander. Ella se resistió durante unos minutos, hasta que se percató de que no le quedaba otro remedio que dejarse hacer.

Las lágrimas se hicieron presentes en los ojos de Lil, no daba crédito a las palabras de aquel desgraciado.

—Quizá pudiste tener su cuerpo, mas nunca su alma ni su corazón. Esos le pertenecían a ella misma y me los entregó a mí de mutuo acuerdo. A mí, sí, Malcolm MacLeod. Ni tu apellido, ni todo tu poder te dieron el amor de mi Lilead, y morirás penando con esa espina clavada.

Malcolm observó a Evander como si se tratara de un insecto que pudiera aplastar con facilidad.

—Puede ser..., aunque he de decirte, gusano, que fui yo quien ganó la batalla, pues te la arrebaté y, ¿sabes qué?, lo haría de nuevo.

Evander, a quien Lil sostenía cada vez con más dificultad, se abalanzó sobre su rival con las manos desnudas. Malcolm, pillado por sorpresa, cayó al suelo dándose un fuerte golpe en la espalda.

Ambos se enzarzaron en una reyerta de puños desnudos y rabia contenida. Mientras se destrozaban el rostro el uno al otro, se dedicaban improperios y reproches.

Pronto la superioridad del *laird* se hizo evidente y, Evander, inmovilizado bocarriba, poco podía hacer ante el puñal que Malcolm se sacó de alguna parte de su atuendo.

—Me equivoqué, ¿sabes, Hardy?, tendría que haberte matado a ti en lugar de hacerlo con Lilead. Si vieras cómo suplicaba aquella noche para que no le hiciera nada, incluso me ofreció su cuerpo a cambio de que le devolviera a su hija y te dejara a ti en paz. Te amaba de verdad, te amaba de verdad y tú no te la merecías.

—¡¡¡Malnacido!!! —bramó Evander con la piel roja y expresión de estar a punto de reventar.

De súbito, Hardy comenzó a debilitarse, hasta quedarse lánguido, casi sin vida.

—¡Padre! —exclamó Lil agachándose junto a Evander, al que Malcolm había soltado hacía escasos segundos con expresión de triunfo.

Sean también se afanó en atender a Evander, mientras le dedicaba a su padre una mirada de profundo desprecio.

—Sean, ¿qué demonios haces?, has de volver a Rós Sean, ¿o es que acaso incumplirás tu propio trato? —sentenció Malcolm con la sonrisa del ganador.

—Ningún muro de piedra podrá reemplazar el amor que siento por la mujer que un día tú

mandaste matar, cuando ni siquiera podía defenderse, malnacido.

»Ve, vende Rós Sean, y haz una fiesta para celebrar tu triunfo, yo la haré para regocijarme por haberme librado de ti para siempre. No quiero ser el hijo de un asesino de sangre tan fría.

Malcolm se aproximó a su vástago con una expresión de ira que no contenía muy bien, pues la liberaba por todos sus poros.

—Yo. No. Maté. A. Lilead. Espero que te grabes a fuego en esa cabeza perdida que tienes estas palabras —espetó iracundo.

—No te creo, además, tú mandaste a matar a Lil, sea como sea, no dejas de ser un ser de sangre fría al que no quiero a mi lado —sentenció el hijo con decisión.

Sean se dispuso a ayudar a Evander, que, magullado y golpeado, apenas se tenía en pie.

Lil se quedó mirando a Malcolm por unos segundos.

—Espero que alguien se apiade de usted el día que muera, porque estoy segura de que tanta maldad no tendrá cabida allí donde van las buenas personas.

El *laird* le dedicó una sonrisa de suficiencia a Isabella, y cuando esta se volteó, se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre, para no arrodillarse y pedirle perdón.

Capítulo 41

Sean y Jane ayudaron a entrar a casa a Evander. Penny se afanó a atender a los dos hombres, pues Sean también había sufrido un buen golpe al caer del caballo.

Lil ya no sentía la necesidad de estar en la cama, una especie de fuerza desconocida parecía haberle insuflado vida, y se sentía fuerte.

Quizá conocer la verdad sobre su existencia había obrado el milagro, o puede que fuera el hecho de tener al hombre que amaba tan cerca.

Evander fue acomodado en una de las viejas habitaciones que Jane y Franny adecentaron para poder ser utilizada.

La casa era muy humilde, pero también bastante grande, con habitaciones en la primera planta que llevaban años sin limpiarse ni ser cuidadas.

Fue Jane la que sugirió que, ahora que había tanta gente en la casa, se habilitaran las partes abandonadas a su suerte treinta años atrás. Aunque ella misma se hubiera encargado de darles un repaso de vez en cuando mientras su hermano no se encontraba en el domicilio.

Las cuatro mujeres emplearon varios días en convertir aquel caserón en un hogar. Y Evander parecía rejuvenecer a pasos agigantados.

Incluso se había dejado afeitar la barba, Lil había sido la artífice, quería ver el rostro de su padre, verlo completamente, buscar en él aquel hombre apuesto del pasado, y vaya si lo encontró.

Evander era un hombre muy guapo, aunque ya estuviera mayor y las arrugas surcaran su rostro.

Lil le dio un beso en la mejilla y él tomó su mano.

—No sé qué has hecho conmigo, pero me siento el hombre más dichoso del mundo.

—Y yo me siento plena, completa. Vine a esta isla buscando respuestas, creyendo que las encontraría ante Dios, en el Iona Nunnery. ¡Quién me iba a decir que las hallaría todas!, y que convertirme en monja no era más que un pretexto que me dio la vida para encontrar el amor. El amor de un padre, y el del hombre que da luz a mis mañanas.

—No me hables así del MacLeod, que al final acabaré por cogerle manía, pues me da que lo quieres más a él que a mí.

Lil rio, Evander le producía mucha ternura cuando fingía aquellos celos, sabía a ciencia cierta que adoraba a Sean, solo le gustaba hacerse el gruñón.

Franny y Penny se habían quedado en la casa, con el beneplácito de Lil y su padre. No querían volver junto a sus familias, pues acabarían en otro convento, ya fuera por obligación o fuerza mayor, probablemente lejos de Escocia, donde cada día que pasaba se desmantelaba uno y se abandonaba a su suerte.

Las monjas que se quedaron escondidas en el Iona Nunnery habían ido abandonando la isla poco a poco. Se decía que todavía quedaban algunas y que vivían de la caridad de los lugareños.

Ninguno de los habitantes de la casa de los Hardy se había aventurado a comprobarlo.

Lil dejó a su padre afeitado, lavándose la cara, y se dirigió a la alcoba que compartía con Sean.

Él, al verla, le dedicó una amplia sonrisa. Hacía un rato que había vuelto del astillero. Había sido un buen día, pudo entregar por fin el bote que llevaba semanas fabricando con Lloyd y con el Cojo, que se había sumado a su pequeña plantilla indefinidamente, pues resultó ser un hábil constructor de barcos, y un gran pozo de sabiduría sobre el tema.

Se estaba quitando las botas sentado en el lecho. Lil se subió sobre él a horcajadas y le dio un largo beso.

—¿Crees que se puede ser más felices de lo que somos? —preguntó ella reflejándose en los ojos de su amante.

—Claro que sí, en cuanto arregle el asunto de Evelyn, nos casaremos de inmediato, y al nacer nuestro bebé seremos los padres más dichosos —respondió Sean con sinceridad.

Lil agachó la cabeza, se sentía muy mal por ser la culpable de que Sean abandonara de algún modo al hijo que Evelyn llevaba en el vientre.

—¿Qué será de ellos?, ¿de Evelyn y el hijo que espera? —inquirió Lil de nuevo, pues cada día sentía una pequeña punzada de culpa que compartía con el hombre que amaba.

Sean suspiró.

—Haré lo que esté en mi mano porque no les falte de nada. Aunque Evelyn ya me ha dicho que no me lo pondrá fácil, que se negará a que tenga relación con mi hijo.

—No me siento bien con todo esto, Sean. Es como si le hubiera arrebatado el padre a un niño, y yo más que nadie sé lo que eso significa. Creces sintiendo en tu interior que falta algo, como si hubiera un hueco que nadie rellena. No sé si me explico —confesó Lil con pesar.

—¿Y qué hubieras pensado si me quedara con ellos en lugar de hacerlo contigo?, sería igual o más injusto aún, pues este hijo que llevas en tu interior lo creamos con nuestro amor, pero el de Evelyn es el fruto de su engaño, de haber abusado de mi confianza y de mí mismo.

Lil asintió con la cabeza, tenía sentido lo que Sean decía, mas no podía quitarse a aquella criatura de la cabeza, era una mujer empática incapaz de evitarlo.

—Creo que no sabría vivir sin ti, ya no —intervino ella de súbito.

—No digas eso, siempre me tendrás, jamás me separaré de tu lado, mi amor. Tú y este pequeño que viene en camino —dijo acariciando el vientre apenas perceptible de Lil— sois mi dicha, y os protegeré con mi vida si fuera menester.

Ambos se fundieron en un deseado beso y Sean acarició el cabello de Lil, tan suave que sentía que se adormecía en cada ocasión que lo tocaba.

—Te amo, Sean MacLeod —dijo ella poniendo el alma en sus palabras.

—Te amo, Lil Hardy Buchanan.

Y es que Lil manifestó el mismo día que estuvieron en el convento por última vez que quería ser una Hardy. Sin embargo, no deseaba perder el apellido Buchanan, ya que ellos, sus padres adoptivos, le habían salvado la vida. Todavía tenía una conversación pendiente con estos, mas no los podía odiar. Habían sido unos padres amorosos y nunca notó ninguna diferencia con sus hermanas en el trato, más allá de la física.

Capítulo 42

Evelyn caminaba absorta en sus recuerdos. Habían pasado dos semanas desde que su suegro regresara a Rós Sean dando gritos y acordándose de todos los santos del santoral católico.

Malcolm gritaba su nombre y exigía hablar con ella en el despacho. El hombre que siempre se mostró amable y gentil se había transformado en una especie de animal salvaje que le clavaba sus ojos enfurecidos.

—No has sabido mantener a mi hijo en su lugar. Te ha dejado por una monja, ¿qué te parece?, no puedo entender cómo has podido ser tan estúpida como para permitir que eso ocurriera —la reprendió Malcolm con saña.

—Lo siento, laird, hice todo lo que estuvo en mi mano por retenerlo, pero ya conoce a su hijo, siempre se sale con la suya. Además, tuvo la desfachatez de consumir el matrimonio y dejarme encinta —alegó Evelyn con el fin de darle la vuelta al asunto.

—Pues no fue suficiente, no supiste seducir a mi hijo, nada más que para encamarte una noche con él. Pensé que serías más lista, pero ahora siento que me equivoqué contigo —soltó Malcolm con desprecio.

—Hice todo lo que estuvo en mi mano. Se lo aseguro...

—Deja de repetir lo mismo, me está dando dolor de cabeza —dijo Malcolm llevándose la mano a la frente y haciéndole un gesto de desprecio con la otra—. Llegados a este punto, creo que lo mejor será enviarle una misiva a tu padre para que puedas volver a Duart con él.

Evelyn abrió los ojos como platos.

—¿Y la criatura que llevo en el vientre?, ¿qué será de ella? —inquirió entre lágrimas.

—Es tu problema. Además, conozco lo suficiente al blando de mi hijo como para saber que jamás lo dejará desamparado. —Malcolm se retrepó en la silla.

—Por favor, deme una oportunidad —suplicó Evelyn sin poder detener la procesión de lágrimas de sus mejillas.

—¿Una oportunidad para qué? —inquirió el laird con desgana.

—Para hacer que este asunto vire a nuestro favor. Y que Sean vuelva a casa con su esposa y el hijo que espera —sentenció ella con decisión.

—¿Crees que serás capaz de hacerlo cambiar de parecer?, porque yo diría que lo tienes muy

difícil, he visto cómo mira a esa mujer, y te aseguro que a ti no te mirará así en la vida —alegó el laird con malicia.

Evelyn apretó los puños y tensó la mandíbula.

—Solo deme tiempo..., y le demostraré de lo que soy capaz.

—Está bien, tienes dos semanas. Si no consigues tu propósito, tendrás que abandonar Rós Sean de inmediato.

La muchacha asintió con la sensación de que se estaba metiendo en una empresa de difícil solución. Mas necesitaba ganar tiempo, tiempo que no tenía, si bien, prefería mirar el vaso medio lleno y confiar en sí misma, que dejarse hundir por las creencias que la podían limitar, jamás lo haría.

Aquel recuerdo se extinguió cuando Evelyn arribó al astillero donde sabía que hallaría a Lloyd, quien llevaba varios días sin aparecer por Rós Sean. Aguardó con paciencia mientras veía a Sean darle instrucciones al muchacho y a un hombre desagradable, con pinta de borracho, que caminaba renqueante. Cuando vio que su esposo montaba en el caballo y se alejaba dirección a Baile Mor, se aproximó a Lloyd con sigilo y le dio un pequeño susto.

El muchacho se giró sorprendido, mientras se llevaba la mano al pecho, donde su corazón latía enfebrecido.

—Hola, pequeña *sìthiche*. ¿Qué haces aquí? —inquirió Lloyd con el rostro iluminado por la alegría de ver ante sí a la mujer que amaba.

—Hace días que no te veo por Rós Sean, y quería saber si todo iba bien —admitió Evelyn.

—Sí, todo está bien. Solo que Sean ya no vive en la casa, y por ello, como soy uno de sus empleados, ya no ayudo a Finlay en las caballerizas —confesó Lloyd cabizbajo.

—Bueno, siempre puedes visitarme a mí. Te aseguro que me alegrarás el día, porque entre Ruby y Lucy, que parecen tenerme inquina, y Emma, que no hace más que despotricar, el panorama es sumamente aburrido. Además, mi suegro está en la casa y es un hombre bastante insufrible.

El Cojo observó a Evelyn con detenimiento. Sabía por Evander que ella era la esposa de Sean MacLeod, y que esperaba un hijo suyo, aunque no le veía ese rostro especial que se les pone a las mujeres encinta, quizá fuera intuición, pero aquella muchacha le parecía lo menos embarazado que había visto en la vida. Él, que escuchó tantísimas veces a su madre decir aquellas cosas, que se le quedaron grabadas a fuego y tal parecía que había heredado el instinto de detectar mujeres preñadas.

—Me gustaría, si bien Emma está allí todavía y la conozco lo suficiente como para saber que me echaría a escobazos —rio Lloyd.

—Sí, ella sigue allí —soltó Evelyn con una mueca de desagrado.

Aquella mujer se había convertido en un problema para ella, aunque había conseguido quedarse en Rós Sean por obra y gracia de la aparición fortuita de Malcolm MacLeod, todavía tenía un secreto con el que darle en las narices, su inexistente embarazo, y vaya si lo hacía, constantemente.

Quería que el *laird* se marchara a Dunvegan, y que Sean regresara de inmediato; ella, como hizo antes con su suegro, le había prometido que lo lograría, y en ello estaba.

—Quizá podamos encontrarnos en otro lugar —sugirió el muchacho—, de hecho, ya es casi la hora de comer, ¿te apetecería que lo hiciéramos juntos?, mi madre es una magnífica cocinera y me ha traído de todo en la cesta. Ven, ya verás —la instó el joven, mientras ella rodaba los ojos con desapasionamiento.

—Déjalo, no tengo hambre, pero sí puedo acompañarte mientras comes tú —anunció ella dedicándole una sonrisa divertida.

—Muy bien, pues espérame unos minutos y enseguida nos iremos —respondió Lloyd y volvió junto a su compañero, a seguir con la faena.

Evelyn y Lloyd se encontraban tumbados en un prado en las cercanías del astillero. El Cojo se había ido a caballo a Baile Mor para comer en la posada, así que estaban solos.

Lloyd había devorado los víveres que le trajo su madre un rato antes en una cesta, Evelyn se había limitado a mirar la comida con desgana. Ella aguardó impaciente el momento en que Lloyd dejara de engullir, se había tenido que armar de paciencia.

Por ello, ya saciada el hambre del apuesto joven, sugirió que se tendieran en la hierba, a descansar.

Él la observaba encandilado y ella le dedicaba sonrisas falsas, que forzaba desde alguna parte desconocida de sí misma, la cuestión era que daban la impresión de ser totalmente creíbles y a Lloyd le parecían las de un hada hermosa y etérea.

—Lloyd, tengo que confesarte algo. Me quema en los labios, te lo aseguro —soltó ella de pronto.

—¿Sí?, ¿y qué es? —inquirió el joven con una sonrisa inocente que enterneció en cierto modo a la taimada pelirroja.

—Pues que he venido porque te echaba de menos. Me he dado cuenta en estos días, en los que he penado por tu ausencia, de que eres para mí algo más que un amigo —confesó la muchacha.

Los ojos de Lloyd se iluminaron, y su expresión se dulcificó.

—¿Quieres decir que soy correspondido?, ¿que me amas como yo te amo a ti? —preguntó él feliz, muy feliz.

—Sí, lo eres, lo eres —repitió Evelyn mientras jugueteaba con sus propias manos.

—Evelyn, me haces el hombre más feliz de la Tierra, lo sabes, ¿verdad?

Ella asintió sin poder dejar de pensar en que estaba haciendo algo muy malo. Por primera vez en mucho tiempo, la embestía el remordimiento, mas no se detuvo.

Lloyd jugueteó con un rizo de la pelirroja y al final lo colocó detrás de su oreja, luego aproximó sus labios a los de ella y la besó.

Capítulo 43

Sean acariciaba el cabello de Lil, que dormía junto a él en la habitación que antaño fue de sus padres. Se respiraba algo mágico en aquella estancia, como si la paz se hallase entre las cuatro paredes y los hilos dorados del sol se colaran por la ventana con más brillo que en ninguna de las alcobas del caserón.

Jamás pensó que sería capaz de renunciar a Rós Sean por una mujer. En los días que llevaban juntos, se había convencido de lo que ya supo la primera noche que pasó con la entonces desconocida Isabella Buchanan. Aunque siempre fue algo huraño y solitario, había tenido sus más y sus menos con otras féminas. Ninguna le dio jamás lo que Lil aquella noche meses atrás. Tal parecía que había transcurrido un milenio, de lo largo que se le había hecho el tiempo sin ella.

—Buenos días —dijo Lil mientras se desperezaba.

—Buenos días, preciosa —respondió él dándole un suave beso en los labios.

—Se nos han pegado las sábanas de nuevo, ¿cierto? —preguntó ella, sonriente.

—Parece que sí, mas yo no tardaré en partir hacia el astillero. Tengo un nuevo proyecto y he de hablar con Lloyd y Bruce —anunció Sean mientras se sentaba en el lecho y plantaba los pies en el suelo.

—¿Y te irás sin complacer a tu futura esposa? —inquirió coqueta.

Él se giró y la contempló embelesado. Con aquel cabello oscuro cayéndole en bucles por los hombros y los ojos del color de las violetas.

—Debería, el trabajo es muy importante, Lil Hardy, pero me embrujas con esa mirada de loba y creo que no voy a poder resistir la tentación de subirme sobre ti y hacerte mía hasta el anochecer —soltó el *highlander* con su voz ronca.

—¿Estás seguro de que soy yo la que te embruja?, te recuerdo que vine a Iona para ser monja, y ahora vivo en pecado con un hombre que me pide cada noche que me entregue a él y yo lo hago con todo mi ser.

—¡Mi pecadora! —exclamó mientras se posaba sobre ella y la inmovilizaba con sus fuertes brazos, para acabar por fingir un mordisco en el cuello.

Lil estalló en carcajadas, hasta que la mirada penetrante de Sean hizo que no le quedara más remedio que silenciarlas. Suspiró y tragó saliva antes de fundirse en un beso ardiente con él.

La lengua hábil de su amante se coló en su boca, anhelante de deseo, provocándole sensaciones deliciosas que le pedían más que aquel intenso beso.

La mano de Sean descendió hasta la entrepierna de Lil, y esta arqueó la espalda para recibir aquellos dedos que, con maestría, la elevaban hasta el firmamento sin apenas rozarla, con suavidad, en una placentera tortura.

—Quiero más —gimió Lil, y él se hundió en su sexo, húmedo y expectante.

Con cada embestida, Lil sentía como todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo clamaban porque su amante aumentara la intensidad de sus movimientos. Era como si el deseo la condujera de la mano a pedirle cada vez más.

—Daría la vida por estar siempre así —dijo él entre gruñidos—, eres mi diosa, Lil, mi maldita diosa.

—Y tú eres mi maldición, *highlander*, mi bendita maldición.

Lil sentía su cuerpo prender en llamas, mientras Sean se movía llevándose con cada acometida un trocito de su alma.

El cabezal del lecho golpeteaba contra la pared con furia, pero a los amantes poco les importaba, lo único que sentían eran sus cuerpos calientes y fundidos en un solo ser.

La respiración de ambos sonaba agitada, animal, y sus corazones latían desacompañados, como caballos que galopan a destiempo. Un suspiro entrecortado, y Lil estalló en mil fragmentos de sí misma, mientras gemía sin disimulo, dejándose llevar por la pasión. Sean tardó varios segundos más en llegar al clímax, y cuando lo hizo, sintió que su ser se liberaba complacido, y parcialmente saciado, pues sabía que no tardaría en necesitar más de aquella mujer menuda y sensual que cada noche le entregaba la punta de una estrella del firmamento.

Lil se levantó al punto del mediodía. Sean se había marchado poco después de dejarse llevar por la pasión desbocada, pues debía acudir al astillero y ya no podía perder más tiempo.

Ella se había dejado acariciar por las mieles de Morfeo, exhausta por otro encuentro pasional con su incansable amante.

Al pensar en aquel momento, volvió a sentir ganas de yacer con su amor y se tapó la cara con la sábana, algo avergonzada. Si la vieran las monjas del Nunnery..., quién sabe lo que pensarían de ella. Aunque después de su mala experiencia, le importaba más bien poco su opinión.

Se aseó y vistió con ropas sencillas, para luego bajar a la primera planta del caserón, donde Penny y Franny la esperaban entre risitas y codazos furtivos.

Saludó a las dos mujeres y les preguntó por Evander.

—Se ha ido con Sean —anunció Penny—, dice que ahora quiere construir barcos.

Lil estalló en carcajadas. «Al menos no volverá a la taberna», pensó, aunque ya había ido alguna que otra vez desde que vivía con él, y Jane se lo había traído demasiado borracho como para enterarse de nada a su alrededor.

Aquello le preocupaba enormemente, su padre era infinitamente mejor sin alcohol. Cuando bebía, su carácter se agriaba y el mal humor hacía acto de presencia. Ella prefería a su padre bueno y dulce, con el punto de timidez que le daba la ausencia de la dañina sustancia.

—Madre mía, Lil, si te viera la priora, creo que le daría un buen vahído —soltó Franny entre risas.

Penny la acompañó.

—Es que, amiga, no sé qué ocurra en la alcoba entre un hombre y una mujer, pero daba la sensación de que te estaban matando de puro gozo —soltó Penny con decisión.

El rostro de Lil enrojeció. Debía ser más silenciosa, seguro que su padre la habría escuchado también.

—¡Oh, Dios!, qué vergüenza —soltó llevándose ambas manos al rostro.

—No tienes por qué avergonzarte, mujer. Ya me gustaría que un hombre apuesto como tu Sean me hiciera dar esos gritos a la luz de la luna —soltó Penny, y Franny secundó la moción.

—Quién sabe, amigas, quién sabe... —sentenció Lil encogiéndose de hombros.

Capítulo 44

Evelyn aguardaba ataviada con un camisón y un manto sobre los hombros a que Lloyd trepara por la fachada de Rós Sean hasta alcanzar la ventana de su habitación.

Se había dejado el cabello suelto y lucía unas hermosas mejillas sonrosadas, que contrastaban con su piel nívea y suave.

Estaba nerviosa, intranquila. Era fácil, debía yacer con Lloyd para que este la dejara encinta cuanto antes mejor. Se había encargado de seducirlo, de convencerlo secretamente de que lo amaba, y él había caído en su tela de araña como un pobre insecto atolondrado.

Había intentado que la hiciera suya en varias ocasiones, mas él se había resistido a ello. Era un romanticón que solo quería besos y caricias, ella necesitaba más si quería llevar a cabo su plan.

El muchacho se negaba a hacerle el amor hasta que estuvieran casados, y nada de un *handfasting*, quería un matrimonio perpetuo, con una unión que fuera más allá de la vida. En cierto modo le enternecía aquel pobre chico. Le tenía aprecio y no quería hacerle daño, pero no le quedaba otra, pues sentía al *laird* soplarle la nuca y a Emma caer sobre ella en cualquier momento.

Por ello le había dado una especie de ultimátum a Lloyd. Debía acudir a su alcoba para saciar el amor que estaba a punto de engullirla, pues no podía aguantar ni un día más sin él. Bueno, aquello fue lo que ella le dijo para darle el toque de gracia y hacer que acudiera raudo a su encuentro aquella misma noche.

Ya llevaba un buen rato esperando y comenzaba a impacientarse. Incluso miró por la ventana en varias ocasiones para comprobar que ya venía, que no la dejaría en la estacada.

Si osaba regalarle su ausencia, ella le haría lo mismo que a Sean, todavía le quedaba láudano con que aturdirlo y anular su voluntad.

De pronto, escuchó un siseo y varios chasquidos. Esbozó una sonrisa complacida, era él.

Aguardó impaciente y se recompuso la ropa y el cabello, para acabar completando el decorado sentándose en el lecho y dedicándole una mirada coqueta.

Si bien, el que apareció en su campo de visión no fue quien esperaba.

—¿Qué demonios hace aquí?, salga ahora mismo de mi alcoba o gritaré —espetó Evelyn, henchida de furia.

—El muchacho no va a venir, así que no lo esperes —intervino su visita intempestiva.

—¿Y usted cómo sabe...? —interrogó ella poniéndose en pie.

—El chico se acobardó, vino hace un rato y me dio un recado para usted, dijo concretamente que no le había sido posible pasar a cepillar a su yegua —soltó el hombrecillo.

—Ah, muy bien, ¿y por qué está usted en mis aposentos?, digo yo que me lo podría haber dicho mañana, ¿no cree?

—Pues, no sé..., me ha parecido extraña su actitud. Lloyd ya no trabaja aquí y soy yo el único que me encargo ahora de los caballos, así que pensé: «qué absurdo, Finlay, ¿no estará el muchacho hablando en clave?». Y, claro, he ido a decírselo a mi esposa. Ella me ha mandado a terminar lo que ese chico no ha querido ni empezar.

—No sé de qué me está hablando, Finlay, pero le recomiendo que salga ahora mismo de mi cuarto si no quiere que grite y despierte a toda la casa —espetó Evelyn abrazándose a sí misma.

—No te hagas la inocente, muchacha. Sé que no estás preñada y has tratado de enredar al pobre Lloyd para que se encame contigo. Él es un buen muchacho, aunque demasiado santurrón. No yacerá contigo si no te casas antes con él. Y no lograrás hacerlo cambiar de idea. Así que Emma ha pensado que yo puedo hacerte el favor.

—Está loco, ni en mil vidas dejaría que me tocara un pelo un viejo baboso como usted —soltó ella con energía.

Finlay se encogió de hombros.

—No soy tan viejo, todavía puedo hacer un buen servicio, además, Emma no ha podido darme ni un solo hijo, qué menos que conocer la dicha de tener uno, aunque todo el mundo piense que es hijo de un MacLeod.

—Definitivamente ha perdido la cabeza. Por favor, váyase, no haga que me ponga a gritar y despierte a mi suegro —sentenció Evelyn, sin poder contener una arcada.

—Está bien, me iré. Pero te advierto que el tiempo corre en tu contra y tu vientre sigue plano, ¿cuánto crees que tardarán los MacLeod en darse cuenta del engaño?, además, le prometiste a Emma que conseguirías que Sean regresara y nosotros nos pudiéramos quedar aquí. Has de cumplir si no quieres que tu secreto se sepa.

—Ya les han dejado quedarse a ambos, no veo motivo para que su esposa siga amenazándome.

—Claro que lo hay, *milady*, Malcolm MacLeod va a vender Rós Sean, y si eso ocurre, nosotros tendremos que irnos a Dunvegan con él. No deseamos movernos de aquí, esta es nuestra casa —aseguró Finlay con determinación.

—Quizá el *laird* llegue a un acuerdo con los nuevos dueños, y la servidumbre pueda quedarse en idénticas condiciones.

—Mmmm..., no, a nuestra edad no estamos para acostumbrarnos a las excentricidades de unos nuevos señores. Así que busca la manera de arreglar este lío, de lo contrario, todo irá muy mal para ti. Te aseguro que Malcolm no tendrá piedad con una embustera —sentenció Finlay.

Evelyn temblaba de pies a cabeza. Ese mequetrefe de Lloyd no había aparecido y, en su lugar, un hombre avejentado y poco atractivo se ofrecía para preñarla. Mirarlo le daba repelús. No obstante, una voz interior le dijo: «No dejes que te toque. Vestida y con la luz apagada, que deje su semilla en tu interior, solo necesitas eso. Únicamente has de pensar que estás en otro lugar, con otro hombre, uno al que en verdad amas».

Finlay ya tenía una pierna en la parte exterior de la ventana cuando Evelyn lo llamó por su nombre.

El hombrecillo se giró y ella dijo:

—Está bien, acepto su propuesta.

Lloyd se dispuso a trepar por el muro que conducía a la habitación de Evelyn, todavía le sudaban las manos al pensar en la patraña que le había soltado a Finlay cuando lo había pillado en su primer intento de alcanzar la alcoba de la señora de la casa.

El mozo de cuadras lo había increpado y prácticamente lo arrastró fuera de la propiedad.

Hablarle de la yegua de Evelyn había sido fruto del nerviosismo, quién se iba a creer que quería trepar a la habitación de la señora para decirle aquel sinsentido acerca de una yegua a la que él ya no cuidaba desde que Sean se fue.

Decidió alejarse y hacerle ver a Finlay que se conformaba con darle a él el recado, así que optó por aguardar agazapado hasta que el buen hombre abandonara las cuadras de una vez, y, después de ver que las antorchas se apagaban, aguardó otro tanto, dejándose invadir por un sopor repentino que le hizo dar alguna que otra cabezada.

Cuando fue consciente de qué hacía en aquel lugar y abrió los ojos, se desperezó y observó la casa desde su escondrijo. Ahora sí, todo estaba tranquilo y nadie lo pillaría infraganti.

Se acercó a la casa con sigilo y saltó el muro que conducía al jardín. Se dirigió al punto exacto donde se encontraba la ventana de la alcoba de Evelyn y comenzó a trepar a oscuras por ella.

Sonrió antes de alcanzar el alféizar, y cuando lo hizo, su sangre se congeló al ver la estampa que iluminaba la luz de la luna.

Un trasero viejo y deslucido embestía a una mujer, cuyas piernas de piel blanca se abrían hacia

la ventana, quietas, expectantes.

Conocía aquellas pantorrillas, las había visto al subir la falda de Evelyn, para luego arrepentirse de su atrevimiento y regresarla a su lugar. No podían ser de otra más que de ella, su traicionero amor.

Con la mandíbula tensa y la furia por única compañera se internó en la estancia y se acercó a la pareja. Carraspeó.

Evelyn, quien mantenía los ojos cerrados y la boca apretada en una fina línea, los abrió asustada.

Una lágrima emanó de los ojos de la pelirroja y cruzó su mejilla. Negó con la cabeza y esbozó un «lo siento» sin voz.

Lloyd retrocedió y desapareció en la negrura de la noche, mientras Evelyn dejaba que un hombre, que ni siquiera había reparado en la presencia de un tercero en la estancia, la tomara para llevar hasta el límite su enorme egoísmo.

Capítulo 45

El día amaneció inmerso en un mar de nubes grises que amenazaban con descargar una incipiente tormenta.

Sean caminaba nervioso con las manos a la espalda. Él quería ir al astillero, mas no tenía muy claro el asunto. Era un hombre que conocía la mar y sabía que no era el mejor día para estar a escasos metros de esta, si no querías ser engullido por una gran ola.

Lil se sentó cerca del fuego de la chimenea y le hizo un gesto a Sean para que se acercara, pero este estaba demasiado agitado y no sabía por qué. Era como una especie de pálpito profundo que le producía una gran inquietud.

Lil se encogió de hombros y acercó las manos al hogar.

Era muy temprano y todos, a excepción de ellos dos, dormían todavía.

Faltaban unos días para la Navidad y Lil sentía que era la primera que iba a pasar con su auténtica familia, aunque en su fuero interno sentía añoranza por la que había dejado en Beauhy.

Había pensado incluso escribirles una carta explicándoles todo lo acaecido, y dándoles las gracias por haberla salvado, cuando solo era un bebé, de una muerte segura. Pero aquello prefería hacerlo en persona, tener delante a Andrew y Martha Buchanan para apretarlos contra su cuerpo y agradecerles el regalo que le habían dado, la vida y una familia en la que nunca faltó el cariño.

—¿Qué te ocurre?, te noto muy nervioso —dijo de pronto Lil, rompiendo el silencio que se había instaurado en la estancia.

—No lo sé, no sé decirte qué tengo. Quizá sea el nerviosismo por querer avanzar de una vez en el nuevo proyecto, si bien, no suelo ponerme así, aunque me tome muy en serio lo que hago —explicó él sin poder ocultar su agitación.

—¿Y si vienes aquí y te acaricio el cabello mientras te susurro al oído palabras indecentes? —inquirió Lil, divertida.

—Señorita Hardy, me está usted dando miedo —soltó Sean fingiendo temor.

—Eso es lo que quiero, que me temas, amor, que me temas y hagas lo que yo digo en todo momento —respondió ella dedicándole una caída de pestañas irresistible para el *highlander*.

—¿Nadie te dijo nunca que yo soy una fiera indomable y que no existe mujer en la Tierra que pueda doblegarme? —inquirió él aproximándose con aire seductor.

Lil se estremeció. Le atraía sobremanera todo en Sean MacLeod. Tenía ese aire salvaje y enigmático que en un principio la echó para atrás cuando lo conoció y que ahora la volvía loca. También su voz, aquella voz que le susurraba palabras al oído, decentes e indecentes. Soltó una risita furtiva.

—¿Te ríes?, yo no lo haría, señorita Hardy, de verdad que no lo haría —soltó sentándose junto a ella, en la alfombra.

—Es que eres tan tierno —dijo ella, provocando la indignación inmediata de Sean.

—Tierno... Será posible. Yo, Sean MacLeod, un individuo huraño y malcarado según todos en esta isla, ¿te parezco tierno?, ¿no había otro adjetivo más masculino, mujer? —preguntó él fingiendo enfado.

—Tu ternura es pura masculinidad, amor —sentenció ella antes de aproximarse a Sean y besar sus labios.

Aquella fue la chispa que ambos necesitaron para prender en llamas y fundirse en un abrazo aderezado con un beso húmedo e intenso, que fue interrumpido por unos carraspeos.

Ante ellos, Evander, con el cabello despeinado y unas bolsas enormes en los ojos de recién levantado.

—¿No será mejor que os vayáis a la alcoba?, ya tenemos bastante en esta casa con oíros yacer como dos bestias, para encima tener que verlo. Un poco de consideración, hijos míos —soltó el hombre mientras el rostro de Lil enrojecía por momentos.

—Lo siento, padre, pensé que dormías —se disculpó ella en prácticamente un balbuceo.

—Yo también lo siento, Evander, es tu hija, que me hace perder la cabeza de vez en cuando, pero de ahora en adelante, seremos más comedidos, ¿cierto, Lil?

Ella lo fulminó con la mirada, y Sean no pudo evitar estallar en carcajadas.

—MacLeod tenías que ser —gruñó Evander dándose la vuelta y encaminándose mientras se aguantaba la risa a su nueva alcoba, pues ya no dormía en un camastro en el salón, como había hecho durante años y años.

Evocó sus tiempos con Lilead, aquellos dos le recordaban tanto a él y a su esposa de jóvenes... Una lágrima estuvo a punto de escapar de sus violáceos ojos.

De súbito, alguien llamó a la puerta con insistencia. Lil se apresuró a abrir y Bruce entró con el rostro desencajado.

Sean se aproximó hacia él y, antes ni tan siquiera de que pudiera saludarlo, el hombre dijo:

—Tienes que venir de inmediato, es Lloyd, se ha quitado la vida.

Lil se llevó la mano a la boca, sorprendida, y Sean negó con la cabeza, no podía ser, el

muchacho estaba lleno de vida y la tenía toda por delante. Apretó los labios entre sí, sentía la boca seca y un dolor lacerante en el pecho, pues apreciaba de verdad a Lloyd, a quien conocía desde que era un niño y lo perseguía a todas partes.

Recordó su mirada inocente, su sonrisa. Su carácter bondadoso, noble y jovial.

Evander volvió al salón de nuevo, había escuchado toda la conversación. También se quedó de piedra, no es que lo hubiera tratado mucho, pero conocía a su familia y sabía que eran gente de bien.

—Tengo que irme, Lil... —anunció Sean, con el rostro demudado.

—Voy contigo, amor —replicó ella.

—No, espérate, en tu estado será mejor que aguardes aquí. Además, ha empezado a llover. No sería bueno para nuestro pequeño que te enfermases —la intentó convencer.

Ella cedió, en cierto modo, tenía razón el hombre que amaba, pues no sabía cómo llamarle cuando todavía no podía ser ni tan siquiera su esposo.

Evander les pidió que esperaran, que se vestía en unos minutos e iba con ellos, y así lo hizo después de darle un beso en la mejilla a su hija.

Lil se quedó sola con Franny y Penny, que todavía dormían cual troncos.

Cuando los tres hombres llegaron a la playa, hallaron a un grupo alrededor del cuerpo del joven Lloyd, que había sido devuelto por las aguas y los observaba con el rostro más triste que habían visto jamás, tan impropio de un ser desprovisto de toda vida que daban ganas de estallar en llanto.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿qué has hecho, Lloyd? —inquirió Sean agachándose junto al cadáver y tomándole la mano fría.

—Dicen que lo han visto al amanecer, y que él mismo se lanzó al abismo —una voz sorprendió a los allí presentes, era la del padre Murray, quien no vestía su atuendo religioso habitual.

Sean lo miró a los ojos, confundido. Pensaba que como casi todos los religiosos de la isla, había sido capturado por los protestantes y llevado fuera de Iona.

—Lloyd jamás se quitaría la vida, lo conozco en demasía, sé que nunca lo haría —replicó Sean a la defensiva, incapaz de creer la versión del padre.

—Hijo mío, en ocasiones no sabemos con seguridad cómo son las personas y por qué cometen ciertos actos. El muchacho no podrá ser enterrado en suelo consagrado después de lo que ha hecho. Quitarse la vida es un hecho muy grave, una de las mayores ofensas a Dios, pues él nos la dio.

Sean lo fulminó con la mirada.

—No tengo tan claro que él se haya suicidado, padre. Era un joven lleno de vida, por todos los demonios —espetó Sean, enfadado.

—No blasfemes, muchacho.

—Ya no soy un muchacho, padre Murray. Es más. Voy a hacer lo posible porque Lloyd tenga un funeral y sea enterrado en el cementerio.

El religioso negó con la cabeza, horrorizado.

—Eso no va a ser posible, repito que me han asegurado que él acabó con su vida, nadie se inventaría algo así.

—Y yo digo que solo son habladurías, y que mi amigo tendrá el entierro que merece. Además, usted ya no tiene autoridad en esta isla y lo sabe —sentenció Sean encarándose con el sacerdote.

—Está bien, MacLeod, quizá yo no tenga la autoridad necesaria para decidir dónde enterrar al joven, pero su padre es el *laird*, puede que tenga algo que decir al respecto.

Sean respiró hondo.

—Está bien, vaya y dígaselo a mi padre. Y dígame también que puede que él corra la misma suerte el día de su muerte, pues sus pecados le preceden —intervino Sean con decisión.

—¿Qué dices, muchacho?, ¿acaso deliras? —inquirió el sacerdote—, quizá tu padre tenga razón al decir que esa mujer te ha embrujado, sí, ha de ser eso, una bruja, una mujer maldita que con esos condenados ojos es capaz de envenenar el alma de cualquier mortal.

»Es la tentación, la desgracia y la perdición de los hombres, estoy seguro de que tú no has sido el primero..., ¿si no por qué vino a Iona a sus más de treinta años?

Sean no pudo escuchar más sandeces y se abalanzó sobre el religioso, propinándole un puñetazo en la mejilla, que lo tiró al suelo.

—MacLeod, cálmate, no arreglarás nada a golpes —le dijo Evander sosteniéndole un brazo.

—Dice ser la voz de Dios y ensucia el nombre de Lil, tengo motivos suficientes como para darle su merecido —gruñó Sean, furioso.

—Hagámonos cargo del chico y dejemos los golpes. No es un buen momento. Hazlo por él, al menos —dijo Evander señalando el cuerpo sin vida de Lloyd.

Bruce, que estaba junto a Evander, le dedicó también un asentimiento de cabeza.

Sean, al fin, soltó todo el aire y no dijo ni una sola palabra más a su oponente, quien fue ayudado por un lugareño a levantarse del suelo.

El sacerdote se limpió su maltrecho atuendo y señaló a Sean con decisión.

—Esto no quedará así, muchacho, la justicia de Dios es inmisericorde cuando de malhechores se trata —sentenció el hombrecillo mientras se alejaba del grupo a paso vivo.

Capítulo 46

Isla de Iona, Nochebuena de 1560

Había llegado la noche mágica, la víspera de Navidad, y en la casa de los Hardy reinaba el ambiente festivo.

Aunque con la reforma protestante estaban prohibidas las celebraciones típicas y propias de la tradición católica, dentro de las casas, en privado, casi todos los habitantes de la isla preparaban su cena e invitaban a los más allegados.

Jane había vuelto pronto de la posada y se había dedicado durante toda la tarde a preparar la succulenta cena con la que deleitaría a todos los allí presentes.

Ludovic, el hombre con el que vivía sin mediar un matrimonio entre ellos, y Bruce. Penny y Franny. Evander, Lil y Sean. Ahora eran como una extraña familia que se había unido por las circunstancias y se sentían cómodos los unos con los otros.

Lil había comprado una pieza de tejido en Baile Mor unos días antes y se había afanado a coser un vestido sencillo y bonito, ayudada por Franny, que se decía una virtuosa de la aguja.

Y demostró que así era, cuando Lil apareció en el salón, hermosa, con aquel vestido de color vino, que dejaba ver la ligera curva de su vientre levemente abultado por el embarazo.

Aquel bebé era un luchador sin haber salido todavía de ese mismo vientre. Ni toda la ruda del mundo lo hizo perder la batalla, y allí estaba, creciendo en el interior de Lil, demostrándole al mundo que lo que ha de ser siempre será y que la maldad, con sus tretas, no había podido sesgar su pequeña vida.

Sean estaba muy apuesto con su atuendo negro, siempre negro.

Lil le había preguntado en una ocasión por aquella costumbre extraña de no vestir los colores de su clan y él le había contestado de este modo:

—Es luto, y yo no tengo clan ni laird al que rendirle cuentas. Ya hace mucho tiempo que me había hecho a la idea de que así era, que mi lealtad a los MacLeod murió cuando lo hizo mi madre. Por ello comencé a vestirme de negro, para demostrarle a mi padre que no podía controlarlo todo. Quizá fue un signo de rebeldía por mi parte, no lo sé. No obstante, me gusta el negro y creo que me sienta bien.

Todos lucían elegantes teniendo en cuenta su posición humilde, y en la chimenea crepitaba un fuego vivo y reconfortante.

La mesa estaba preparada de modo austero, pero no falto de elegancia, con la antigua mantelería que había hecho la madre de Evander y que guardaba Jane con celo en su casa.

Todos se sentaron a la mesa a degustar la sopa, el *haggis*^[6] y el pan de avena, mientras se desarrollaba un cúmulo de conversaciones divertidas y de risas, muchas risas.

Evander estaba sentado en uno de los extremos de la mesa, y en un momento dado, pidió silencio porque quería hacer un brindis y decir unas palabras en pie y con una copa mediada de vino en la mano.

Cuando consiguió que todos se callaran a fuerza de gruñirles, comenzó a hablar.

—Esta noche es una de las mejores de toda mi vida. La presencia de mi hija Lil en esta casa ha hecho que la luz entre en ella de nuevo, como un día la hubo con su madre, mi querida esposa, Lilead.

»Hoy mi hija cumple años, treinta y uno, demasiado tiempo para estar separados, pero he de decirte, mi cielo, que no sabes lo feliz que me has hecho al volver a mi lado. Sé que tu madre hubiera estado muy orgullosa de verte ahora mismo, ya que eres su viva imagen y te has convertido en una gran mujer.

»Felicidades, Lil Hardy.

Todos corearon un «felicidades» entre abrazos y besos.

Sean y Lil se miraron y él le dio la buena nueva. Había escrito a Fergus MacLean pidiéndole una reunión con urgencia, para comunicarle su decisión unilateral de romper el *handfasting* antes del tiempo establecido, ya que Evelyn no había aceptado la ruptura del compromiso adquirido.

Además, ella estaba encinta y Sean tendría que tratar con el padre ese tema en cuestión. Tenía por delante un panorama difícil, muy difícil, mas no se rendiría sin luchar, eso nunca.

Al día siguiente partiría hacia el castillo Duart, la sede del clan MacLean. Y aunque esa noche tenía muchos motivos para la dicha, algo lo inquietaba sobremanera, como lo ocurrido semanas antes cuando le comunicaron la muerte del pobre Lloyd, a quien enterraron en suelo consagrado por su insistencia en asegurar que era difícil que el chico se hubiera quitado la vida. Habló incluso con quien dijo que lo había visto lanzarse al vacío por el acantilado, no obstante, Sean le hizo tal lío al pobre hombre, que este acabó por asegurar que no tenía claro si fue un desvanecimiento, o realmente se había suicidado.

A la mente de Sean acudió el momento del funeral en que el padre Murray hablaba sin parar del milagro de la vida y vio a Evelyn, quien, semioculta detrás de un árbol, se deshacía en un llanto amargo, lleno de culpa. Jamás la había visto llorar así, de verdad, sin tretas ni manipulación. Ni siquiera la madre del finado expiaba su pena de modo tan desgarrado. Incluso

la vio arrodillarse y esbozar un: «perdóname, Señor».

Al finalizar la velada, todos se retiraron a sus correspondientes alcobas a excepción de Jane y Ludovic, que se marcharon a su casa. Ya era tarde, muy tarde. Sin embargo, ni Sean ni Lil tenían ganas de dormir, y se entregaron a la pasión como cada noche. Dejándose envolver por el amor que ambos se profesaban y degustando las mieles de este sin reservas; sin ser conscientes, de que cuando la calma no parece mover las ramas de los árboles, es cuando más miedo se ha de tener al temporal. Porque si después de una tormenta, llega la calma, esta no dura demasiado sin que haya otra tormenta, y puede que mucho más fuerte que la anterior.

Capítulo 47

Era demasiado temprano cuando Sean abrió los ojos y se encontró con la mirada violácea de su amante.

—¿Cómo era? —inquirió Lil con verdadero interés.

—¿Quién, preciosa? —dijo él frotándose los ojos.

—Mi madre, Lilead...

Sean sonrió evocador. Tenía un recuerdo casi mágico de aquella hermosa muchacha que siempre lo trataba con la dulzura que a Emma le faltaba.

—Pues verás. Era alegre y muy cariñosa conmigo. Yo quería que fuera mi niñera, y así se lo hacía saber a mi madre. ¿Te lo puedes creer?, apenas abultaba del suelo y ya quería que las cosas se hicieran a mi modo. Ella siempre me cantaba canciones y jugaba conmigo. Yo la adoraba, y nunca entendí por qué se fue sin despedirse de mí. Si hubiera sabido lo que en verdad ocurrió...

—Tan solo eras un niño.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensarlo. Y lo que tampoco puedo evitar pensar es en que la vida está llena de casualidades y de caminos que conducen a lugares maravillosos. Fíjate, adoraba a tu madre y ahora te amo a ti, es como si la vida me hubiera hecho el mejor regalo, y haré todo lo que esté en mi mano porque nunca te arranquen de mi lado, aunque ahora tengamos que decirnos adiós por unos días.

Despedirse no era un plato agradable de degustar para la pareja, que ya sentía un lazo fuerte y hermoso que los unía de manera eterna.

Lil notaba un dolor lacerante en el pecho, como una especie de pérdida, de luto extraño. Sean no quería irse, sabía que Duart no sería un lugar muy agradable para él, teniendo en cuenta el tema que iba a tratar con el *laird* MacLean.

En el embarcadero del astillero, se despidieron con el sol despuntando por el horizonte entre besos desesperados.

—Vuelve pronto, mi amor —dijo ella mirándolo a los ojos.

—Cuando quieras darte cuenta de mi ausencia, ya estaré aquí de nuevo para hacerte mi esposa —dijo él con determinación.

Un último beso los llenó de luz con el primer rayo de sol.

—Te amo, Sean MacLeod.

—Te amo, Lil Hardy.

Aquella forma de declararse amor mutuo se había convertido en un ritual para ambos. Tras deslizar una mano por el brazo de Lil, hasta llegar a la punta de los dedos, Sean se separó de su amada para subirse al velero que aguardaba expectante a su patrón.

En esta ocasión, viajaría en compañía de Bruce. Tenía claro que iba a echar de menos a su eterno acompañante, Lloyd, si bien, al poner un pie en su pequeña embarcación, sintió como si el muchacho lo observara desde la cubierta y le dedicara una amarga sonrisa.

Bruce se encargó de soltar las amarras, y tras un diálogo marinero entre ambos hombres, el barco se puso en marcha.

Lil agitaba la mano mientras veía hacerse cada vez más pequeño a su *highlander* de mar.

Evander posó una mano en el hombro de su hija y esta se abrazó a él, buscando la calidez de su compañía.

—¡No tardes mucho, MacLeod, y devuélveme a mi amigo sano y salvo! —exclamó el hombre.

Cuando perdieron de vista al navío, ambos comenzaron a caminar en dirección a la casa de los Hardy.

Un rato después, cuando ya estaban en Baile Mor, Evander se disculpó con su hija, con el pretexto de pasar a ver a su hermana.

—Padre, ¿no es muy temprano para ir a la taberna? —inquirió Lil, brazos en jarras.

—¿Y quién ha dicho que voy a la taberna, señorita entrometida? —preguntó gruñón—, solo he de hablar con mi amigo Ludovic, he de tratar con él cierto asunto de hombres.

Lil observó a su padre con el ceño fruncido, sabía que mentía, no era difícil deducirlo. Aun así, asintió con la cabeza y se despidió de él con un beso en la mejilla antes de continuar su camino.

La casa de los Hardy no estaba lejos, pero Lil sentía que le pesaban las piernas más de lo normal aquel día. De súbito, una muchacha sucia y desaliñada le salió al paso. Ella conocía aquel rostro bonito y pecoso, era Evelyn, la esposa embarazada de Sean.

—¿Evelyn? —inquirió Lil temerosa de lo que aquella mujer pudiera hacerle, pues la miraba de modo desafiante y tenía una rama gruesa en una de sus manos.

La muchacha miraba a todas partes y, en un momento dado, se aproximó a ella y la agarró por la pechera de su vestido.

—¿Qué haces? —inquirió Lil quitándosela de encima con algo de brusquedad.

—No lo entiendes, debes irte, estás en peligro, no sabes lo que ese hombre es capaz de hacer —soltó Evelyn con desesperación.

—¿Pero de quién me estás hablando?, ¿del *laird* MacLeod? —interrogó Lil sin entender a qué venía todo aquello.

—No, no es él a quien tienes que temerle, no es él —dijo con agitación, como si estuviera muerta de miedo.

—Entonces, ¿de quién hablas? —preguntó Lil, cada vez más desconcertada.

—De Sean, de ese demonio...

—¿Sean un demonio? ¿Crees que me convencerás de semejante embuste? —Lil se dio media vuelta, comenzó a caminar y Evelyn la agarró por el brazo y la hizo voltearse de nuevo.

—No es un embuste, eso es lo que quiere él que creas. Que yo soy una mala mujer y él un santo. Pues he de decirte que te equivocas, que lo has hecho desde un principio. Mira, juzga tú misma si esto es fruto de mi imaginación o de las vejaciones de ese malnacido.

Evelyn se levantó la falda y mostró la cara interior de sus muslos amoratada.

—¿Qué demonios...? —soltó Lil, llevándose la mano a la boca instintivamente.

—Ayer estuvo en Rós Sean exigiendo yacer conmigo, y como me resistí, me hizo esto. ¿Entiendes?, no es el buen hombre que parece, sino el más vil de los desgraciados —Evelyn se echó a llorar con desconsuelo.

Lil no podía creer que el hombre dulce y bueno del que se acababa de despedir en el embarcadero fuera en realidad el mismo que había dañado a su esposa de aquel modo tan salvaje.

En su pecho sintió como un puñal se hundía y retorció su carne. Era el peso de la traición, y dolía, dolía muchísimo.

—No puede ser, Sean no ha podido hacerte algo así —balbució Lil cuestionándose sus palabras.

—Sí lo hizo, Lil. Y me sometió a verdaderas torturas en esa maldita casa. He vivido un infierno. ¿Sabes por qué contraí la disentería?, porque él quería deshacerse de mí y puso en mi alcoba un jarro de agua que ni él mismo se bebería para hacerme enfermar.

»Y luego, en cuanto me curé, comenzó a insistir en consumir el matrimonio. Yo me negué, teniendo en cuenta que era una unión temporal, prefería mantener mi honra intacta, mas fue

imposible. Una noche, me ofreció una copa de *whisky* para hacer las paces y convertirnos en un matrimonio bien avenido. Yo le dije que no quería beber algo tan fuerte y desagradable, pero no le importó. Me agarró con fuerza y me obligó a beber el *whisky* envenenado con láudano.

»Así consiguió anular mi voluntad y hacerme suya sin que pudiera defenderme, ¡así me dejó encinta!

»Le informé de mi intención de abandonar Rós Sean. No me lo permitió. Estoy cautiva en aquella casa por orden de él, que ahora parece haberse encaprichado de ti y te cubre de amor. Qué ironía, él también lo hizo conmigo al principio, antes de que nos casáramos. Luego se transformó en un animal que solo sabe dañar y no es capaz de amar. ¿Es que crees acaso que se ha ganado el sobrenombre de Siorc por casualidad? No, querida Lil. Le llaman así porque es un depredador. Un depredador que engaña a sus víctimas para luego hacerlas infelices a fuerza de vejaciones y violencia.

Lil negaba sin cesar, lo relatado por Evelyn la había abrumado. Aquella mujer tenía marcas de haber sido agredida y estaba como fuera de sí. Su ropa a jirones, la mirada de terror.

—Es que yo..., no puede ser... —balbució Lil retrocediendo unos pasos.

—Llevo esta rama para protegerme si me lo encuentro por el camino. Sé que pasó la noche contigo, pero estoy segura de que vendrá esta mañana a por mí, siempre lo hace; cada día, cuando te deja a ti, es mi alcoba la que visita exigiendo que alguien le dé el placer que no sintió entre los brazos de la mujer que no puede dárselo.

Lil entrecerró los ojos, ¿le estaba diciendo que Sean tiraba piedras en ambos bandos?, ¿que no se sentía pleno a su lado? Llevaba una rama para defenderse de él, ¿acaso no sabía que Sean no estaba en la isla?, en su cerebro embotado se sucedían las preguntas sin poderlas detener, hasta que recordó las últimas palabras de Sean: «Te amo, Lil Hardy», las había dicho con tanto sentimiento.

—Tengo que irme —soltó Lil entre sollozos ahogados.

—Sí, vete, no olvides que tu felicidad es la desgracia de un ser inocente —soltó acariciándose el vientre—, solo le pido a Dios que el hijo no se parezca a su padre, y que sea un hombre de bien como los de mi clan.

Lil retrocedió más y echó a correr sin rumbo fijo, solo necesitaba alejarse de aquella mujer que había hablado de verdaderas barbaridades.

Sean le había dicho que fue ella quien lo engañó para consumir el matrimonio. Mas le parecía algo extraño que un hombre de su talla y complexión pudiera ser reducido por una mujer menuda e inexperta como Evelyn. ¡Si era prácticamente una niña!, además, hacía semanas que podría haber arreglado lo de su matrimonio y no lo había hecho. Por no hablar de su boda para conservar una casa, aquello no hablaba muy bien de su enamorado que digamos. Si bien, él mismo le había dicho que no quería perder Rós Sean porque su madre se la había legado y era muy importante para él. Aunque luego había renunciado a la propiedad por ella y no lo había escuchado lamentarse ni una vez por esa cuestión.

Luego estaba el asunto de la enfermedad que casi se lleva a Evelyn a la tumba. Ella misma llegó a pensar en aquel momento que Sean podía haber sido capaz de envenenar a su esposa para deshacerse de ella. Aquello lo pensó por la insistencia del susodicho en decirle que aquel matrimonio no duraría mucho tiempo...

Las ideas y las preguntas bullían en su mente, hasta que, en las inmediaciones de la casa de los Hardy, sintió como la agarraban fuerte del cuello y le tapaban la boca.

Capítulo 48

Sean estaba al timón e intentaba no pensar en cómo abordaría el tema con Fergus MacLean. Era conocedor de la tendencia de aquel hombre a montar un buen escándalo cuando algo no salía como él había planeado, así que ya iba convencido de que no sería nada fácil.

El Cojo le tocó el hombro y Sean dio un respingo. Ya ni recordaba que tenía un acompañante, pues este se entretuvo en preparar algo de comer para ambos. Habían partido sin nada en el estómago, y el hombre se había ofrecido a ello.

Sean lo convenció para que comiera él primero, pues dado el tiempo algo revuelto, el timón necesitaba de su constante atención, y luego lo haría él.

—Ya he terminado, MacLeod, ahora ve tú y come algo, yo me quedo aquí. —Bruce señaló el timón y esperó a que Sean le dejara el sitio libre para tomar el relevo.

Sean bajó a su pequeño camarote, donde Bruce había dispuesto en la mesa una hogaza de pan y un cuenco con una especie de guiso que había hecho el hombre en la improvisada cambusa del velero, con unos trozos de bacalao desalado.

Una vez en la mesa, observó a su alrededor el cúmulo de documentos dispersos. Tal parecía que Bruce había hecho hueco de cualquier manera y algo llamó en demasía su atención. Un sobre con el lacre intacto se hallaba apoyado en otros documentos hechos un verdadero desastre.

Sean tomó el sobre con la mano mientras se llevaba una cucharada del guiso a la boca. Le pareció que estaba bastante bueno, aunque su aspecto no fuera el mejor.

Soltó la cuchara en el cuenco y le dio la vuelta al sobre. El corazón se le desbocó cuando comprobó la caligrafía caótica de Lloyd.

Sean abrió el sobre de inmediato y comenzó a leer:

Estimado señor MacLeod:

Lamento enormemente tener que escribirle esta misiva, pero creo que es de vital importancia aclarar ciertos puntos con usted, antes de hacer algo de lo que no podré arrepentirme jamás.

Cuando lea estas líneas, yo estaré muerto. Sé que le parecerá extraño que alguien tan joven como yo decida poner fin a su vida, si bien tengo varias razones de peso para hacerlo, aunque para usted sean rabieta de un muchacho imberbe, que es lo que todos dicen que soy.

En primer lugar, he de decirle que estoy enamorado de su esposa desde que la vi por primera vez en Rós Sean. Le juro que intenté que no ocurriera, mas no fue posible. Mi gran error fue

acercarme a ella y pensar que podría ser su amigo, únicamente eso, para estar a su lado, pues la necesitaba como el aire que respiro y dentro de poco dejaré de respirar, por ello le decía que tenía mis razones, no puedo seguir respirando desamor, es el dolor más terrible que conozco.

En segundo lugar, quiero advertirle sobre ella. Que la quiera más que a mi propia vida no justifica su maldad, porque sí, usted ya lo sabe, Evelyn es una maldita arpía. Por ello tengo que decirle una verdad que me quema como el fuego, ella no está encinta, nos ha mentado a todos. Intentó seducirme y convencerme con artimañas para que yaciera con ella, hasta ese momento yo no sabía qué intenciones tenía. Luego lo entendí todo, cuando la sorprendí encamada con Finlay. Sí, con el viejo Finlay, como lo lee ahora mismo.

Sé que le dolió que la viera yacer con el anciano, pero lo que ella nunca supo es que me quedé aferrado a la fachada de Rós Sean hasta el final y los escuché hablar, por ello sé que debe usted desterrar a Finlay y a Emma para siempre, son un par de maleantes sin escrúpulos.

Mi tercer motivo para dedicarle unas palabras antes de mi muerte es una certeza de la que siempre fui consciente, aunque no intenté averiguar.

Usted y yo somos hermanos por parte de padre, Sean. Quizá por ello, inconscientemente, lo seguía a todas partes como si fuera un triste perrito. Lo admiraba más que a nadie en Iona. Aunque muchas personas dijeran verdaderas barbaridades de usted por su forma de ser prudente y algo seca, todo hay que decirlo.

Y lo último que he de confesarle es que mi amor por Evelyn me ha llevado a traicionar su confianza. La he besado y he tenido la tentación de acariciarla en lugares prohibidos, mas le juro por mi propia muerte, que no vida, que jamás llevé a cabo mis fantasías. Aunque aquella noche que la sorprendí con Finlay, no yací con ella a causa de aquel maldito. Así que esta confesión puede resultar algo confusa. De no haber sido por el mozo de cuerdas, quizá ahora yo no estaría muerto.

En cualquier caso, le pido perdón por todo lo malo que haya podido hacer. Fue por amor, se lo juro. Y también quiero decirle que ha sido el mejor hermano que habría podido desear, aunque nunca llegó a saberlo, el hilo que nos unía estaba presente en todo momento. Espero que usted también lo notara.

Siempre suyo,

Lloyd Hunter

Sean aferró el documento en sus manos y se lo llevó al pecho, ahogando las lágrimas que batallaban por aflorar de sus ojos. Fue entonces consciente de que, tras la misiva, había un documento. Entrecerró los ojos y lo separó de la carta de Lloyd. Un hilito de esperanza se desenredó de su corazón.

—Lloyd, maldito crío —dijo sin poder dejar de sonreír.

Capítulo 49

Un goteo constante era lo único que escuchaba Lil. Se hallaba sentada en una silla, con las manos atadas a los reposabrazos y los pies a las patas. Tenía los ojos vendados y la boca amordazada. No sabía a dónde demonios la habían llevado.

Cuando la capturaron, lo hicieron con una gasa empapada en alguna sustancia que consiguió adormecerla, por ello no fue consciente de la distancia recorrida en la caja de un carro, eso sí lo sabía, pues despertó momentáneamente con el traqueteo del camino.

Lo siguiente fue aquella silla incómoda, precisamente su incomodidad la hizo recordar las del comedor del convento. Sin embargo, olía a humedad, y se respiraba en el ambiente un aire cargado.

Si aguzaba el oído, podía escuchar las olas romper contra las rocas, imaginaba.

Estaba sola. Temiblemente sola.

—Hoy es el día de tu nacimiento, sin embargo, se celebra algo más. Hace treinta y un años, una mujer estuvo en tu pellejo, una mujer con la que tienes muchísimo en común, si cierras los ojos, claro. Me parece estar viéndola, mientras se removía en la silla y las lágrimas empapaban la venda de sus ojos.

Lil escuchaba horrorizada, e intentaba hablar, mas no podía con la mordaza que mantenía su boca semiabierta y su lengua presionada.

—Es curioso, todo vuelve, es un ciclo que se repite una y otra vez sin cesar. ¿No te lo parece?

Lil balbucía improperios ahogados por la mordaza sin parar.

—Está bien, te dejaré la boca libre, siempre que me prometas que no gritarás, aunque aquí donde estamos, es un poco difícil que alguien te oiga.

El dueño de la voz se aproximó a Lil y ella pudo aspirar su aroma a vino rancio, ¿dónde lo había olido antes? Y aquella voz, la conocía, claro que la conocía... Su captor le quitó la mordaza y ella soltó un suspiro de alivio.

Sin embargo, no esperó mucho para dejar ir todas las palabras que se habían quedado atrapadas en la mordaza sin casi respirar. Improperios y maldiciones.

—Te he dicho que nada de gritos, o te volveré a tapar la boca, tú decides.

Lil intentó hacer memoria, ¿a quién le había escuchado aquella voz?, estaba segura de que la

conocía, pero había algo distinto, en su entonación, quizá.

—¿Por qué me has traído aquí? —inquirió con un aplomo que le costó una vida reunir para poder hablar sin cubrir al hombre de insultos.

—Porque no dejaré que cierto individuo posea lo que a mí me fue negado —respondió el maleante.

—¿Hablas de Sean?, ¿tiene esto algo que ver con Evelyn MacLean? —inquirió Lil con la firme creencia de que la pelirroja le había tendido una trampa.

—Oh, muchacha. Veo que tienes varios frentes abiertos y que no solo yo deseo borrarte del mapa —dijo su captor entre risas—. No, esto no tiene nada que ver con los MacLeod o los MacLean, esto es entre amigos traidores —sentenció.

—No sé qué tenga yo que ver en eso, señor. Así que suélteme, mi padre me buscará hasta debajo de las piedras cuando vea que no estoy en casa —soltó ella con convicción.

—Pasarán muchas horas todavía para que ese energúmeno levante su viejo culo de la silla de la taberna donde está bebiendo como si no hubiera un mañana —dijo el individuo con saña.

—Mi padre ya no... —comenzó a decir Lil, mas se detuvo. Pues sabía que por mucho que él lo negara, no podía dejar de beber, siempre acababa sucumbiendo a la tentación.

—Oh, no, tu padre sí, y siempre lo hará. Yo me ocupé de ello desde un principio. Estaba tan triste por la pérdida de su esposa y su hija que yo le di una vía, una salida a su dolor. Él no pudo hacer nada y de eso me valí, primero un vaso, luego otro, después la primera botella y el llanto ahogado. Y yo me regodeaba con su sufrimiento, me alimentaba de él.

—¿Qué demonios está diciendo?, ¿y quién es usted?, lo conozco, conozco su voz, sé que la he escuchado antes.

El individuo se aproximó a Lil, sus pasos eran torpes, lentos. Y a su cabeza acudió una imagen, la de un hombre que tenía serias dificultades para moverse y que arrastraba los pies del mismo modo. Aunque su voz, su voz sonaba diferente, había algo implícito en esta, algo maligno que se había pegado a la voz original, y allí estaba, emponzoñada de una pátina irreal e indescifrable para los oídos de Lil.

En el pecho de la mujer una certeza se había dibujado. El individuo desanudó la venda que cubría sus ojos y esta cayó en su regazo. Y entonces lo vio.

—Yo estaba enamorado de Lilead desde que era un niño, y mi amigo, mi buen amigo Evander lo sabía. Tiene gracia, ¿cierto?, que tú le confieses a tu mejor amigo que bebes los vientos, las tormentas y las tempestades por una niña; que este te anime a dar pasos para conquistarla y confíes en él, hasta rozar el ridículo.

»Yo la amaba, maldita sea, la amaba. Jamás le hubiera hecho daño, y juro que no he celebrado ninguna Navidad desde esa fatídica noche. Hasta hoy...

—Estás hablando de mi madre, ¿cierto? ¿Qué le hiciste, malnacido? —inquirió Lil, reponiéndose todavía de la visión del rostro de su captor, jamás lo hubiera creído, no, pensó en todo momento que era una buena persona, un amigo incondicional de su padre y el hombre que compartía la vida con su tía. Ludovic..., ¿cómo podía ser él?

—Quizá la pregunta correcta sea, ¿qué no le hice?, eso es. Aquí lo importante es lo que nunca llegó a ocurrir. Verás, te contaré una historia, una historia que creo que debes conocer. Quizá así se te caiga la venda de los ojos con Evander Hardy, y no una como la que te he puesto yo, esas se desanudan y listo. La otra, la que está hecha de sentimientos. Tu padre fue un cobarde, un maldito cobarde, y dejó que Lilead se pudriera en una celda llena de ratas, esa es la verdad.

—¿Qué?... —A esas alturas, Lil ya no podía aguantar el llanto, y lo liberó desprendiéndose del orgullo, porque el orgullo no sabe de sentimientos y a veces hay que enseñárselos, mostrarle el camino para dejar de existir, al menos durante el tiempo suficiente como para poder obviar su mordedura y vencerlo.

Capítulo 50

Isla de Iona, Navidad de 1529

La pequeña Lil se aferraba al pecho con avidez. Lilead, su madre, acariciaba su cabecita de cabello oscuro y fino, dotado de la suavidad y el brillo propio a tan temprana edad.

Era su niña, aunque estaba muy triste porque Evander estuviera encerrado en un calabozo desde hacía meses. Cada noche intentaba hablarle, incluso se imaginaba que estaban uno pegado a la espalda del otro, sentados, y se dedicaban palabras mutuas. Ambos cautivos, ocultos de los demás, por idéntico motivo, un hombre déspota y malvado que los había separado a traición, para ocultarle al mundo que cabía la posibilidad de que su pequeña fuera hija suya.

Pero nada más lejos de la realidad, cuando vio los ojos de la niña, todas las dudas se disiparon, y aunque ella ya sentía en su interior que el padre solo podía ser su esposo, el *laird* MacLeod no lo tenía tan claro.

Por ello, Lilead aguardaba su visita para que al fin se diera cuenta de que no era hija de él y la dejara en libertad, libertad para criar a su pequeña en paz.

Cuando la bebé se sació, se quedó dormida aferrada al pecho de su madre, y esta la retiró, sin ser consciente de que aquella sería la última vez que amamantaría a su hija.

La acunó y le cantó una nana. No la había terminado cuando la puerta se abrió de golpe.

Malcolm MacLeod entró en la estancia acompañado de Ludovic, un muchacho de su entera confianza, compañero de juegos de Lilead y mejor amigo de Evander hasta que ambos se hicieron pareja. Desde aquel momento, Ludovic había desaparecido de sus vidas, y allí estaba, con el hombre que venía a comprobar que su pequeña no fuera su hija.

—Muéstrame a la niña —ordenó el *laird* MacLeod, a la vez que doblaba su cuerpo hacia adelante, con la intención de ver la carita del bebé.

Lilead hizo lo propio, pero la niña estaba dormida.

—Es hija de Evander..., es hija de Evander —repitió Lilead mientras el hombre observaba a la criatura con frialdad.

—¡Madre priora, madre priora! —llévesela y deshágase de ella.

—¡¡No, por favor!!, ¡¡por favor, se lo ruego!!, es hija de Evander, es hija de Evander, por Dios, mírele los ojitos, está dormida, pero es hija de mi esposo y del amor que nos profesamos. Despiértela, hágalo y verá que no le miento.

La madre priora, junto a una monja bastante joven llamada Eileen, se la quitaron de los brazos a la fuerza. Lilead tuvo que ceder, pues tal parecía que iban a destrozar a la pobre recién nacida con aquellos tirones. No le quedó otro remedio que soltarla.

—¡¡Llévensela de aquí!!, ya saben lo que tienen que hacer —ordenó el *laird*.

—Pero, *laird* MacLeod, no podemos... —intervino la priora.

—Sí pueden, ¿o es que acaso no hay niños emparedados en estos muros? —inquirió Malcolm sin una pizca de piedad.

—Eso no es más que una falacia, en este lugar no hay nada de eso. Somos religiosas, señor, no asesinas —sentenció la priora.

Lilead lloraba, maldecía y suplicaba, hasta se arrodilló ante Malcolm MacLeod y le pidió que le devolviera a su pequeña. Aunque este fue tajante, jamás..., ¿quién le aseguraba que en el futuro no le iba a contar a todo bicho viviente que aquella niña podía ser su hija? No, no correría el riesgo, su esposa no debía enterarse, nadie debía hacerlo.

—Por favor, *laird* MacLeod, estoy dispuesta a yacer con usted las veces que convenga, a cambio de que me devuelva a mi pequeña y libere a Evander, me tendrá cuando usted quiera, se lo prometo —sentenció Lilead en el suelo, arrodillada y con las manos unidas, como si estuviera rezando.

El *laird* observó airado, sonrió y le escupió en la cara.

—Levántate de ahí, ramera. Me gustabas más cuando te hacías la decente, al menos entonces me atraías. Ahora solo quiero perderte de vista, y a tu hija también.

Y tras decir esto, el *laird* abandonó la estancia, seguido de Ludovic, quien le dedicó una mirada compasiva.

Esa misma noche, después de penar y penar la ausencia de su bebé, de sentir el dolor de sus pechos llenos y el peso de la soledad más absoluta, Ludovic asomó la cabeza por la puerta de la celda donde la tenían recluida.

—Ven, Lilead, ven conmigo, yo te sacaré de aquí...

Ella, esperanzada, se levantó del lecho y se echó un chal sobre los hombros. Hacía frío, mucho frío, si bien no le importaba, quería salir de allí y debía hacerlo de inmediato, quizá desde fuera de aquellos muros podría tratar de encontrar a su bebé, pues la reconocería en cualquier parte, su rostro no se le olvidaría jamás.

Siguió a Ludovic hasta las cocinas, allí lo ayudó a mover una alacena. El esfuerzo la hizo sangrar.

—¿Qué es este lugar? —inquirió ella mientras descendía los peldaños que parecían conducir a un sitio profundo y oscuro, solo iluminado por la antorcha de su libertador.

—Son los sótanos del convento. Hay una salida a la playa desde aquí, una salida a la libertad. Sin embargo, ahora eres una fugitiva y no puedes quedarte en la isla, Lilead.

—He de hacerlo, he de encontrar a mi hija. Además, Evander está preso, no podría irme sin él, sin ellos.

—No puedes quedarte, te matarán. ¿Sabes qué órdenes tengo, Lilead?, ¿sabes por qué me dejaron entrar al convento esta noche y nadie me impidió el paso?, porque el *laird* me pidió que te matara, ¿lo entiendes?, por eso has de huir.

—No voy a irme, Ludovic, te agradezco que me ayudes. Mas no me iré de Iona sin mi familia —sentenció ella con decisión.

—Yo seré tu familia, Lilead. Y un buen marido para ti. Además, podrás tener más hijos —soltó Ludovic cuando ya habían llegado a la explanada que conducía a los pasadizos.

—No, creo que no me has entendido. Mi familia, la única que tengo y amo. Evander y Lil, ellos son mi vida, y sin su presencia no soy nada, ¿me entiendes?

—No, no te entiendo, ni entenderé jamás por qué te quedaste con él y no conmigo —masculló el muchacho con las manos en puños.

—Lo amaba y lo amo. No se puede controlar lo que uno siente, y Evander siempre me dijo que lo único malo que le había traído nuestro amor, fue perder a su amigo, a su mejor amigo —dijo ella para contentar a Ludovic.

Sin embargo, el muchacho no podía aceptarlo, era incapaz de entenderla, ni siquiera habiéndola salvado de una muerte segura quería renunciar a Evander, un hombre pobre y encima presidiario. No, no podía permitir que Lilead viviera, que saliera de aquellos túneles e hiciera su vida junto a Evander, que recuperara a su hija y fueran felices mientras él se hacía sangre de tanto lamerse las heridas.

Apretó los puños, tensó las mandíbulas. Lilead negó con la cabeza. Él se abalanzó sobre ella y le rodeó el cuello con sus manos. Apretó y apretó mientras a la mujer que amaba se le escapaba la vida con agónica lentitud.

Una voz interior le dijo a Ludovic: «¿Qué haces?, ¿por qué la matas si la amas?».

Y él contestó:

—Porque no es mía, y si no puede serlo, no quiero que sea de nadie más, así que la prefiero

muerta, bajo tierra. En un lugar que yo pueda visitar, aunque no sea en tierra consagrada.

Capítulo 51

Isla de Iona, Escocia, Navidad de 1560

El velero atracó en el embarcadero de su propiedad. Sean no tenía tiempo que perder, debía hablar con Evelyn y aclarar aquel asunto cuanto antes. Había decidido volver a casa tras terminar de leer la misiva de Lloyd. Después de amarrar el barco y despedirse del Cojo, desembarcó y se dirigió a paso vivo hacia Rós Sean, con el documento aferrado a su mano. Bruce lo hizo poco después y caminó hacia Baile Mor con parsimoniosa tranquilidad. Su pierna se resentía bastante con la humedad del mar y aquel día renqueaba más de lo normal.

Hacía frío y no se entretenía ni siquiera en mirar el paisaje, solo quería llegar a la posada y sentarse con su buen amigo Evander tras aquel viaje fallido. Todavía no entendía qué demonios había ocurrido para que Sean lo hiciera virar en redondo. Si bien prefería dormir aquella noche en su cama y no en un castillo desconocido, en el que, con toda probabilidad, lo harían pernoctar en un granero, o a la intemperie.

Sean le había dicho que podrían dormir en el barco, pero él prefería hacerlo en tierra firme, así que sí, se inclinaba por pasar lo que quedaba de tarde ocupando una silla en la taberna y bebiendo *whisky* para que le calentara el cuerpo.

Se echó el vaho y se frotó las manos. Y, de pronto, reparó en un carro con un hombre enorme subido en el pescante que se dirigía al convento.

No veía muy bien, mas su amigo Ludovic destacaba demasiado como para obviar su presencia. «¿Qué hará ese viejo zorro en el Iona Nunnery?», se preguntó, y cambió de rumbo para averiguarlo personalmente.

Mientras se aproximaba hacia él, vio cómo se echaba al hombro un fardo envuelto en una manta parduzca. Bruce entrecerró los ojos para ver mejor y decidió ocultarse. La intuición le decía que su viejo amigo se traía algo entre manos y quería saber qué era.

Se preguntó qué demonios llevaría en el fardo y no supo responderse, mucho menos cuando el bulto se removió y una melena castaña asomó por él, acompañada de una mano blanca y fina.

Bruce se tapó la boca, horrorizado. El corazón le latía desbocado y no sabía bien qué hacer.

Negó con la cabeza y decidió retomar su camino y dirigirse a la taberna, quizá Evander

pudiera aclararle algo, o, al menos, escuchar su terrible anécdota.

Malcolm agarró por el brazo a Evelyn y la arrastró a la alcoba de esta. Luego la empujó y la hizo caer al suelo.

—Por piedad, *laird* MacLeod, por piedad —suplicó ella—, he hecho lo posible por separarlo de esa mujer, lo juro, además, creo haberlo logrado, hoy mismo hablé con ella.

—El tiempo ha terminado y mi hijo zarpó esta mañana para reunirse con Fergus MacLean y hacerle partícipe de su intención de romper vuestro matrimonio —gruñó Malcolm, fuera de sí—, no has conseguido nada, mujer.

—Sí, de verdad, milord, lo he conseguido. Ella piensa ahora que Sean es un ser sin entrañas, he logrado engañarla, lo juro —soltó Evelyn arrodillándose.

—Hoy mismo te pondrás en camino hacia Duart, es mi última palabra —sentenció el *laird* con determinación.

—¿Qué haré ahora, sola y embarazada?, puede que mi padre no se lo tome bien y quiera empezar una guerra de clanes. ¿No le parece, milord, que nos la podríamos ahorrar si me diese más tiempo?

—¿Tiempo para qué?, ¿es que no oyes, muchacha?, mi hijo está ahora mismo con tu padre, y, con seguridad, este ya conoce sus intenciones —espetó Malcolm.

—Quizá no sea demasiado tarde, cuando regrese y la mujer que ama le reproche sus actos, seguro que volverá a Rós Sean y no le quedará otro remedio que aceptar su destino —insistió Evelyn.

—¿Y cuál es su destino según tú?, ¿estar contigo?, ¿con una ramera que ha sido capaz de encamarse con un viejo para hacerle creer a su esposo que está preñada de él? —inquirió Malcolm dedicándole una sonrisa ladina.

Evelyn abrió la boca, sorprendida, y de inmediato pensó que aquel desgraciado de Finlay la había traicionado.

—Maldito viejo malnacido —masculló Evelyn refiriéndose a Finlay.

—No ha sido él quien me ha puesto al corriente de vuestro romance, ha sido la misma Emma. Ya ves, por muy poca estima que le tenga a su esposo, posee su amor propio y me lo ha contado todo —sentenció Malcolm, brazos en jarras.

En ese momento, Sean entró en la estancia, había escuchado hablar a su padre y a Evelyn

pacientemente.

—Vaya, veo que ya sabes lo que venía a decirte sobre mi esposa, padre —intervino Sean, desafiante.

—Uy, hijo. Parece que los actos de esta arpía te han hecho volver a casa, puede que tengamos algo que agradecerle, al fin y al cabo —soltó el *laird* con un deje de cinismo en la voz.

—Hay más, padre. Todo ha sido orquestado por Emma y Finlay, ellos extorsionaron a Evelyn para que me hiciera volver a Rós Sean con engaños. Aunque no he de olvidar que mi inocente esposa engañó al joven Lloyd hasta llevarlo a la muerte —dijo Sean con rabia que no contenía.

—Yo no..., yo nunca quise dañar a Lloyd, era mi amigo, lo apreciaba —gimoteó Evelyn.

—¿Tu amigo...?, él te amaba de verdad. Te hubiera dado el mundo entero si se lo hubieras pedido. Era un gran chico y tú lo llevaste a la muerte, Evelyn MacLean, así que para mí estás de más. Hoy mismo te quiero fuera de mis tierras —sentenció Sean con contundencia.

—¿Tus tierras? —interrogó Malcolm—, querrás decir mis tierras.

Sean negó con la cabeza y le dedicó a su padre una sonrisa ladeada.

—No, padre. Mis tierras, de Sean MacLeod, legadas por Mary MacDonnell a su hijo, o sea, yo.

—Ya te dije que eso no era así, no hay documento alguno que lo demuestre, y, ante la ausencia de papeles, yo soy el legítimo dueño hasta el día de mi muerte —alegó Malcolm con firmeza.

—Te equivocas, padre. Quizá subestimaste la presencia de tu otro hijo en la casa, ¿cierto?

—¿De qué demonios estás hablando, muchacho? —inquirió Malcolm, extrañado.

—Porque Lloyd Hunter, mi hermano, halló los documentos por los que mi madre me lega Rós Sean y las tierras circundantes, y los tengo aquí mismo —anunció Sean mostrándole a su padre el documento que lo designaba como legítimo propietario.

—¡Eso no puede ser! ¡Esos documentos han de ser falsos! —exclamó Malcolm intentando arrebatarle a Sean el pliego de sus manos.

—No, padre, tendrás que matarme si lo quieres, y te advierto que soy más alto y fuerte que tú. No me temblará el pulso si de defender la palabra de mi madre se trata —apuntó Sean con todos los arrestos que había contenido durante años en los que, secretamente, había temido a su progenitor.

—Maldito desagradecido. Te lo di todo, ¿y qué recibo a cambio?, que mi hijo me eche de las tierras de mis ancestros, arrebatadas a los MacLeod por los MacDonnell. Esas tierras no eran de tu madre, hijo, ella las heredó de un ladrón, así que no, esta casa y todo lo demás me pertenece

por pleno derecho.

—Mátame, será la única forma de que me saques de Rós Sean —anunció Sean con contundencia.

Los dos hombres se midieron con la mirada, ambos con la mandíbula tensa y el ceño fruncido.

De súbito, Malcolm abrió mucho los ojos y se abalanzó sobre su hijo con fuerza. Lo hizo trastabillar y caer al suelo.

Sean se levantó y cayó en la cuenta de lo que estaba ocurriendo y había pasado por alto. Sobre Malcolm MacLeod, Evelyn empuñaba una daga, que había clavado en el corazón del *laird*.

—Pero ¿qué has hecho? —inquirió Sean con consternación mientras la muchacha se levantaba y la camisa de su padre se tornaba roja sangre.

Sean se agachó sobre su progenitor, y este negó con la cabeza.

—Yo nunca mandé a matar a Lilead, la amaba —balbució antes de exhalar su último aliento.

Evelyn, que había retrocedido con las manos manchadas de sangre, se las miraba en un rincón.

—Yo no... —dijo la muchacha temblando.

—Querías matarme a mí..., la daga iba destinada a apuñalar mi espalda, ¿cierto?, mi padre me salvó la vida, la vida que tú querías sesgar —dijo Sean mientras negaba con la cabeza y se aproximaba a Evelyn como una fiera enjaulada.

—No es lo que piensas, Sean —gimoteó la muchacha sin dejar de temblar.

—Sí, sí lo es. Mi padre me embistió para apartarme del filo de tu daga. Murió por mí, por salvarme la vida —dijo él, todavía en *shock*.

—¿Y qué esperabas?, era una mala persona. Fíjate, le has dicho que Lloyd era su hijo y ni se ha inmutado. Además, si no lo hubiera matado yo, él te habría quitado las tierras y no podríamos ser una familia, jamás lo habiéríamos podido ser —dijo ella con voz desgarrada.

—Tú y yo jamás seremos una familia. No te amo, Evelyn, además, después de lo que has hecho, no quiero tenerte cerca, me asquea tu presencia, maldita sea —espetó Sean subiendo la voz.

—Ella nunca te aceptará, tu monjita ahora cree que eres un monstruo. Mis pobres muslos golpeados la convencieron de ello. No fue difícil simular un ataque. Mi piel es blanca y ella una ingenua —dijo Evelyn esbozando una sonrisa cargada de malignidad.

—¿Qué dices?, ¿acaso perdiste el juicio?

—Si me matas, Lil se irá de tu lado y yo me llevaré la verdad a la tumba, así que no te queda otro remedio que dejarme vivir —anunció Evelyn.

Sean estaba a escasos milímetros de la temblorosa Evelyn y llevó sus manos al cuello de la muchacha, embriagado por la ira.

Capítulo 52

Evander se lamía sus heridas de nuevo. Se habían abierto esa misma mañana, aunque hubiera hecho lo posible por ocultarle a su hija el dolor que laceraba su alma.

Cuando el barco de Sean zarpó, él no se sintió con ánimos de regresar a su casa, necesitaba el *whisky*, ese líquido ambarino que lo hacía olvidar los problemas y atenuaba el dolor.

Había perdido la noción del tiempo y se sentía culpable por haber vuelto a hacerlo. Se había prometido a sí mismo no beber más, pues ya Lil estaba a su lado, y aunque Lilead llevara más de treinta años bajo tierra, tenía un trocito de ella en su hija. Le había sido imposible cumplir su promesa, no ese día, el mismo de la muerte de su esposa.

El mismo en que Ludovic lo visitó en la cárcel y le comunicó la fatal noticia:

—Amigo, siento ser yo quien te lo diga, al fin y al cabo, siempre te quise como un hermano y tu dolor es el mío propio, mas he de hacerlo. Lilead ha fallecido.

Cerró los ojos y evocó la escena, que se reprodujo en su mente con cristalina claridad:

—¿Cómo que ha fallecido?, ¿qué ha ocurrido?, ¿y mi hijo?, ¿dónde está mi hijo, Ludovic?, ¿dónde está? —interrogó Evander con desesperación, aferrándose a los barrotes de su calabozo.

Ludovic negó con la cabeza, y, sin poder mirarle a la cara, respondió:

—Era una niña, pero nació muerta, y Lil no pudo resistirlo. Su dolor era inmenso, así que se quitó la vida —sentenció Ludovic.

—Eso es imposible, Lilead jamás hubiera hecho eso, ambos lo superaríamos juntos, como siempre hicimos. No te creo, no te creo, Ludovic —apuntó Evander mientras caminaba de un lado al otro del calabozo.

—Jamás te mentaría en algo así, amigo —confesó el muchacho.

Evander observó a Ludovic con detenimiento, en su mirada pudo atisbar algo que le produjo escalofríos, tal parecía disfrutar con su dolor.

—¿Ahora soy tu amigo?, te alejaste de mí hace tiempo y me dijiste que para ti estaba muerto, ¿por qué ahora de pronto lo soy? —inquirió Evander con los ojos inyectados en sangre.

—Porque te has quedado solo y yo sé lo que es la soledad. Es amarga y mezquina. Por ello te tiendo mi mano, y no te la soltaré jamás...

El recuerdo de las últimas palabras de Ludovic reverberó en su mente, y le dio un trago al *whisky*, sintiendo cómo recorría su organismo sin que se inmutase, ya no sentía ni tan siquiera cómo le quemaba en la garganta el alcohol.

De pronto, Bruce se sentó en la mesa, frente a él.

—No te imaginas lo que acabo de ver, Evander —anunció con el rostro demudado el Cojo.

—¿Qué has visto, demonio? —preguntó Evander arrastrando las palabras, estaba verdaderamente borracho.

—Es que he llegado a pensar incluso que puede que haya sido una ensoñación, porque es demasiado extraño —soltó Bruce bajando la voz para que Jane, que los observaba desde la barra con interés, no se enterase.

—Vamos, dilo ya. Total, no creo que me entere de mucho. Hoy no es un buen día, amigo —balbució Evander vaciando el vaso de un trago.

Bruce cerró los ojos, sí, aquel era el peor día del año para Evander, el de Navidad, por ello tuvo que hacer un soberano esfuerzo para celebrar el día antes la Nochebuena y el cumpleaños de Lil. Si bien, él estaba convencido de que así lo hubiera querido Lilead, así que se armó de valor y mantuvo el tipo, pero no por mucho tiempo. Su caída al infierno se había producido de un modo más abrupto que de costumbre.

—Está bien. Verás, nos hemos dado la vuelta y Sean está en la isla. No sé qué le haya picado al joven para regresar, pero está aquí... —soltó Bruce, quien fue interrumpido por Evander casi de inmediato.

—¿Y eso es realmente insólito?, es un MacLeod, a los MacLeod les dan ventoleras extrañas y cambian de parecer. Ese desgraciado de Malcolm comparte afición con su hijo, veo.

—Déjame terminar, maldita sea —gruñó Bruce.

—Está bien, pero date prisa, o me perderé del todo. Esta media botella no durará mucho —rio Evander.

—He visto a Ludovic cargando con el cuerpo de una mujer, y no sé si estaría viva o muerta, pero su melena y la blancura de su piel me recordaron en demasía a Lil.

—¿A Lil?, ¿a mi Lil? —inquirió Evander, de pronto con todos sus sentidos alerta.

—No puedo asegurarlo, tan solo le vi el cabello y una mano, pero me parece cuando menos extraño que la llevara al Iona Nunnery, ¿y por qué parecía adormecida?, la vi moverse, juro que la vi. La llevaba envuelta en una manta.

Evander se levantó de golpe y a punto estuvo de caer sobre la mesa, pero intentó por todos los medios recomponerse. El alcohol parecía disiparse de su organismo por segundos, y su corazón

comenzó a latir con fuerza.

—No, no voy a permitir que se repita, no lo voy a permitir —soltó con decisión antes de encaminarse a la salida.

Bruce fue tras él.

—¿A dónde vais? —inquirió Jane, con el ceño fruncido.

—Vamos al Iona Nunnery, Ludovic está allí —dijo Bruce sin especificar qué había visto hacer al amante de su amiga.

—¿Y para qué iría Ludovic al convento?, si ni siquiera se acercaba. Las monjas tenían que visitarlo en casa cuando se enfermaba, ¿no estarás equivocado? —preguntó la mujer con los brazos en jarras.

—Tengo que irme, Jane, tu hermano no está en condiciones... —sentenció Bruce para extrañeza de la tabernera, que no entendía nada.

La mujer observó como los dos hombres se dirigían a paso vivo en dirección al convento. Evander estaba especialmente irritado y no dejaba de repetir:

—Si le ha hecho algo a mi niña, te juro que lo mataré.

La tabernera entrecerró los ojos, parecía que hacía siglos que una vecina le vino con el cuento de que había una muchacha de ojos violetas en la isla, concretamente, una postulante a monja que acompañaba a la hermana Josephine a atender a los enfermos, además de prestar sus servicios en el pequeño e improvisado hospital del Iona Nunnery.

No perdió el tiempo, y, sin decírselo a su hermano, se presentó durante varios días en el convento, con el fin de ver a aquella mujer que respondía al nombre de Isabella, pero tal parecía que la condenada se ocultaba de ella.

Incluso se personó en Rós Sean para hablar con la controvertida ama de llaves, nunca le gustó Emma, le parecía que en su mirada se ocultaba la mismísima maldad personificada. La mujer no quiso atenderla, y ese mismo día se plantó en su casa hecha una furia, y no una vez, sino dos, exigiéndole que no volviera a molestarla, que no sabía nada de la tal Isabella. Jane le echó en cara lo que le había contado aquella vecina, algo que las sirvientas de Sean MacLeod le relataron sobre este. La mujer de ojos violeta pasó una noche en Rós Sean y congenió bastante bien con el huraño Siorc, así que Emma mentía, por ello no cejó en su empeño hasta cruzarse con aquellos ojos violeta que le hicieron albergar una llamita de esperanza para su destrozado hermano.

Jane sacudió la cabeza y volvió de allí donde la hubieran llevado sus recuerdos, pues Mervin la reclamaba a voces.

—Ya voy, maldito, ya voy —rezongó ella.

Capítulo 53

Evelyn, Finlay y Emma salieron de Rós Sean envueltos en el frío de la noche. Ruby y Lucy se encargaban de preparar el cuerpo del laird para amortajarlo. Sean las ayudó primero a ponerlo sobre el lecho.

Él había estado muy cerca de cometer una locura, la rabia que sentía por Evelyn lo había cegado y, de no haber sido por una voz que conocía muy bien, la habría matado.

«No ensucies tus manos con la muerte de una mala mujer». Era su madre, la había escuchado con claridad, como en un susurro.

Fue entonces cuando aflojó la presión que ejercía sobre el cuello de Evelyn, que enseguida comenzó a toser y a llorar.

Quizá había sido cruel por su parte hacer salir a los sirvientes y a la muchacha con el frío que hacía, mas ellos no habían tenido piedad con él, ni con los suyos. Pensó en mandar a Evelyn a la cárcel por haber matado a su padre, luego se lo pensó mejor. Hablaría con Fergus MacLean y este no pondría objeción alguna para que su taimada hija accediera a romper su matrimonio. La amenaza del encierro pesaría mucho. Así que, en pocos días, podría celebrar su ansiada unión con Lil y vivir feliz con ella y el pequeño que venía en camino.

Después de un tiempo de claroscuros, la luz comenzaba a brillar con fuerza. Y con una pena enorme por la muerte de su padre, en contraposición por la alegría de sentirse libre al fin, montó en su caballo y se dirigió a casa de los Hardy.

Penny y Franny le dijeron que Lil no estaba, y que hacía muchas horas que no la veían, que pensaban que podía encontrarse con Evander en casa de Jane, por ejemplo.

Sean se dirigió a la morada de la hermana de Evander, mas nadie le abrió la puerta.

Puso rumbo a la taberna. No tardó mucho en arribar a su destino. Dejó al caballo, que había adquirido tan solo unos días antes, paciando en un costado del edificio de la posada y se internó en el local.

Evander no se hallaba en su mesa. Solo Jane limpiaba la barra y aguardaba a que los parroquianos, que todavía se resistían a abandonar el calor de aquel lugar, volviesen a sus hogares.

—Jane, ¿has visto a Lil?, en casa de tu hermano me han dicho que puede que estuviera con él. No ha vuelto desde que me acompañó al embarcadero esta mañana.

Jane abrió mucho los ojos.

—No, aquí no ha venido y tampoco está con Evander. Es más, creo que fueron a buscarla, porque mi hermano y Bruce parecían realmente preocupados. Creo que iban al convento, al parecer, Ludovic ya estaba allí. Pero no sé decirte. Ese par de malnacidos siempre me dejan atrás, y soy la última en enterarme de todo —gruñó la mujer mientras caminaba hacia una mesa que había quedado vacía para recogerla.

Cuando alzó la vista para volver a hablar, vio a Sean salir apresurado de la taberna.

Evander y Bruce estaban desesperados. El carro de Jane se encontraba justo donde lo había visto el Cojo un rato antes. Pero dentro del convento no hallaron ni rastro de Ludovic, y mucho menos de Lil.

—¿Estás seguro de lo que viste, amigo? —inquirió Evander, ya muy despejado.

—Ya te he dicho que sí muchas veces, demonios —gruñó Bruce.

Los dos hombres habían recorrido el convento al completo, y terminaron por volver al punto donde estaba el carro.

—Está claro que Ludovic estuvo aquí, al menos hace unas horas. Y no se hubiera ido jamás sin el carro, mi hermana lo mataría —aseguró Evander.

—¿Dónde demonios habrá llevado ese viejo a la muchacha? —inquirió Bruce, cada vez más inquieto.

El sonido de cascos cercanos sorprendió a los dos amigos.

No tardó en hacerse presente la figura de Sean MacLeod, cubierto con una capa y montado en su caballo.

—¿Dónde está Lil? —preguntó con el rostro demudado al ver que los dos hombres estaban solos, junto al carro de Jane.

—No lo sabemos, hijo —respondió Evander, con una desesperación en la mirada que presagiaba lo peor.

—¿Por qué estáis aquí?, Jane me ha dicho algo de Ludovic y Lil...

—Creemos que Ludovic se llevó a Lil, muchacho. Solo sabemos que la trajo aquí, yo vi como la introducía en el convento. Bueno, era una mujer lo que llevaba a cuestas, y que me castigue el maligno si no estoy en lo cierto, pero juro por mi propia vida que era ella —explicó el Cojo.

—¿Y qué hacemos aquí fuera?, ¡entremos! —exclamó Sean, enérgicamente.

Bruce y Evander se miraron.

—Hemos registrado el convento de arriba abajo. No los hemos encontrado —dijo Evander entre lágrimas, y luego añadió—: Maldita sea, fue él, ahora lo tengo claro, fue él...

—¿De qué hablas, Hardy?, ¿de qué demonios hablas? —interrogó Sean, aterrado por las palabras del padre de su amada.

—Ludovic, en aquel momento lo sospeché, algo me dijo que él le había hecho daño a Lilead, fue el último en verla con vida. Y Lilead jamás se hubiera suicidado, por mucho dolor que supusiera para ella la pérdida de su hija. La engañaron, al igual que hicieron conmigo. Maldito...

Sean respiró profundamente, las palabras de su futuro suegro lo llenaron de incertidumbre y de miedo, mucho miedo.

—Hay un lugar que no habéis registrado..., y sé cómo acceder a él. Si bien, debemos hacerlo por el final y no por el principio del camino —anunció Sean de súbito.

—Te aseguro, muchacho, que hemos mirado en todas partes —admitió el Cojo posando una mano en el hombro de Sean.

—No, hay una entrada subterránea, un gran túnel que tiene salida al astillero. Debemos ir, estoy seguro de que están allí —sentenció Sean aproximándose a su caballo.

—¿Y si salen y se nos escapan?, Ludovic volverá a por el carro —soltó Bruce.

—Quédate aquí, por favor —suplicó Evander.

Bruce asintió, si Ludovic le salía al paso, ya sabría él cómo hacerle frente.

Evander se montó en el caballo con Sean y ambos pusieron rumbo al embarcadero del astillero, donde se hallaba la oquedad que conducía a los sótanos del convento.

Capítulo 54

Lil había escuchado la historia de Ludovic mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, como en una cascada eterna.

Las últimas palabras de aquel malnacido le helaron la sangre y se hicieron eco en su mente:

—Porque no es mía, y si no puede serlo, no quiero que sea de nadie más, así que la prefiero muerta, bajo tierra. En un lugar que yo pueda visitar, aunque no sea en tierra consagrada.

A Lil se le revolvía la tripa, aquel hombre era un monstruo que le quitó a la mujer que tendría que haber sido la más importante en su vida, su madre, además de llevar a su padre al estado en el que se encontraba, seducido por las mieles del embotamiento que le producía la bebida.

—Eres un miserable —escupió ella con rabia—, mataste a la mujer que decías amar porque no podías tenerla. Así que no es cierto, no la amabas, nunca lo hiciste —aseguró con decisión.

—No tienes ni idea. Yo la amaba más que a mi propia vida. Tu padre me la arrebató con sus ojos de brujo y su carita de niño bueno. —Ludovic negó con la cabeza.

—No, no la amabas, malnacido. Si fuera amor verdadero, la hubieras ayudado a salir de este maldito sótano y deseado toda la felicidad del mundo junto a mi padre. Incluso hubieras tratado de saber qué había sido de mí. Sí, Ludovic, si la hubieras amado, habrías sacrificado tus propios sentimientos para que mi madre fuera feliz. Porque quien te quiere de corazón te desea siempre lo bueno. Cuando no es así, cuando las intenciones son malvadas, no es querer, sino egoísmo —sentenció Lil con el mentón alzado.

Ludovic arremetió contra ella y la empujó tan fuerte que la silla cayó hacia un lado, haciendo que Lil se golpeará el hombro con violencia.

Algo puntiagudo laceró su cadera y la hizo soltar un aullido de dolor. En el suelo había piedras, que parecían haber caído de los muros, pues aquel lugar debía ser más antiguo que el mismo convento, y estaba muy deteriorado por el paso del tiempo.

—¡Jamás permitiré que me digas que no la amaba!, tú no sabes el martirio que significa que la mujer por la que siempre suspiraste te dé la espalda y se enamore de tu mejor amigo, y a su vez este no sepa poner distancia.

»De ser al revés, me hubiera hecho a un lado. Evander era como un hermano para mí, un hermano que me traicionó, ¿sabes lo triste que es eso?, lloré lágrimas de sangre el día que se casaron. Y los maldije, los maldije a ambos, porque su felicidad significaba mi muerte, mi muerte en vida.

»Jamás pude amar a otra mujer, no como lo hice con Lilead.

—¿Y Jane?, ¿ella no significa nada para ti? —inquirió Lil, todavía dolorida por el golpe, haciendo tiempo, más que nada, para que aquel hombre prorrogara el momento de darle muerte.

—Jane..., a Jane déjala a un lado. Ella no tiene culpa de nada —masculló Ludovic.

Lil entrecerró los ojos.

—Ella se desvive por ti, y está a tu lado, aunque no entiendo por qué, los gusanos siempre se arrastran, aunque sepas que un día serán mariposas —dijo a riesgo de que aquel malnacido la emprendiera a golpes con ella.

—Jane es lo mejor que me ha ocurrido jamás. Tiene gracia, ¿sabes?, en un principio me acerqué a ella porque sabía lo protector que era Evander con su querida hermana pequeña. Quería arrebatársela a la otra mujer más importante de su vida. Sin embargo, con el día a día, descubrí que era la mejor persona que había conocido jamás —confesó Ludovic.

—Ese es el verdadero amor. ¿Es que no lo ves?, a ella la quieres dejar a un lado de todo este asunto. Jamás la has dañado y la proteges. La amas y no le deseas ningún mal —sentenció Lil.

—¡Cállate, cállate!, tú no sabes nada. Nunca podré amar a Jane como lo hice con Lilead, pues a la primera siempre la he tenido a mi lado y la segunda no pudo ser mía. Así que tuve que matarla, pues la espina de su desamor me ahogaba, no me dejaba vivir.

—Egoísta, eso es lo que eres. Tienes el amor ante ti y te recreas con la muerte. Por ello estoy aquí hoy, porque quieres matar a mi padre del disgusto que supondría volver a perder a su hija, ¿cierto?

—Veo que eres bastante lista. ¿Sabes lo que ocurrirá ahora?, te mataré, rodearé tu pequeño cuello con mis manos y apretaré hasta dejarte sin vida. Luego te lanzaré al mar, y aparecerás en la orilla con los ojos picoteados por las gaviotas y la carne desgarrada por los peces, como lo hizo Lilead. Todos pensarán que te suicidaste.

Lil se estremeció. No tenía más tiempo, aquel malnacido la mataría si no conseguía soltarse, y no podía hacerlo, estaba de costado, en el suelo. La piedra con la que se golpeó un rato antes se clavaba en su cadera sin compasión. Sus manos atadas a la espalda. Una lágrima escapó de sus ojos ya enrojecidos por el llanto. Solo podía esperar un milagro que la salvara de aquella situación.

Aspiró aire y lo soltó con fuerza antes de ponerse a rezar.

Notó de pronto que Ludovic levantaba la silla. De nuevo aquel dolor al despegar su piel de la cortante piedra.

El hombre se desplazó con la dificultad que suponía su mórbido cuerpo y se posicionó ante ella.

—Dime algo, por favor, necesito saberlo. ¿Dónde enterraron a mi madre? —inquirió, a sabiendas de que si Ludovic conseguía su objetivo, no podría decírselo jamás a su padre.

Ludovic esbozó una sonrisa que helaba la sangre y se encogió de hombros.

—Ese secreto es mío y me prometí llevármelo a la tumba. No le iba a dar la satisfacción a Evander de tener un lugar donde llorar a Lilead, ¿comprendes? Aunque decírtelo sería un acto de compasión por mi parte, y nunca podrás contárselo a tu padre. Así que no pierdo nada por hacerlo.

El corazón de Lil se encogió, ¿cómo podía ser Ludovic tan malo?, llevar su obsesión por su madre hasta aquel límite sin el más mínimo remordimiento.

—Dímelo, por favor... —suplicó con la congoja agolpándose en su garganta.

Ludovic ladeó la cabeza y le dedicó otra sonrisa escalofriante.

—Fácil y lógico, ella descansa en el jardín de mi casa, bajo un viejo sauce que la cobija con su sombra y la protege de la lluvia —dijo el hombre con cierto deje evocador en la voz—. Ahora que ya lo sabes, proseguiré con mi plan —anunció el villano en tono burlón.

—No lo hagas, Ludovic —suplicó—, ya mi padre ha sufrido suficiente, no le hagas más daño. Lo matarás.

—Es lo que pretendo, así que no puedo estar más dichoso por ello —dijo el individuo con los ojos más fríos que Lil había visto jamás.

Ludovic aferró sus manos al cuello de la muchacha con fuerza. Tan solo un rato antes, Sean se encontraba en la misma situación, si bien, este era un hombre con alma y el otro un desalmado. Lil sintió la horrible presión de las manos grandes y fuertes del asesino de su madre.

Enseguida notó la sensación horrible de asfixia. Y la terrible agonía que su progenitora tuvo que sentir tres décadas antes, en aquel mismo lugar.

De algún modo, sintió su presencia y se hizo visible ante ella, era la misma mujer que vio cuando estuvo a punto de ahogarse meses atrás. Le extendía sus brazos y estaba triste, muy triste.

—Lil, mi pequeña, no dejes que lo consiga esta vez —dijo el espectro de su madre.

Lil la miró suplicante, le pidió ayuda con el pensamiento, mas nada ocurrió, solo algo desconcertante. Una sonrisa, una sonrisa triunfal en el rostro que unos segundos antes era triste, y, de súbito, el espíritu de Lilead se deshizo tras ser traspasado por un rostro, un rostro que había sido el motivo de sus desvelos desde que lo vio por primera vez. Que la hizo deponer en sus intenciones de dedicar su existencia al creador, que le había abierto una puerta enorme al placer y al amor, el de Sean MacLeod.

Sin embargo, a ella solo le quedaba un hálito de vida, lo suficiente como para dedicarle una mirada que quería decir «te amo». Una última lágrima fue testigo de la oscuridad que se cernió

sobre ella. Y se sintió feliz, aunque en su fuero interno, un pequeño pálpito le suplicó que no se rindiera, que luchara, que intentara respirar, que..., que..., que...

Y lo hizo, consiguió aspirar una gran bocanada de aire, como un rebuzno, que llenó sus pulmones de ¿dolor?, fue como si miles de cuchillos se clavarán en su ser. Abrió los ojos y allí estaba él..., él.

—Lil, mi niña, estás viva, viva... —era el rostro de Evander, que la observaba con una luz candorosa en su mirada—, te quiero, mi pequeña.

A su lado, Sean la tomaba de la mano, y Lil la apretó con fuerza.

—¿Ludovic? —balbució.

—No temas, mi amor —dijo Sean con dulzura—, está muerto.

Lil atisbó a ver un hilo de culpa en los ojos violáceos de su padre, entonces supo que fue él quien le quitó la vida.

Capítulo 55

Isla de Iona, verano de 1561

El dolor la partía en dos, y Sean no estaba a su lado para tomarla de la mano. Aunque sí se encontraba su madre, la antigua ama de llaves de los MacLeod antes de que su sobrina Emma tomara el relevo, y la mujer que se la había llevado lejos para evitar que Malcolm MacLeod consiguiera su propósito.

Poco después de la muerte de Ludovic a manos de su padre, quien al ver a su amigo estrangularla, había perdido no solo el norte, sino todos los puntos cardinales, y con el cuchillo que portaba escondido en una de sus botas, sesgó su vida, aparecieron en su casa la hermana Josephine y la hermana vicaria.

Al parecer, las pocas monjas que quedaban en el convento se habían ido marchando, eso fue después de que Malcolm tomara el edificio, pues no querían que aquel lugar se convirtiera en un sitio habitual donde ocultar los trapos que cada uno tenía que lavar.

La noche en que Ludovic intentó acabar con ella ya nadie quedaba en el convento. De aquello se valió el maleante para capturarla y hacerla desaparecer. Por suerte, Sean y su padre la hallaron a tiempo, si tan solo hubieran llegado unos segundos después, no estaría en aquel aprieto, pujando y apretando los dientes del dolor.

—¡Una vez más, puja, Lil, puja! —exclamó la hermana Josephine.

Y Lil ponía todo su empeño en hacer salir a una criatura que tal parecía que le tenía pavor al mundo, y no era para menos.

Volvió a sus recuerdos y de nuevo al momento en que Josephine y la vicaria aparecieron en Rós Sean, el hogar que ella y su esposo compartían desde que habían contraído matrimonio, días después de la marcha de Evelyn y la muerte de su padre. Sean no quería esperar, ya no.

La vicaria se sentó en el salón con la cabeza gacha y el remordimiento por compañero.

—Estoy aquí para pedirte perdón, Isabella —confesó la mujer con aparente sinceridad.

—No sé si pueda perdonarla, señora. Hay que tener la sangre muy fría para arrancar a un bebé de brazos de su madre —espetó Lil, a la defensiva.

—No es lo que piensas, niña. Yo estaba allí cuando eso ocurrió. Malcolm no quería que sobrevivieras, fue vil y mezquino con una criatura que no tenía culpa de nada, tú.

»De no haber sido por mí, hoy no estarías viva —sentenció la mujer.

—¿Y le tengo que dar las gracias?, había otra forma de hacerlo, ¿no cree? Ayudar a mi madre a salir del convento con su hija en brazos hubiera sido de gran ayuda, ya ella se hubiera encargado de protegerme y salir adelante conmigo, sin necesidad de hacerla vivir semejante crueldad.

—No sabes lo que dices, niña. Tu madre no fue fuerte, en lugar de luchar por su pequeña, se quitó la vida y acabó con su dolor, aun a sabiendas de que Dios no perdona semejante ofensa —escupió la vicaria ante la mirada fulminante de la hermana Josephine.

—Eileen..., cállate, por favor, no hagas que me arrepienta de haberte acompañado —la regañó la monja.

—Mi madre, señora, no se suicidó. A todos parecía convenir dar esa versión sesgada de la verdad. Y no era más que una vil mentira. Ella fue asesinada, así que no merecía estar en suelo no consagrado.

—Hace demasiado tiempo, niña. Quién sabe dónde estén ahora los restos de tu madre —intervino Eileen con dureza.

Lil negó con la cabeza, no podía creer que, precisamente ella, no se hubiera enterado...

Evander, al conocer la ubicación de los restos de su esposa, pala en mano, se fue con Bruce sin perder tiempo a la casa que había pertenecido a Ludovic y desenterró a Lilead. Ella y Sean arribaron cuando Evander se hallaba arrodillado frente a un improvisado ataúd que, con toda probabilidad, había fabricado el mismo Ludovic. Evander, al ver el cadáver de su mujer milagrosamente bien conservado, con la melena negra y aquel rostro que denotaba una muerte con gran sufrimiento, no pudo evitar echarse a llorar como un niño. Ante el cuerpo de la que un día había sido su esposa, se prometió que no volvería a beber, y así lo hizo. Lilead recibió sepultura en suelo consagrado, y el padre Murray no tuvo nada que objetar.

—Váyase ahora mismo de mi casa, señora —anunció Lil poniéndose en pie.

—Soy la hermana vicaria, no lo olvides...

Lil esbozó una sonrisa cargada de desprecio.

—Usted ya no es nada de eso, al menos en esta isla. Además, una persona que intenta hacer empeorar las heridas de otra para que esta muera no es más que una asesina —sentenció Lil con seguridad.

—Eres una desagradecida, yo te salvé la vida, ¿me oyes? —espetó la mujer poniéndose en pie y señalándola con el dedo.

—No, tú conspiraste con tu amiga Emma para que mi madre y yo desapareciéramos de la faz de la Tierra —replicó Lil.

—Eso no es cierto. Y tampoco es importante. Lo único que importa es que yo he venido hasta aquí para pedirte perdón por mis actos, y tú no solo contravienes los designios de Dios al no perdonarme, sino que obvias que soy la persona que evitó que acabaras junto a tu madre, bajo tierra —sentenció la mujer antes de darse media vuelta y dirigirse a la salida.

—Lo siento, Isabella, me convenció de su necesidad de redimirse y buscar tu perdón. Sin embargo, ha soltado su veneno y se ha ido —intervino la hermana Josephine.

—¿Tiene a dónde ir, hermana? —inquirió Lil, compasiva.

—Sí, vivo con algunas hermanas en una pequeña casita de Baile Mor, cada vez quedamos menos, mas yo me resisto a marcharme. En este lugar hacen falta mis conocimientos para curar a los lugareños —intervino Josephine.

—Usted siempre hizo una gran labor, no dude en venir a buscarme si le hace falta ayuda, o la de Franny y Penny, están cansadas de estar ociosas y andan buscando alguien que las emplee.

La monja sonrió y tomó las manos de Lil.

—Qué Dios te bendiga, Isabella —dijo la monja antes de soltarse de ella y emprender el mismo camino que la vicaria.

Un nuevo dolor la hizo volver al momento en que se encontraba, dando a luz a su hijo.

—Dios mío, ¿es que no va a salir nunca? —inquirió Lil exhausta.

—Sí, hija mía, saldrá, que yo sepa, nadie se ha quedado dentro —respondió su madre dedicándole una sonrisa.

Lil volvió a perderse en sus recuerdos, su mente estaba más activa que nunca, repasando lo ocurrido en los últimos tiempos, esos cambios que le habían dado a su vida la textura de la que disfrutaba actualmente:

Estaban ante la puerta de la casa donde Lil había crecido, en Beaulieu. Ella temblaba, no sabía cómo iba a enfrentarse a sus padres adoptivos y a sus hermanas, que no hermanastras, jamás podría llamarlas así.

Sean llamó a la puerta y Lil apretó la mano del que se iba a convertir en su esposo. Para eso estaban allí, para anunciarles a ellos el compromiso, y para pedirle la mano a su otro padre. Sean no había parado de bromear: «Con lo difícil que es pedir la mano una vez, y yo lo tengo que hacer dos». Lil negaba con la cabeza y se echaba a reír.

La señora Buchanan abrió la puerta, y por un momento frunció el ceño y aguzó la vista, pues no veía ya demasiado bien. Cuando consiguió enfocar a sus dos visitantes, no pudo menos que echarse a llorar. Ambas se fundieron en un abrazo, y a Lil solo se le ocurrió decir «gracias».

—Céntrate, muchacha —la reprendió la hermana Josephine—, parece que estés ausente, y te necesitamos aquí, tu hijo te necesita, por Dios.

Lil suspiró, evadirse, perderse en sus pensamientos le había parecido la única forma de mitigar el dolor, pero ahí estaba la hermana Josephine para traerla de nuevo a la dolorosa realidad.

—Vamos, cariño —la animó su madre—, la cabeza ya asoma, un último esfuerzo, un último esfuerzo.

Y Lil lo hizo, puso toda su fuerza al servicio del pequeño ser que asomaba de su cuerpo, sin saber muy bien qué demonios le esperaba. Sintió el dolor más traidor de toda su vida, y luego, descanso. Su hijo, enfadado porque lo hubieran sacado de su cálido nido, lloraba a pleno pulmón.

—Es un niño, y es precioso —anunció la hermana Josephine antes de entregárselo a su madre.

Lil vio la carita de su pequeño, hasta ese momento no lo había sabido, ni Sean tampoco, si bien, ahora ya tenía claro el nombre de su hijo, esperaba que a su esposo le agradara también.

—Bienvenido al mundo, pequeño Lachlan.

Epílogo

La puerta de la estancia se abrió. Evander y Sean entraron en tropel, seguidos de Jane, quien, tras la muerte de Ludovic, decidió quedarse con los buenos ratos vividos junto a él y desechar la verdad oculta que tanto daño le había hecho al enterarse. Para ella se había convertido en dos personas distintas, lamentó haber perdido a su compañero de vida, pero no al hombre que dañó a su hermano como nadie.

—Dios mío, mi nieto, mi primer nieto —dijo Evander acercándose a su hija y admirando al pequeño—, madre de Dios, nadie puede negar que es un Hardy de los pies a la cabeza.

La señora Buchanan torció el gesto, iba a decir que el niño era uno de los suyos, pero se mordió el labio inferior. Por desgracia, aquel pequeño no tenía su misma sangre, aunque por raro que pareciera, le veía semejanza a una de sus hijas.

Lil observaba a su padre, quien daba por hecho que tendría más hijos. Pensó en mantener una conversación más tarde con él. Para que no se hiciera muchas ilusiones, más que nada. Pues aquel dolor que había sentido le iba a hacer pensárselo muy mucho.

Andrew Buchanan fue el último en entrar a la alcoba y, tras dedicarle una sonrisa a su hija adoptiva, aguardó en un rincón, más tarde, cuando el grupo se hubiera disipado, ya se detendría en admirar al pequeño.

Sean tuvo que abrirse paso para que lo dejaran ver a su hijo, entre Evander, Jane y su suegra, aquello era imposible.

Cuando consiguió que se dignaran a apartarse, Lil le hizo señas para que se sentara a su lado en el lecho y le entregó al bebé.

—¿No te parece que tiene cara de Lachlan? —preguntó Lil, pizpireta.

—Será que tendrá que tenerla, ¿me equivoco? —inquirió él besando la frente de aquel ser pequeñito al que ya amaba como a nadie.

—La tiene, esposo, la tiene: Lachlan MacLeod, ¿no me digas que no suena a música celestial? —preguntó Lil encogiéndose de hombros.

—Es el hombrecito más afortunado de este mundo. Y no solo por su nombre, o por haber nacido en esta maravillosa isla, sino por la madre que tiene.

—Y por el padre, Sean, y por el padre...

Ambos rieron y se tomaron de la mano. Habían decidido empezar su vida en común desde

cero, sin olvidar cómo se conocieron y lo que tuvieron que sufrir para estar juntos, pero sin hacer que ello les nublara sus días de luz.

Lil suspiró, sus dos hombrecitos dormían plácidamente y se sintió invadida por la dicha. Con cuidado de no despertar al recién nacido, extrajo un trozo de papel en el que una de sus esquinas lucía quemada. Lo relejó de nuevo y sonrió.

Tan solo unas horas antes, en la habitación contigua, que había sido de Evelyn y adaptaron como cuarto de juegos para su pequeño, encontró la misiva al pedir que trasladaran el tocador.

Esa maldita la había escondido allí. Imaginaba que la vicaria se la había dado a Emma y que, de algún modo, acabó en las manos de aquella mujer.

Sin embargo, el destino quería que la encontrara y ahí estaba, bajo su almohada de nuevo. Puede que las circunstancias le impidieran en su momento leer su contenido, mas no había hecho falta, porque lo que ha de estar unido, siempre acaba por hacerlo, aunque los separe un océano, un monte, la marea más alta.

Poco sabían de la controvertida Evelyn, tan solo que Emma y Finlay servían en Duart, y que ella presentaba un abultado vientre. Fergus MacLean ni se molestó en reclamar a Sean incumplimiento alguno y mucho menos la paternidad de su futuro nieto.

De pronto, Sean abrió los ojos y sorprendió a su esposa perdida en sus pensamientos. Le hizo una señal para hacerle notar su presencia en el mundo de los despiertos y le entregó al pequeño, que ahora observaba a su madre con sus ojos grandes y negros, como los de su padre.

Lil depositó al bebé en su cunita y se tendió en la cama, junto a su esposo.

—¿Eres feliz, Sean MacLeod?

—Demasiado, Lil Hardy, demasiado —soltó acariciando el rostro de Lil.

—Al final no nos hizo falta un año y un día para lograr nuestra felicidad.

Sean enarcó una ceja y sentenció.

—Oh, mujer, un año y un día es demasiado tiempo para dos seres que solo necesitaron una noche para saber lo mucho que se amaban.

Los dos sonrieron y se fundieron en un reconfortante abrazo. No precisaban de nada más que un hogar con un fuego crepitante y su bebé durmiendo en paz para ser totalmente dichosos.

Fuera, en una noche demasiado fresca de verano, una sola ventana se veía iluminada por aquel fuego, se trataba del corazón de aquella casa, de Rós Sean, el lugar que tanto había visto y oído durante años y años, y que ahora era testigo de un gran amor, el de Sean, Lil y su pequeño Lachlan. Una casa en Iona, una isla en las Highlands.

Lisbeth Cavey, 16 de diciembre de 2024, La Canonja - Tarragona

[1] En gaélico, tiburón.

[2] Sombrero parecido a una boina, que llevaban los escoceses de medio lado y formaba parte del atuendo típico.

[3] Panecillo típico de Reino Unido y de origen Escocés.

[4] Pequeño puñal escondido normalmente en el calcetín o bota, utilizado como arma de defensa personal.

[5] En gaélico escocés: Hada

[6] Plato tradicional escocés, similar a un embutido, hecho con vísceras de oveja.

Nota de autora:

De nuevo estoy en esta sección tan especial y a la vez tan complicada de una novela. Los agradecimientos, aunque en mi caso, no son agradecimientos al uso, pues yo lo llamo nota de autora, y en ella mezclo lo que tengo que decir sobre la novela con las personas a las que tengo que agradecer que esta vea la luz.

¿Qué decir sobre el libro que tienes entre las manos?, pues que ha dejado una huella especial en mí. Cada vez que los autores terminamos una nueva obra, tenemos sentimientos encontrados de alegría y tristeza. Alegría porque hemos puesto la palabra fin a una nueva historia que pronto los lectores podrán disfrutar, tristeza porque echaremos de menos a los personajes, la historia en sí, la ambientación, el mundo que hemos creado en nuestra imaginación y con el que hemos convivido durante meses. Riendo cuando los personajes lo hacían, llorando si la escena que estabas escribiendo te llegaba al alma.

La isla en las Highlands me ha marcado para bien y espero que lo haga también con vosotros.

Como siempre, me he tomado licencias. Por ejemplo, en el tema del desmantelamiento del Ionna Nunnery, que sí, que fue desmantelado tras la reforma protestante de 1560, y probablemente en ese mismo año, ya que fue cuando se produjo esta, pero las circunstancias, el destino de las monjas que allí habitaban, todo, ha sido fruto de mi imaginación.

En cuanto al padre Murray, es un personaje un poco representativo de la doble moral, alzando la voz o callando según su conveniencia. Lo he pintado como un sacerdote que vivía junto con los monjes en la Abadía de Iona, que, aunque fue desmantelada en su día por el mismo motivo que el convento, se reconstruyó de nuevo el siglo pasado y hoy luce como si el tiempo no hubiera transcurrido para ella. Sin embargo, el convento Iona Nunnery sigue en ruinas actualmente.

Claro está, que también es fruto de mi imaginación todo lo relacionado con la maldad de alguna de las religiosas del convento. Además, he hecho referencia a bebés emparedados en el edificio porque hace muchos años, cuando era una niña, alguien me dijo que encontraron restos de recién nacidos entre los muros de un convento que conocía muy bien, pues estaba frente a mi casa. En aquel momento aquello me impactó, en la mente de una niña que hallaba misterios en cualquier parte, la imaginación hacía de las suyas, así que más de cuarenta años después, lo he introducido en la novela del mismo modo en que me lo contaron a mí, como un rumor sin contrastar, una leyenda urbana.

Quiero agradecer a mis niños y a Pedro, mi pareja, con quien me casaré el año que viene; sí, yo también tendré mi final feliz con boda, vestido y todo, solo que la cosa ha ido al revés, pues nuestra hija mayor ya tiene diez años, hace casi quince que vivimos juntos, vamos, que el final feliz fue el principio ¡ja, ja, ja!

A las cinco brujis más brujis del universo *indie*, Sonia Martínez Gimeno, (alias Brillí Brillí), Sarah McAllen, Esperanza Mancera (la Sor), Enrí Verdú y Nani Mesa. Pues eso, que se os quiere un montón.

A todos los que os sentís atraídos por una novela y, de todo el océano de libros que hay en el mercado, elegís los míos para imprimir vuestro trocito de alma en ellos.

Millones de gracias.

Hasta la próxima.

Lisbeth Cavey

Si quieres ver mis demás libros, redes sociales, página web, etc. Pincha en el siguiente enlace:

[Lisbeth Cavey | Instagram, TikTok | Linktree](#)